THE LEGEND OF
ZELDA
BREATH OF THE WILD

Copyright Notice

Hace 100 años

By evsanchez1

Ex Libris Sapientiae

2020 by evsanchez1. All Rights Reserved.

No reuse, redistribution, or modification without permission.

Printing: Not allowed without explicit permission.

ID: 225559199. View this Book Online

Table of Contents

1. Antes de empezar: 7

2. Capítulo 1 9

3. Capítulo 2 17

4. Capítulo 3 25

5. Capítulo 4 41

6. Capítulo 5 57

7. Capítulo 6 67

8. Capítulo 7 79

9. Capítulo 8 95

10. Capítulo 9 105

11. Capítulo 10 117

12. Capítulo 11 123

13. Capítulo 12 131

14. Capítulo 13 141

15. Capítulo 14 153

16. Capítulo 15 163

17. Capítulo 16 171

18. Capítulo 17 179

19. Capítulo 18 187

20. Capítulo 19 197

21. Capítulo 20 209

22. Capítulo 21 221

23. Capítulo 22 233

24. Capítulo 23 251

25. Capítulo 24 271

26. Capítulo 25 287

27. Capítulo 26 299

28. Capítulo 27 313

29. Capítulo 28 329

30. Capítulo 29 345

31. Capítulo 30 359

32. Capítulo 31 371

33. Capítulo 32 397

34. Nota final 415

Chapter 1

Antes de empezar:

The Legend of Zelda y sus personajes no me pertenecen, son propiedad de Nintendo y los creadores. Yo tan sólo he escrito esta historia basada en la que ellos ya crearon.

Ahora sí, antes de empezar tan sólo quería darte las gracias si te has animado a leer este fanfic. De verdad que significa mucho para mí.
Se me ocurrió escribir esto mientras pensaba que, en realidad, Breath of the Wild tiene una gran historia que contar, y sus personajes también. Así que, cogí la historia del juego y la llevé un poco a mi terreno. Y este es el resultado. Me he esforzado mucho escribiendo esta historia, primero en papel y ahora

aquí, en Wattpad, y la verdad es que me ha encantado hacerlo.

Esta será una trilogía que contará la historia de los sucesos de hace cien años (que es el libro que estás leyendo ahora mismo), los sucesos después del Cataclismo y lo que ocurrió después de que finalmente todo acabara. Primero publicaré la primera parte, que ya está escrita, y cuando acabe publicaré las otras dos.

No tengo nada más que añadir, salvo agradecerte una vez más que leas este fanfic y que espero que te guste y lo disfrutes.

-La autora.

Chapter 2

Capítulo 1

Punto de vista de Zelda

Había pasado un año desde que mi madre murió, cuando yo tenía seis años. El día de su funeral, no había llorado, e intenté no llorar después, pero fracasé. Echaba de menos sus abrazos, el sonido de su voz y las historias que me contaba sobre las anteriores princesas de Hyrule. Llevaba días durmiendo mal, porque me pasaba casi toda la noche entre lágrimas, y luego tenía pesadillas con la muerte de mi madre y con lo que ocurriría si no lograba despertar el poder sagrado que todos decían que estaba dentro de mí. No tenía a nadie que me

enseñara cómo hacerlo, y en el caso de que lograra despertarlo, tampoco sabría cómo manejarlo

Estaba sentada en la mesa donde tenía todas mis notas y libros cuando oí unos golpes en la puerta de mis aposentos.

-Adelante -dije, mirando hacia el origen del ruido.

Uno de los sirvientes de mi padre asomó la cabeza

-Princesa, vuestro padre quiere hablar con vos.

-Ahora iré -asentí, levántandome de la silla.

Ya no hablaba tanto con mi padre como antes, porque estaba muy ocupado con los asuntos del reino. Antes mi madre le ayudaba, pero después de su pérdida no tenía a nadie, y yo solo era una niña de siete años.

Cuando llegué a sus aposentos, golpeé la puerta con timidez y entreabrí la puerta. Él estaba sentado, escribiendo algo en unos papeles. Llevaba la barba un poco más larga y más blanca que cuando Madre vivía, y los ojos verdes como los míos con ojeras debajo. Pero yo ya me había acostumbrado a su

aspecto. Era el que solía presentar desde que Madre se había ido.

-Hola, Padre -saludé tímidamente.

Mi padre, que no pareció darse cuenta de que estaba allí hasta que hablé, levantó la vista de sus papeles y me miró.

--Oh, Zelda, hija, pasa -me dijo, indicándome con una mano que me sentara en una de las sillas de madera que estaban en frente de su mesa.

-Me han dicho que querías hablar conmigo.

-Sí -dijo mi padre. Después hubo un silencio algo incómodo, y me di cuenta de que él no sabía cómo empezar-. Bien, como ya sabrás, hace un año que tu madre murió

Yo asentí con la cabeza, sin saber qué me quería decir con eso. Me miró con ojos tristes.

-Todos sabemos que Ganon, el Cataclismo, volverá, como ya han profetizado. Y para detenerlo es necesario que alguien con el espíritu de un héroe, que empuñe la Espada Maestra, lo derrote, y que la

princesa con la sangre de la Diosa utilice su poder sagrado para sellarle.

Asentí otra vez. No me atrevía a decir nada aún.

Por supuesto que conocía las leyendas, mi madre me las había contado y me las sabía todas de memoria. Un joven elegido por la Espada Maestra, la Espada Destructora del Mal, derrotaría al Cataclismo, y la princesa con la sangre de la Diosa Hylia en sus venas y el poder sagrado que se legaba de generación en generación entre las mujeres de la familia real hyliana, le sellaría.

-Tu madre me dijo una vez -continuó mi padre, con voz triste y bajando los ojos hacia sus papeles- que estaba convencida de que tú tienes el poder sagrado dentro, y que lo utilizarás para sellar a Ganon, el cual volverá en esta época. -Mi madre también me lo había dicho. También dijo que empezaríamos mi entrenamiento cuando yo fuese más mayor. Pero eso ya no se cumpliría-. Una adivina profetizó hace unas semanas que el Mal no tardará mucho tiempo en volver, y tendremos que estar preparados. Debemos encontrar a las cuatro Bestias Divinas y a los

guardianes de la leyenda, -Mis ojos de abrieron con sorpresa cuando mi padre mencionó a los artefactos- y también al elegido por la espada.

-Pero los libros dicen que las Bestias Divinas y los guardianes desaparecieron hace diez mil años -dije yo, sorprendida por que los libros se equivocasen.

-Lo sé, pero la adivina también dijo que el poder para derrotar al Mal se encuentra latente en el reino. Eso incluye a las Bestias y los guardianes.

Asentí, sintiéndome algo tonta por no saber qué decir. Las Bestias Divinas eran cuatro artefactos colosales (con formas de bestias), creadas por la avanzada tecnología sheikah hacía diez mil años para combatir al Cataclismo. Los guardianes habían sido también creados por la tribu sheikah. Eran un ejército de máquinas con voluntad propia, y se decía que podían disparar láseres muy poderosos.

-Yo aún no quería pedirte esto, Zelda -siguió mi padre, apartando su mirada de la mía otra vez-. Tu madre me dijo que no empezarías tu entrenamiento hasta que no cumplieras diez años. Pero tengo miedo, hija. Tengo miedo de que el Cataclismo vuelva, y de

que nosotros no estemos preparados para defendernos de él.

Abrí mucho los ojos por segunda vez aquel día. Aún era demasiado joven para empezar a entrenar.

-Ya he comenzado a buscar a un elegido para blandir la Espada Maestra. Necesito que la princesa del reino esté preparada para cuando llegue el Cataclismo, y cuanto antes mejor.

-Pero...

-Sé que eres muy inteligente -me interrumpió él. Clavó sus ojos verdes en los míos-. Sé que lo conseguirás a la primera. Confío en tu madre, y también sé que ella nunca se equivocaría en esto.

-Aún soy muy joven para...

-Lo siento, Zelda -me volvió a cortar mi padre con voz cansada-. ¿Entiendes que si no hacemos esto, puede que todo el reino sea destruido?

Estuve a punto de replicar de nuevo, pero me fijé en su mirada, agotada y triste. Entonces me di cuenta de que no quería discutir con él.

-Sí, Padre. Haré todo lo posible para despertar mi poder -me resigné, mirando al suelo.

-Muy bien. Puedes empezar dentro de dos días. Un grupo de caballeros te acompañará. También irá contigo Urbosa, ella misma me lo ha pedido.

Me sentí algo mejor después de que mi padre dijera que Urbosa iría conmigo. Había sido amiga de mi madre y me conocía desde que era un bebé. También era la líder del pueblo Gerudo, y por culpa de la distancia no podíamos vernos muy a menudo.

-Gracias, Padre.

-Sé que no me decepcionarás -dijo, intentando forzar una sonrisa.

Mi padre tenía razón. Si Ganon regresaba, teníamos que estar preparados. Y hacer mi parte no sería tan difícil.

Chapter 3

Capítulo 2

Punto de vista de Link

La niebla se fue dispersando poco a poco, y supe que había llegado al final del Bosque Perdido. Tampoco había sido tan difícil. No
entendía cómo caballeros mayores que yo no lograron alcanzar el Bosque Kolog y se rindieron.

El rey Rhoam Bosphoramus Hyrule llevaba ya seis años buscando a alguien capaz de blandir la Espada Maestra, y ninguno había sido capaz siquiera de atravesar al Bosque Perdido. El rey estaba harto de que los caballeros fracasaran, así que empezó a buscar otras soluciones. Un día vino a observar

nuestro entrenamiento y eligió a los seis mejores. Nos prometió que quien volviese trayendo consigo la Espada Maestra sería nombrado caballero inmediatamente, además de convertirse en "el elegido" y en "el héroe".

Todos se entusiasmaron, pero yo lo vi más como una obligación. Al ser el más joven de los seis, fui el último en salir, después de que todos los demás hubieran fracasado. Sabía que el rey no tenía esperanzas en que consiguiera sacar la Espada Maestra, ni yo mismo tenía esperanzas en mí, pero el rey me lo había ordenado y no podía negarme.

Así que ensillé a mi caballo, Sombra, conseguí una antorcha y cabalgué hacia el Bosque Perdido.

Nadie se había molestado en buscar información sobre cómo acceder al Bosque Kolog y pasar el Bosque Perdido. Yo, en cambio, fui a la biblioteca del castillo de Hyrule, y encontré un libro sobre ambos lugares. La lectura no era una de mis aficiones, pero me obligué a leerlo. Decía que lo más importante era llevar una antorcha. Primero, había que seguir el camino que marcaban otras antorchas. Después,

encenderla y seguir el camino en la dirección que señalaba el viento en el fuego.

Esperaba que funcionase. No por conseguir la Espada Maestra ni por convertirme en un héroe, sino para darle esperanzas al rey. Su hija, la princesa Zelda, llevaba seis años rezando en las fuentes sagradas que había por todo Hyrule, intentando despertar el poder que estaba dentro de ella. Pero aún no lo había conseguido. Al menos, ya habían encontrado a las Bestias Divinas y a los Guardianes y los sheikah los estaban desenterrando. Esperaba que el rey pudiera encontrar el héroe que blandiría la Espada Maestra. Aunque fuese yo mismo.

La luz del sol se filtraba a través de las hojas de los árboles, mientras yo seguía el camino de piedras. Entonces lo vi: un pedestal en forma de triángulo, con una espada clavada en el centro, iluminada por los rayos del sol, que en aquella parte del bosque se filtraban a través de un hueco entre los árboles, aunque me pareció que la espada tenía brillo propio.

Noté unos ojos observándome, e imaginé que serían los kolog, las criaturas que, según decían las

leyendas, habitaban en el bosque que llevaba su nombre.

Me fijé en un árbol que parecía custodiar el pedestal. Era extremadamente grande, con tronco muy grueso y de color marrón oscuro. Las hojas eran rosa claro, y los rayos del sol jugueteaban con ellas. Al observar mejor el tronco, me di cuenta de que parte de él sobresalía formando lo que parecía una cara.

Volví a fijar la vista en la Espada Maestra y seguí caminando.

Cuando me acerqué más y me puse frente al arma, dediqué unos segundos para admirarla: la empuñadura era de color violeta, con tiras de cuero turquesa. La hoja era blanca, impoluta, muy brillante. Tenía un filo suave y fino.

Me lo pensé un momento antes de decidirme a intentar sacarla. ¿La Espada Maestra me elegiría? ¿Podría empuñarla? ¿Era yo el héroe elegido? Si lo era, ¿podría enfrentarme a Ganon y salir victorioso? Recordé a mi padre. ¿Cómo se sentiría él si la espada me eligiera? ¿Cómo se sentiría si me rechazaba? Descendía de una familia con una larga estirpe de

caballeros. Casi todos los hombres de mi familia habían sido célebres espadachines que habían defendido Hyrule y a la casa real.

Puse mis manos alrededor de la empuñadura e intenté sacar la Espada Maestra.

-¡Alto! -gritó una voz grave y profunda. Sonaba extraña, como si hubiera vivido muchos años.

Miré a mi alrededor, soltando la espada. No vi a nadie.

-¡Aquí arriba! -volvió a decir esa voz, ahora más calmada pero igual de grave.

Hice caso y alcé la vista. Abrí mucho los ojos con sorpresa y me quedé clavado en el suelo.

El árbol que custodiaba el pedestal hablaba. ¿Me estaba volviendo loco? No había conocido ningún caso de un árbol que pudiera hablar.

-¿Cómo te llamas? -preguntó-. Yo soy el Gran Árbol Deku.

Decidí dejar de comportarme como un estúpido y responder.

-Link -dije, sin poder apartar la vista de ese ser.

-Link -pronunció mi nombre como si ya lo supiera-. ¿De dónde vienes?

-Soy de la Aldea Hatelia.

-Eres de orígenes más humildes que otros que han intentado traspasar mi Bosque Perdido. Creo que no me hace falta preguntar qué haces aquí. Vienes a intentar sacar la Espada Maestra de su pedestal, ¿no es así?

-Me envía el rey Rhoam Bosphoramus Hyrule. Está buscando al héroe elegido.

-Ya me he dado cuenta. He notado la presencia de otros hylianos en el Bosque Perdido. Pero el mismo bosque no les ha dejado entrar. Sin embargo a ti... -Hubo un silencio. El Árbol Deku entrecerró sus ojos de madera-. ¿Cuántos años tienes?

-Trece -respondí.

-No eres el más joven en intentar sacar esta espada. Estoy seguro de sabes que la Espada Maestra solo acepta a unos pocos. También sabrás que se requiere

una gran fuerza física, pero sobre todo, en el noble corazón de un héroe. ¿Estás seguro de que quieres intentarlo? No te garantizo la supervivencia.

Ante esto último, bajé la vista y miré el suelo. Por un segundo, no estaba seguro de intentarlo. Pero de repente un valor y una seguridad que nunca antes había sentido se apoderaron de mí.

-Sí -respondí con decisión-. El rey de Hyrule me encomendó esta misión. Quiero cumplirla.

-Adelante.

Me acerqué más a la Espada Maestra. Era un arma muy bonita. Pensé en todos los que la había empuñado antes. En la sangre que derramaron. En todo lo que habían arriesgado y sacrificado para salvar Hyrule.

Agarré la empuñadura con las dos manos y tiré de la espada con todas mis fuerzas.

Por un momento tuve visiones. Fueron solo unos segundos, pero siempre las recordaría: Un cielo azul, sin nubes, con unas islas flotando en él. El interior de un templo con tres piedras depositadas en un

pedestal. Por último, vi el sol poniéndose y la oscuridad que seguía después, al mismo tiempo que un lobo aullaba.

Durante un instante, el arma se hizo de rogar y permaneció clavada al suelo, pero poco a poco dejó de resistirse. Cuando me di cuenta, la Espada Maestra estaba en mi mano, fuera de su pedestal por fin.

Alcé la Espada Maestra hacia el cielo, a pesar de que me había quedado casi sin aliento a causa del esfuerzo. Sentí una fuerza extraña en mi brazo, y una especie de valor inquebrantable que nunca había experimentado antes.

Yo sería "el héroe" que la empuñaría. Yo sería "el elegido". Yo sería quien vertería su sangre intentando salvar Hyrule, aunque mi vida fuera el precio por la paz.

Chapter 4

Capítulo 3

Punto de vista de Zelda

Habían pasado casi diez años desde que comencé a rezar en las fuentes sagradas de Hyrule, rogándole a la Diosa Hylia que me concediera el poder sagrado necesario para sellar a Ganon, el Cataclismo.

La primera vez que acudí a rezar a una de esas fuentes tenía siete años. Urbosa me acompañó junto con una pequeña escolta de caballeros. Las aguas estaban tan gélidas que casi sentía como si me hicieran daño. Estuve a punto de salir corriendo de la fuente, pero recordé lo que me había dicho mi padre. No debía decepcionarle. Ni a mi madre tampoco.

Pasé horas y horas rezando, hasta que dejé de sentir las piernas y Urbosa me tuvo que sacar a la fuerza.

Estuvimos casi una semana en la fuente, pero regresamos al castillo sin resultados. Urbosa me consoló diciéndome que era la primera vez que lo intentaba, y que la próxima vez lo conseguiría. Pero en esa próxima vez tampoco hubieron resultados. Habían pasado diez años y aún seguía sin resultados. Mi padre cada vez me presionaba más, y estaba segura de que se debía a que él también creía lo que rumoreaba la gente. "La princesa es un fracaso", decían.

Para colmo, ya se había elegido a un héroe. Se llamaba Link, y siempre iba por ahí con su Espada Maestra. Me daba rabia verle. Su familia debía estar orgullosa de él, y había oído que descendía de un linaje de caballeros hylianos. Consiguió sacar la espada en su primer intento, y yo llevaba diez años tratando de despertar mi poder. Seguro que todo fue muy fácil para él. Se rumoreaba que, desde los cuatro años Link podía derrotar a caballeros más

experimentados que él. Nació con esa habilidad natural, no como yo.

Llegados a este punto, solo hallaba consuelo en la tecnología sheikah. Habían pasado años desde que se descubrieron y se desenterraron las cuatro Bestias Divinas y los guardianes. La investigación la lideraba Impa, la joven que también era líder de la aldea Kakariko, hogar de los sheikah. Me fascinaba aquella tecnología, y quería ayudar a descubrir más artefactos, aunque solo fuese para no sentirme inútil.

Padre me había dejado, para mi sorpresa, pues pensé que diría algo como "debes concentrarte en despertar tu poder", "deja de perder el tiempo", o el resto de cosas que me solía decir. Pero no lo hizo, y por eso, iba a reunirme con Prunia y Rotver, dos célebres investigadores sheikah que se dedicaban a buscar, analizar e investigar artefactos. Prunia era la hermana mayor de Impa, y ambas vivían cerca del castillo. Mientras que Impa se había establecido en Kakariko como líder de su tribu, Prunia trabajaba en el laboratorio, investigando con Rotver.

Llevaba esperando semanas para hablar con ellos, y estaba previsto que llegaran esa tarde. Yo había revisado mis notas cientos de veces para estar segura de que no se me olvidaba nada que decirles.

Me asomé a una de las ventanas de mis aposentos. Eran grandes, como cabía esperar de los aposentos de una princesa. Cerca de la cama había una escalera de caracol que llevaba hasta el puente que conectaba mis habitaciones con mi pequeño laboratorio. Era diminuto y circular, pero con suficiente espacio para mis cuadernos, notas y libros. Padre me había dejado tenerlo solo porque era una habitación vacía del castillo.

Oí relinchos de caballos y devolví la mirada hacia la ventana. En el patio habían tres caballos, cuyos jinetes eran un hombre y dos mujeres, altos y con el pelo blanco característico de los sheikah. Cogí mis cosas a toda prisa y salí rápidamente de mis aposentos. Aminoré la marcha al ir llegando al comedor, donde habíamos acordado vernos. Iba mirando al suelo y pensando en mis cosas, y no me fijé en la persona que se acercaba de frente. Pareció

ser que esa persona tampoco se fijó en mí. Chocó conmigo y todas mis cosas cayeron al suelo. Al instante me agaché para tratar de reordenar mis notas, que habían quedado desparramadas por el suelo.

Pero esa persona también se agachó al mismo tiempo que yo para ayudarme, sin emitir ningún sonido. Nos dimos un fuerte golpe el uno contra el otro en la cabeza.

-Lo siento -murmuró.

Alcé la vista de mis notas y me fijé en su pelo rubio oscuro, tan largo que lo llevaba recogido en una coleta. Al notar que yo le miraba, él también alzó la vista, y me encontré con unos ojos azules que me parecieron muy bonitos.

Al instante supe que era Link, porque pude ver la empuñadura de una espada que sobresalía por encima de su hombro, decorada con tiras de cuero turquesa. Él, obviamente, también me reconoció.

-Lo siento, princesa -repitió torpemente-. ¿Estáis bien?

-Estoy bien -respondí, devolviendo la atención a mis notas.

-¿Os ayudo a...?

-No -le corté rápidamente. No quería estar cerca de él, ni quería estar cerca de su Espada Maestra-. Puedo reordenarlas yo sola.

-¿Seguro?

-Sí -dije. Empecé a sentirme molesta de repente-. ¿Crees que soy tan inútil como para no saber cómo ordenar mis cosas? Pues siento decirte que no llego a ese nivel.

Sabía que me estaba enfadando sin motivo, pero me dio igual. Seguro que él también pensaba que yo era un fracaso, como todo el mundo decía.

-Siento haberos molestado -se disculpó, mirándome con incredulidad-. Si hay algo que pueda hacer por vos...

-No, no puedes hacer nada por mí -volví a interrumpirle.

Acabé de recoger mis cosas y ambos nos pusimos en pie, en medio de un silencio incómodo. "¿Por qué todavía no se va?", pensé, irritada.

-Tengo cosas que hacer. Y estoy segura de que tú también tienes cosas más importantes pendientes que perder el tiempo conmigo

-No pierdo el tiempo con vos, alteza -dijo mirándome seriamente.

No supe qué responderle. No era la respuesta que esperaba. Por unos instantes no estuve segura de qué pensaba realmente de mí, hasta que me di cuenta: él solo tenía que ser cortés conmigo porque yo era la princesa del reino. Todo lo que me tenía que decir eran halagos y hablarme con educación. Pero una parte muy pequeña de mí quería creer que lo había dicho con sinceridad.

-Adiós. Que tengas un buen día -me despedí, porque no sabía qué otra cosa decirle.

-Adiós, princesa.

Su voz no dejaba ver ninguna emoción, pero sus ojos seguían clavados en los míos. Hizo una reverencia y ambos seguimos nuestros caminos.

"¿Qué pensará él de mí?", no podía dejar de preguntarme mentalmente. Sacudí la cabeza y me obligué a pensar en otras cosas que no fuesen Link y su Espada Maestra.

Cuando abrí la puerta del comedor, vi a Rotver, Prunia e Impa sentados en una pequeña mesa aparte.

-Princesa -exclamó Impa nada más verme. Llevaba el típico ojo sheikah (que también era el símbolo de su tribu) pintado en el rostro-. Estáis estupenda, como siempre.

Aquel día llevaba mi vestido azul y blanco, el que usaba para las reuniones formales y celebraciones, con motivos de los tres triángulos que simbolizaban el blasón de la familia real.

Conocía a Impa desde hacía varios años. Ella no era una segunda madre como Urbosa, pero sí una buena amiga. La única que tenía.

-Siento haberos hecho esperar -dije, devolviéndole la sonrisa a Impa y mirando a Prunia y a Rotver.

-No importa, princesa -intervino Prunia. Tenía el pelo blanco recogido en dos pequeños moños como los que llevaban las niñas sheikah-. Impa nos entretuvo con una conversación muy interesante.

Solté una risita. Era lo que más me gustaba de Impa: Siempre tenía un tema de conversación.

Me fijé en Rotver. Era un sheikah bajito, que llevaba puesto un extraño artefacto sobre los ojos. Él notó mi mirada y me saludó.

-Me gustaría ver vuestras notas, princesa.

Estuvimos hablando casi dos horas. Los sheikah me contaron todo acerca de los descubrimientos que habían hecho y lo que sabían sobre su tenología. También me informaron de que habría que elegir a cuatro personas para pilotar las Bestias Divinas. Dijeron que se lo comunicarían a Padre, para que todo fuera lo más rápido posible.

Prometimos vernos al día siguiente para investigar unas excavaciones. Me aseguraron que estaría

informada de cada avance que lograsen a través de Impa o algún sheikah de la corte. Luego, nos despedimos y ellos fueron a hablar con Padre.

Esa noche, apunté en mis cuadernos todo lo que había descubierto. Por primera vez en mucho tiempo, me fui a la cama emocionada y feliz, pues ya no me sentía tan inútil. Hasta que recordé a Link. Parecía inalcanzable con esa espada y con todas aquellas historias y rumores que la gente contaba sobre él. Al menos, no hablaban mal a su espalda, ni le llamaban "fracaso".

Por mucho que intenté no pensar en ello, la pregunta seguía en mi cabeza: "¿Qué pensará de mí el héroe elegido por la Espada Maestra?"

Al día siguiente, me desperté cuando aún estaba amaneciendo. Habíamos decidido salir muy temprano, porque Padre no quería que regresara tarde al castillo. Yo no lo entendía. Las excavaciones se encontraban bastante cerca de la Ciudadela, en la Llanura de Hyrule, un vasto terreno de hierba que se extendía al salir del castillo y la Ciudadela de Hyrule. La Ciudadela era el enorme pueblo que se

encontraba dentro de las grandes murallas que rodeaban el castillo.

Me vestí con mi ropa más cómoda, me puse mis botas y decidí ir a tomar un desayuno rápido. Padre desayunó conmigo, pero me ignoró completamente. Nos despedimos con un escueto "adiós" y me dirigí a los establos para buscar mi caballo. Se llamaba Nieve, debido a que era completamente blanco.

Salí de la Ciudadela junto con dos escoltas, que me acompañarían en el viaje. Todo el mundo se empeñaba en decirme que debería tener una escolta más nutrida, y Padre se estaba dedicando a buscarme un caballero que fuese mi escolta personal. Todos creían que no podía defenderme sola.

La gente me observaba mientras yo cabalgaba por las calles empedradas de la Ciudadela, con casas de tejados bordeándolas. Algunos cuchicheaban, pero no me interesó en absoluto averiguar qué decían, porque ya lo sabía. Hablaban sobre mi reciente fracaso en la última fuente a la que había ido a rezar, y también dirían que mi padre me permitía esas "distracciones".

Cuando al fin llegué frente al enorme portón que daba al exterior de las murallas, los sheikah ya estaban allí, esperándome. Al desmontar en la zona donde se estaban realizando las excavaciones, un sheikah vino corriendo hacia nosotros.

-Princesa -me saludó con una reverencia, antes de dirigirse a Prunia-. Jefa, hemos encontrado algo.

-¿El qué? -preguntó Prunia.

-Puede verlo usted misma.

Me resultó raro por un momento escuchar a alguien dirigirse a Prunia con tanta formalidad.

-Llévanos -dijo Prunia.

El campo estaba lleno de agujeros profundos en la tierra, donde los sheikah buscaban artefactos de su antigua tecnología, que se creía desaparecida desde hacía diez mil años. Tenían montado también un campamento. Había al menos cincuenta miembros de la tribu sheikah trabajando en el terreno. Hicieron una reverencia al verme pasar.

Entramos en una tienda grande y espaciosa. Dentro vimos a cinco sheikah, que observaban algo que estaba sobre una mesa. Al percatarse de nuestra presencia, se dieron la vuelta y nos saludaron.

-¿Qué habéis encontrado? -preguntó Prunia.

Los sheikah se apartaron para que nosotros pudiéramos ver el artefacto. Era una piedra de color marrón, pequeña y con forma rectangular, que en la parte de atrás tenía el ojo sheikah y otros símbolos del a tribu dibujados. Lo observé extrañada. Nunca había visto nada parecido.

-¿Qué es? -pregunté, incapaz de contenerme.

-Aún no lo sabemos con exactitud, princesa -respondió uno de los sheikah-. Lo encontramos hace dos días, y hemos buscado información en todas las fuentes de las que disponemos, pero no se dice nada sobre este objeto.

-Observe esto, jefa -dijo otro.

Cogió el extraño artefacto entre sus manos, y al instante la superficie de la piedra se iluminó, mostrando lo que parecía ser un mapa de Hyrule,

que marcaba todos los santuarios que habían sido descubiertos.

Todos emitimos una exclamación de sorpresa. El sheikah que sostenía la piedra nos sonrió.

-Y no solo tiene un mapa, también hemos descubierto lo que parece un mecanismo para guardar imágenes que parecen reales.

Miré el extraño objeto, fascinada. Prunia lo tomó entre sus manos y después de examinarlo se lo pasó a Rotver.

-Deberíamos ponerle un nombre -dijo Impa.

-¿Qué tal "Artefacto Sheikah No Identificado y del que No Hay Registros"? -propuso Rotver.

-Eso es muy largo -dijo Prunia-. Como es una piedra y fue creada por la tribu sheikah, quizá lo más adecuado sería ponerle "Piedra Sheikah".

-No es muy original -opiné yo, sonriendo.

-Pero es un buen nombre -dijo Impa.

-Es el más adecuado -asintió Rotver.

Yo lo pensé unos segundos, pero no se me ocurrió otro nombre mejor que ponerle.

-Vale. Se llamará piedra sheikah.

Los sheikah aplaudieron, contentos.

-Aún quedan más funciones que restaurarle -dijo una mujer-. Pero tenemos buenas noticias, jefa.

-¿El qué?

-Hemos conseguido reactivar las cuatro Bestias Divinas.

Se me iluminó el rostro y no pude contener una sonrisa. Prunia y Rotver felicitaron a los investigadores por su excelente trabajo y luego se marcharon.

Yo estuve el resto del día sonriendo. Al fin podía ver un poco de luz al final del camino.

Chapter 5

Capítulo 4

Punto de vista de Link

Una parte de mi frente se estaba hinchando, como resultado del *"accidente"* con la princesa en los pasillos del castillo. Sentía que enrojecía de nuevo con solo recordarlo. Ella se había comportado de manera extraña conmigo, como si yo hubiese hecho algo que le hubiera molestado. Quizá sí le hice algo y no me había dado cuenta.

Pensaba que era más amable: las pocas veces que la había podido ver siempre sonreía y era cálida con la gente, pero conmigo se mostró fría, y ni siquiera nos conocíamos.

Me obligué a dejar de pensar en la princesa; tenía que concentrarme en terminar de guardar todas mis cosas en la bolsa de viaje. Aún era temprano, si me daba prisa podría llegar a la aldea Hatelia al atardecer.

Mi padre se había vuelto a vivir allí un año antes de que yo obtuviese la Espada Maestra y me nombrasen caballero. Cuando él era capitán y tuvo que asentarse obligatoriamente en el castillo de Hyrule, yo estaba en la aldea Hatelia, cuidando de mi hermana pequeña Arwyn, que solo tenía diez años. Pero al empezar mis entrenamientos, mi padre decidió dejar su puesto temporalmente hasta que Arwyn fuera mayor y pudiera cuidar sola de sí misma.

La princesa iba a salir de viaje por todo Hyrule en busca de cuatro elegidos capaces de pilotar las Bestias Divinas, y mientras tanto a mí me habían dejado los días libres hasta que ella volviese y me mandara llamar. Yo estaba feliz, porque intentaba visitar a Arwyn y a mi padre siempre que podía.

Llevaba cuidando de mi hermana prácticamente desde que nació, un año antes de que nuestra madre

muriese a causa de una enfermedad que se propagó por toda la región. Arwyn apenas recordaba algo de ella, pero yo sí. Recordaba sus ojos azules, como los míos, y las leyendas que me contaba todas las noches antes de ir a dormir sobre como el héroe y la princesa de eras pasadas sellaban al Mal. También recordaba su pasión por las flores, algo que Arwyn había heredado de ella.

Un año después de la muerte de nuestra madre, mi padre me dejó a mí a cargo de todo y se fue al castillo. Yo acababa de cumplir diez años y Arwyn tenía dos. Siempre había pensado que se fue para no pensar en mamá. Mi padre siempre se había culpado por pasar tan poco tiempo con Arwyn y por haberme dejado a mí a cargo de ella, de la casa y del resto de cosas. Pero yo ya se lo había perdonado tiempo atrás, cuando vino a hablar conmigo el día que decidió volver a la aldea Hatelia.

No le culpaba. Si hubiese sido yo quien perdió a su esposa, hubiera hecho lo mismo. Al principio, cuidar de todo fue difícil, pero, por suerte, nuestros vecinos nos ayudaban a limpiar, a cocinar y estaban

pendientes de nuestro bienestar. Y nuestro padre venía a visitarnos casi todas las semanas. Yo trataba de hacerlo lo mejor que podía, y hacía enormes esfuerzos por no llorar cuando Arwyn me preguntaba que "dónde estaba mamá". Ella solo tenía un año cuando nuestra madre murió, y yo tenía ocho.

Al terminar de hacer la bolsa, me di cuenta de que aún llevaba el pelo suelto. Siempre lo solía llevar recogido en una coleta. Me llegaba casi por los hombros, pero a mí me gustaba así. De pequeño me crecía rápido, y cuando intentaban cortármelo, volvía a crecer aún más salvaje que antes.

Una vez estuve preparado, salí de la habitación. Era pequeña, con una cama, una mesa y una silla. Como yo era "el elegido", tenía el "privilegio" de poseer unos aposentos con baño propio. También habían varios libros en una estantería, pero a mí, al contrario que a mi hermana, nunca me había apasionado la lectura, así que prácticamente no los había tocado.

Me aseguré de que había metido los libros para Arwyn en la bolsa antes de subir a mi caballo. Siempre que iba de visita, cogía algunos libros de la enorme biblioteca del castillo y se los llevaba a la aldea Hatelia. Con el tiempo había aprendido cuáles eran sus favoritos y cuáles no le gustaban, y siempre procuraba no equivocarme al elegirlos.

Sombra me saludó al verme aparecer y yo le di de comer mientras le acariciaba la crin. Cuando el animal acabó, monté y salí de los establos. Me calé la capucha los máximo que pude, intentando que nadie pudiera reconocerme. Pero aun así, la empuñadura de la Espada Maestra sobresalía tras mi hombro. No podía llevarla colgada de la cintura como solían hacer los espadachines porque era demasiado larga e iría rebotando contra el suelo.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo nada más cruzar el portón que conectaba con la Ciudadela. Sabía que, nada más salir, la gente iba a observarme y a hablar de mí. Fuera a donde fuese, todos empezaban a murmurar, algunos incluso hablaban

en voz bien alta, a mi lado, para que yo pudiese escucharles

Notaba decenas de ojos clavados en mí y en mi espada mientras recorría las calles. Otros tan solo cuchicheaban entre ellos, preguntándose si *sería capaz* de derrotar a Ganon.

"¿Nunca se cansan de repetir lo mismo?", pensé. Vi a unos niños mirándome con los ojos muy abiertos, y aquello fue más de lo que pude soportar.

Toda aquella gente esperaba que yo acabase con Ganon, que no les fallara ni a ellos ni a Hyrule. Algunos confiaban en que podría hacerlo, sin importar lo que costara. Los niños querían ser "héroes" como yo (o así me llamaba todo el mundo), querían ser caballeros y salvar el reino, y me tomaban a mí como un buen ejemplo.

Sabía que esas cosas deberían infundirme confianza en mí mismo, no afectarme así. Pero me habían afectado más de lo que esperaba.

Yo siempre había sido alguien silencioso y reservado, pero aquello no impedía que pudiera hablar con la

gente. Pero después de sacar la Espada Maestra me sentía incapaz de hacerlo. Siempre sacaban el mismo tema o me trataban con respeto, y aquello era como echar más sal en la herida. Así que acabé cerrándome en mí mismo, y solo hablaba lo necesario.

No sabía por qué había reaccionado de esa manera, ni siquiera yo podía explicarlo.

"Quizás por eso le caigo tan mal a la princesa", me sorprendí pensando.

Me calé más la capucha y suspiré. Sombra notó mi tensión, y acaricié su crin oscura para intentar calmarle. Solo me relajé cuando salí de la Ciudadela, sus murallas quedaron atrás y a mi alrededor habían campos verdes con hierba alta y flores creciendo en ellos. Espoleé a Sombra para ir un poco más rápido y seguí el camino que llevaba hasta los Picos Gemelos, que ya se veían a lo lejos. Según se decía, aquellas dos montañas antes habían sido solo una, pero se habían separado por alguna razón que nadie alcanzaba a comprender.

Era temprano por la mañana, apenas habían nubes en el cielo y sentía el agradable calor del sol acariciar mi piel.

A mediodía llegamos a una posta, pero solo me detuve para estirar los pies y para que Sombra pudiera comer algo y descansar. Obviamente, las personas que estaban allí comenzaron a mirarme y a murmurar entre ellas sin ningún disimulo. Pero yo solo hice un gesto de saludo (por pura cortesía), subí a mi caballo y me fui lo más rápido que pude.

El resto del camino transcurrió en paz. No me crucé con nadie, ni tampoco había ningún monstruo en los alrededores, así que me dediqué a admirar el paisaje que ofrecía Hyrule aquel día.

Si la Espada Maestra me había elegido, yo era alguien digno de blandirla. Pero, al pensar en eso, recordaba las historias que me contaba mi madre sobre anteriores héroes que habían esgrimido la misma arma que yo llevaba en aquel momento a mi espalda. Todos ellos habían tenido que luchar o sacrificar algo para conseguirla, y yo no podía evitar preguntarme por qué la espada me había elegido, si solo había

entrado en el Bosque Kolog y había usado todas mis fuerzas para sacarla. También me preguntaba si realmente yo era "el héroe". Algunas noches, tenía pesadillas en las que me veía a mí mismo fallándoles a todos. En otras ocasiones, veía al rey y a la princesa muriendo de maneras horribles por mi culpa. A pesar de eso, intentaba pensar que todo saldría bien. Pero intentarlo no era lo mismo que lograrlo.

Finalmente, llegué a la aldea Hatelia cuando estaba anocheciendo. Saludé con la cabeza a la gente que me conocía y crucé el puente de madera que llevaba hasta mi casa. Era pequeña y al mismo tiempo lo suficientemente grande como para acoger a una familia. Fuera tenía un jardín lleno de flores que Arwyn cultivaba. Detrás de la casa había un manzano y un pequeño establo donde dejé a Sombra. Desde allí podía ver el el lago poco profundo en el que solía ir a jugar con Arwyn cuando era un niño. Sonreí al recordar nuestras batallitas de agua, que duraban hasta el atardecer, cuando ambos teníamos frío y nos sentábamos junto a una hoguera para entrar en calor.

De repente escuché unos pasos a mi espalda y sentí unas manos alrededor de mi cintura, rodeándome con fuerza. Estuve a punto de caer al suelo por el susto, pero logré mantener el equilibrio milagrosamente. Vi el pelo rubio de mi hermana y escuché sus risitas. Yo también la abracé, pero estuvimos así poco tiempo porque a Arwyn no le gustaban los abrazos ni las muestras demasiado efusivas de cariño.

-¿Te he asustado? -preguntó, mirándome con sus brillantes ojos azules claro.

-A mí nada puede asustarme. Soy un gran héroe, ¿recuerdas? -repliqué, intentando sonar tan seguro de mí mismo como aquellos caballeros que ganaban en los torneos. Aun así, noté un poso de amargura en mi voz, pero afortunadamente Arwyn no se dio cuenta.

Ya empezaban a verse las primeras estrellas, y apenas quedaba rastro de los cálidos rayos del sol. Un aire gélido nos rodeó, y yo reprimí un escalofrío. Las noches en la aldea Hatelia no eran precisamente cálidas, debido a que se encontraba muy cerca de la

región de Lanayru, la cual tenía uno de los climas más fríos de todo Hyrule.

-¿Qué hacías aquí? Ya es muy tarde. -Miré a mi alrededor y vi un libro abierto sobre la hierba-. ¿Has estado leyendo hasta estas horas? Hace frío, podrías ponerte enferma.

-Conozco todas las curas para todas las enfermedades, y papá me deja estar en el jardín hasta que la cena esté lista -respondió ella, dirigiéndome una sonrisa de satisfacción.

En ese momento me di cuenta del hambre que tenía. Solo había tomado un desayuno ligero antes de partir, y a mediodía me había comido una manzana, cuando paramos en la posta. Además, a mi padre se le daba especialmente bien cocinar.

Oímos un relincho desde el establo, y yo recordé que Sombra también tendría mucha hambre.

-¿Ese es Sombra? -preguntó mi hermana.

-Debería darle de comer -respondí.

Me acerqué al manzano que había detrás de la casa, y luego fui hacia el establo, seguido de Arwyn. Ella acarició a Sombra mientras yo alimentaba a mi caballo.

-Te echo de menos -susurró Arwyn sin mirarme.

Sabía lo poco que le gustaba expresar demasiado cariño hacia los demás, así que me tomé su confesión muy en serio.

-Yo también te echo de menos a ti. Y a papá -dije, con tristeza.

-Ojalá pudieras venir más a menudo.

-Ojalá -repetí en voz baja. Me agaché para ponerme a la altura de mi hermana, y vi una lágrima correr por su mejilla. Se la sequé con suavidad-. La princesa ha salido de viaje para buscar a cuatro elegidos capaces de pilotar las Bestias Divinas. Irá por todo Hyrule, y eso le llevará muchos días. -Arwyn me miró al fin y yo le sonreí-. He venido porque, hasta que ella regrese, tengo los días libres.

A mi hermana se le iluminó el rostro.

-¿Me dejarás que te enseñe cosas sobre plantas? -preguntó, esperanzada.

-Haremos lo que quieras.

-¿Lo prometes?

-Te lo prometo.

Una vez acabé de alimentar a Sombra, entré dentro de mi casa junto con Arwyn. El calor del fuego que ardía en la chimenea recorrió mi cuerpo con solo poner un pie dentro. Me sentí verdaderamente a gusto por primera vez desde hacía muchos días.

En su interior, la casa era aún más acogedora que en el exterior. Tenía una cocina pequeña, y varias estanterías de madera en las que mi padre guardaba comida, y Arwyn guardaba libros. También había una mesa de madera, ya puesta. Mi padre almacenaba cosas viejas en un rincón bajo las escaleras, y en la planta de arriba era donde dormíamos. En las paredes habían pequeños cuadros, pintados por uno de nuestros vecinos, al que se le daba muy bien retratar.

-¿Qué tal te va en el castillo? -me preguntó mi padre mientras comíamos.

Durante un segundo, consideré la posibilidad de contárselo todo, pero luego me di cuenta de que él era la última persona a la que quería preocupar con mis problemas.

-Bien -mentí lo mejor que pude, aunque no era uno de mis talentos.

Mi padre me escudriñó con la mirada. Él era un hombre fuerte y corpulento, y en los últimos años se había dejado crecer una barba rubia, aunque en algunas partes empezaba a verse el color gris. Pero, a pesar de la edad, seguía siendo el mejor caballero que había visto jamás. Entonces mi padre se fijó en el bulto que había en mi frente, que debía ser peor de lo que yo pensaba.

-Diosas, ¿qué te ha pasado ahí? -preguntó, examinándome con preocupación.

-Tuve un accidente.

-¿Qué accidente? -siguió insistiendo él.

-Un accidente -repetí yo, incapaz de contarle lo que había ocurrido en realidad-. En los pasillos del castillo. Me choqué con alguien.

-Podría prepararte algo para aliviártelo -se ofreció mi hermana.

-No hace falta...

-Sí, Link. Eso de ahí es bastante grande -me interrumpió mi padre-. Quien fuera que se chocase contigo debía tener la cabeza muy dura.

Se me escapó una sonrisa amarga. Afortunadamente, mi padre no se dio cuenta gracias a las carcajadas de Arwyn.

-Las niñas de la aldea dicen que la princesa es muy guapa. ¿Es guapa, Link? -preguntó mi hermana de repente.

-Supongo que... Sí..., probablemente...

No sabía que otra cosa decir. Empecé a sentir que las mejillas me ardían, y lo peor era que no podía hacer nada para evitarlo.

Chapter 6

Capítulo 5

Punto de vista de Revali

Salí de mi casa cuando aún estaba amaneciendo. Un orni que trabajaba en la posada y que llevaba toda la noche despierto por si llegaban viajeros me vio.

-Todavía es temprano, Revali. Deberías...

-Debo practicar mi técnica -le interrumpí fríamente-. No creo que alguien como tú pueda entenderlo.

El orni se encogió de hombros y volvió a su trabajo.

Yo seguí mi camino sin decirle nada más. Observé el campamento sheikah que se había instalado en las colinas frente al Poblado Orni. Los sheikah no habían

podido asentarse más cerca gracias al Lago Ornitón, que rodeaba el poblado.

Los investigadores aún no habían empezado a trabajar, pero pude ver a Vah Medoh, que brillaba con luces azules, situada junto al campamento.

"Podría corresponderme a mí el honor de pilotarla. Si acepto, claro", pensé, con una pequeña sonrisa.

La princesa de Hyrule había salido de viaje para conocer las respuestas de los elegidos para pilotar las Bestias Divinas. Había recibido un mensaje escrito por el rey, en el que decía que habían oído hablar de mis hazañas en los torneos y de mi maestría con el arco. Por ello, me rogaban que aceptase pilotar a Vah Medoh, la Bestia Divina que se había desenterrado años atrás cerca del Poblado Orni.

Yo había estado de acuerdo con todo aquello, hasta que leí la otra parte de la carta:

"Así, podrás contribuir a sellar a Ganon, el Cataclismo. Tú y otros tres elegidos, que escogeremos de entre todas las razas de Hyrule, ayudaréis al héroe elegido por la espada destructora del Mal, que tendrá como

misión derrotar a Ganon. La princesa, usando su poder sagrado, confinará al Cataclismo, y lo alejará de estas tierras."

Por primera vez alguien estaría por encima de mí, y no estaba dispuesto a aceptarlo. Quería ser yo quien acabase con Ganon, estaba seguro de que era capaz de hacerlo. Pero debía limitarme a mirar como otro se cubría de gloria, solo por haber sido elegido por una espada, que quizás ni siquiera era sagrada.

Durante un instante, estuve tentado a responder con un "no" a la petición. Luego lo pensé mejor: Quizás podría demostrarles a la princesa y al rey que era mejor que ese crío al que llamaban héroe. Dejaría a su alteza impresionada y haría que echasen a ese niño. Cuando Ganon regresara, sería yo quien salvaría Hyrule y se convertiría en un héroe. Además de todo aquello, el mensaje también decía que la princesa Zelda visitaría el Poblado Orni para conocer mi respuesta, según los cálculos, aquel mismo día.

Pero antes quería ir a la zona de entrenamiento que se encontraba a las afueras del poblado. La habían construido a petición mía, como premio por mis

numerosas victorias en todos los torneos de tiro con arco a los que había asistido. Era un lugar pequeño, circular y profundo, y contaba con una diminuta cabaña de madera al estilo orni para calentarse junto a una hoguera, pues la zona de entrenamiento estaba en la región de Hebra, la más fría de todo Hyrule. Había clavado dianas en las rocas para poder entrenar con mi arco.

Al salir del poblado, me crucé con dos niños orni que se perseguían el uno al otro, riendo. Yo nunca tuve amigos de pequeño, ni tampoco los tenía de adulto. Siempre que iba a jugar con otros niños, mi padre (uno de los mejores guerreros de Hyrule, solo superado por mí mismo) me obligaba a volver al pequeño campo de entrenamiento que habíamos improvisado, en las colinas que rodeaban el Poblado Orni. Al principio no entendía por qué mi padre no me permitía pasar tiempo con ornis de mi edad, pero con el paso del tiempo lo comprendí por fin: había sido el primer orni de mi generación (y posiblemente de toda la historia de mi raza) en aprender a volar. Mi padre sabía que tenía mucho potencial, y quería que me convirtiese en el mejor arquero del reino.

Entrenaba día y noche, y si fallaba, él se enfadaba conmigo. Mi padre me enseñó que no bastaba solo con "hacerlo bien", había que ser el mejor. Y para conseguirlo había que creérselo, además de con la práctica, obviamente. Cuando mi padre murió, yo decidí seguir entrenando por mi propia cuenta, día y noche, como él me había tenido acostumbrado, y solo hacía pausas para comer y dormir.

El Poblado Orni tenía numerosas plataformas que rodeaban la alta piedra con forma de ave, enroscándose alrededor de ella. Cogí algo de carrerilla y salté de una de aquellas plataformas de madera. Un instante después mis alas planeaban y se batían en el aire gélido, pero las plumas de los orni nos hacían poder resistir a los climas más fríos del reino.

Al llegar a la zona de entrenamiento, decidí practicar la maniobra por la que todo el mundo me recordaría, aunque no sabía qué nombre ponerle. Se me habían ocurrido muchos, pero ninguno le hacía justicia a mis elegantes movimientos, ni a mi majestuosidad en el aire. Yo era el único entre los orni capaz de crear

corrientes de aire ascendentes, y mi maniobra tenía mis tornados como movimiento estrella.

Pero, aunque no quisiera reconocerlo, me estaba costando lograr ejecutar el movimiento de manera correcta. Aunque yo no aceptaba las derrotas fácilmente. Estuve intentándolo hasta mediodía. Empezó a nevar, pero no me importó. Creé un tornado de nuevo y me di impulso con las alas. En esa ocasión, conseguí llegar más alto que en intentos anteriores, y por un momento pensé que lo lograría. Pero, como siempre, mi propio tornado tenía demasiada fuerza y me expulsó de su interior, golpeándome con violentamente contra las rocas de abajo, y dejándome sin aliento.

"¿Qué pasa si alguien me ve?", pensé. Eso solo hirió aún más mi orgullo, así que me levanté, ignorando el dolor.

-No basta... -dije, enfadado conmigo mismo. No me importó hablar solo-. Debo aguantar más tiempo dentro del tornado.

Mi voz sonaba entrecortada gracias a la falta de aire. Entonces percibí a alguien a mi espalda, y volví la

cabeza al segundo. Allí estaba la princesa de Hyrule, acompañada por dos caballeros, vestida con abrigos blancos.

-Qué sorpresa -exclamé-. No sabía que tuviese público, alteza.

Me erguí, con toda la dignidad que me fue posible, aunque seguía dándole la espalda a la princesa.

-Lo siento. En el poblado me han dicho que podría encontrarte aquí.

Su voz era suave y sorprendentemente dulce, a pesar de haberme visto en aquel estado.

-No me lo digáis. -Me di la vuelta por fin y la miré-. ¿Necesitáis saber mi respuesta? -La princesa asintió-. Queréis que os ayude a derrotar a Ganon. -Hice una pequeña pausa, haciéndome de rogar a propósito-. Y estoy dispuesto a hacerlo.

-Te lo agradezco, Revali -dijo ella, visiblemente aliviada-. Ya sabes lo valiosa que será tu ayuda para noso...

-¡Ya lo sé! -la interrumpí.

No iba a dejar que la princesa pensara que yo era un fracasado, así que me volví e hice aparecer un tornado. Me di impulso, como en las ocasiones anteriores, y puse mi empeño en no caer. Conseguí llegar hasta arriba; sentía el aire frío golpear mis plumas con fuerza. Mis ojos lograron divisar tres dianas que estaban clavadas a la roca. Me lancé en picado hacia abajo, saqué mi arco (capaz de disparar hasta tres flechas al mismo tiempo, el mejor jamás creado por la tribu orni, que pocos o nadie podían manejar con la misma maestría que yo) y apunté. Había elegido tres flechas bomba, para que la princesa se sorprendiera aún más.

Disparé las flechas, y estas dieron en los blancos, produciendo una explosión y ligeros temblores. Pero no pensaba parar ahí. Me apoyé contra otra roca, hice aparecer un nuevo tornado y me impulsé a través de la corriente de aire. Una vez arriba, apunté a todas las dianas rápidamente, dando como resultado varias explosiones, una tras la otra.

Aterricé con suavidad en la barandilla de madera de la cabaña que se encontraba en la zona de

entrenamiento, un poco por encima de donde estaba la princesa. Pude apreciar el asombro y la admiración brillar en sus ojos, al igual que les ocurría a todos los que tenían el privilegio de verme en el aire.

-Me imagino que mi papel será el de guardaespaldas de ese chico. Del portador de la espada, ¿no es así? -Pronuncié el nombre con cierta burla, pero no me importó que la princesa Zelda lo notara-. Si al final le flaquean las fuerzas al ver de lo que soy capaz, no me hago responsable.

Ella tardó unos segundos en responder, pero finalmente sonrió. O más bien, lo intentó.

-No dudo que así será, Revali.

Después de eso, la acompañé de vuelta al poblado, para que conociese al patriarca, con una sonrisa de satisfacción.

Chapter 7

Capítulo 6

Punto de vista de Daruk

Esperaba a la princesa Zelda junto a la entrada de la Montaña de la Muerte. Habíamos decidido no encontrarnos demasiado cerca de la posta de la montaña para poder hablar en privado y evitar miradas indiscretas. Por otro lado, tampoco queríamos someter a la princesa y a sus escoltas al calor de la Montaña de la Muerte en la Ciudad Goron. Para la raza goron, de la que yo era miembro, ese calor era soportable, incluso agradable. En cambio, para los pequeños hylianos como la princesa era horroroso, y ardían si no contaban con las protecciones necesarias.

Por supuesto, podrían haber cocinado elixires, pero la princesa no iba a quedarse tanto tiempo; solo hablaría conmigo y luego se marcharía.

Ya había recibido el mensaje de parte del rey Rhoam Bosphoramus Hyrule. Mi hijo se mostró orgulloso porque hubieran escogido a su padre para pilotar la Bestia Divina Vah Rudania, la cual tenía forma de legarto y había sido desenterrada en las afueras de la Ciudad Goron.

La noche que llegó el mensaje, pasé mucho tiempo pensando, para mi sorpresa, pues eso nunca me había pasado antes. Pensaba en lo que pasaría si fallaba, y también en mi hijo, que aún era demasiado joven y temerario como para quedarse sin su padre.

Pero juré que no dejaría que Ganon destruyese Hyrule, que se trataba del hogar de todos, al fin y al cabo.

Aquella mañana, me había comido dos grandes rocodillos goroasados con mi hijo antes de partir de la Ciudad Goron hasta la entrada a la montaña, algo más fresca que la ciudad, pero aun así calurosa para los hylianos.

Los goron podíamos soportar el calor fácilmente, pues nuestros cuerpos no eran como los de los hylianos o los del resto de razas de Hyrule; nosotros estábamos hechos de roca, y éramos duros, grandes y con forma redondeada. Estaba demostrado que los goron nacíamos de rocas creadas por el magma de la Montaña de la Muerte. Solíamos hacernos una bola y rodar por nuestra ciudad. Además, también nos alimentábamos de rocas. Solo había visto a un hyliano comerse un rocodillo goroasada con mis propios ojos en una ocasión, y no podía negar que había sido extraño verlo.

No tuve que esperar mucho tiempo a la princesa, pues al poco rato apareció por el camino, andando hacia mí junto con dos caballeros detrás de ella.

Era tan hermosa como decían: tenía el pelo largo y rubio, unos grandes y bonitos ojos verdes y las orejas puntiagudas de los hylianos.

-Es un placer conocerte al fin, Daruk -saludó con alegría.

-El placer es mío, alteza. -Hice una torpe reverencia que había estado ensayando durante varios días. Los

hylianos que visitaban la Ciudad Goron me habían enseñando a hacerla, pero aun así, no se trataba de la mejor reverencia, por lo que le sonreí con vergüenza y ella soltó unas risitas.

-Eres bastante fuerte, incluso para ser un goron -observó.

Yo me sentí halagado por su comentario.

-Gracias, princesa. Estoy seguro de que os hará falta un goron fuerte para defender el reino.

La princesa me miró esperanzada.

-Entonces, ¿puedo contar contigo? -me preguntó, muy seria.

-Podéis contar conmigo, alteza -contesté con decisión, y noté como su cuerpo se relajaba -. A este viejo goron le sobra valentía. Y además, no podría negarme a defender Hyrule de cualquier amenaza.

-Gracias, Daruk -dijo ella, aliviada.

-Puede que se deba al influjo de Ganon, pero últimamente se ven más monstruos sembrando el caos por ahí.

Hacía varios días, unos bokoblins habían atacado a un grupo de goron que volvían de las minas. Ellos habían escapado ilesos gracias a otro goron que logró pedir ayuda antes de que fuera demasiado tarde. Y cada vez llegaban más hylianos asustados a la ciudad, diciendo que los monstruos les habían asaltado.

-Vos misma no deberíais salir del castillo sin una escolta más nutrida -observé, mirando de reojo a los dos caballeros que caminaban detrás de nosotros, atentos a cualquier posible ataque.

La princesa frunció el ceño y también miró a sus escoltas disimuladamente.

-Qué casualidad. Mi padre también quiere que un caballero me acompañe -dijo, devolviendo la vista al suelo-. Y uno de los candidatos es el más diestro espadachín de todo Hyrule.

Noté que hablaba con amargura, y aquello me extrañó. Aun así, al oír "el más diestro espadachín de todo Hyrule", recordé a Link.

-¿Eh? Ese debe de ser... -pero no pude acabar mi frase, porque en ese momento escuché un sonido extraño, como un grito. No tardé demasiado en reconocer el gruñido agudo que producían los bokoblins para comunicarse entre ellos-. ¿Qué pasa?

La princesa y yo nos frenamos en seco.

-Están por todas partes, los muy canallas -dije, viendo a un grupo de bokoblins correr de un lado a otro con sus porras de madera-. ¿A quién andarán persiguiendo?

La princesa Zelda no parecía asustada; más bien, observaba a los bokoblins que se encontraban frente a nosotros con preocupación.

-Alteza, esperad un momento.

Fui corriendo (tan rápido como mi pesado cuerpo rocoso me permitía) hacia los bokoblins. Pude oír a los caballeros de la princesa desenvainando sus espadas, dispuestos a defenderla si hiciera falta.

Yo saqué mi Machacarrocas. Era un arma muy pesada que solo los goron más fuertes podíamos usar,

aunque también existían unos pocos hylianos que apenas lograban levantarla del suelo.

Golpeé a dos bokoblins y los mandé bien lejos. Después levanté el Machacarrocas y di con él un golpe contra el suelo, usando todas mis fuerzas. Aquello hizo que los demás bokoblins se dispersaran. Reí al ver como huían y chochaban entre ellos, entre gritos.

Escuché a la princesa correr hacia mí, seguida de sus caballeros. Ella dejó escapar una exclamación de sopresa y se acercó a una roca que estaba junto al camino.

-¡Ven aquí! -exclamó, agachándose y estirando los brazos para invitar a quien había estado siendo perseguido a ir con ella.

De repente, oí el ladrido de un perro, seguido de la risa de la princesa. Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Creé la barrera protectora con forma circular, incapaz de contenerme. Aquella habilidad era una de las razones por la que había sido elegido para pilotar a Vah Rudania.

-Era a este pequeñín a quien buscaban -dijo la princesa-. Por suerte no le han hecho daño.

Entonces ella se dio la vuelta para mirarme, dejando de acariciar al perro. Este volvió a ladrar, y dejé caer el Machacarrocas al suelo con un grito.

La princesa Zelda decidió no preguntarme nada al respecto de lo que acababa de ocurrir, aunque se la veía confusa. Tan solo le pidió al perro amablemente que se fuera. Y el animal obedeció, no sin antes volver a soltar uno de aquellos terroríficos ladridos. Yo ya había recuperado la compostura, afortunadamente.

-Me avergüenzo de mí mismo. Esos bichos siempre me han dado pavor desde que no era más que un crío. Nunca he podido remediarlo -le confesé en voz baja, para que los caballeros no nos escucharan.

No sabía por qué temía tanto a los perros. Desde que había visto uno por primera vez, me aterrorizaron. Odiaba aquellos cuerpos cubiertos de pelo sucio, y con solo escuchar uno de sus terroríficos ladridos tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no salir corriendo.

-Incluso tú tienes un punto débil. ¡Quién lo diría! -exclamó la princesa Zelda alegremente.

-Decidme una cosa, alteza. -Aquella idea había estado dando vueltas por mi cabeza desde que recibí la petición del rey para ser elegido.

-¿Sí?

-Supongo que ese Ganon no tomará... forma canina o algo así, ¿verdad?

La princesa pareció desconcertada al principio, y no supo qué responder. Luego comenzó a reírse tímidamente, y yo no pude evitar hacer lo mismo.

-Creo que no toma ningún tipo de forma canina, Daruk -me aseguró, aún riendo.

Después de aquello, pasamos un rato más hablando, pero no tardó en volver a salir el tema del escolta de la princesa.

-Creo que Link sería un escolta perfecto para vos, alteza -dije.

Ella se frenó en seco y me miró con sorpresa.

-¿Le conoces?

-Sí. Me salvó la vida hace unos años, cuando no era más que un crío, pero ya poseía la Espada Maestra.

-¿Te... salvó la vida? -repitió ella, perpleja.

-Así fue. Al principio pensé que era él quien estaba siendo atacado, pero luego vi cómo desenvainaba su espada y mataba a todos los monstruos de un solo golpe. -No pude evitar sonreír al recordarlo-. Me quedé mirándole, sin saber qué hacer. No vi a aquel bokoblin intentar atacarme desde atrás. Pero él vino rápidamente hacia donde yo estaba y acabó con el monstruo antes de que me diera tiempo de pestañear siquiera.

-No lo sé... parece muy callado -dijo, después de unos instantes de silencio.

-Todos lo somos, hasta que conocemos mejor a la otra persona y confiamos en ella. Link es muy amable cuando le conoces, os lo aseguro.

Ella me dirigió una mirada extraña, pero luego forzó una sonrisa.

-Supongo que tienes razón. Intentaré hablar con él cuando le vea -añadió con decisión.

La princesa Zelda me caía bien. No parecía una niña mimada, como se contaba que eran los miembros de la realeza. Ella era diferente. Y estaba más que seguro de que la princesa y Link compartirían muchos rocodillos goroasados juntos en el futuro.

Chapter 8

Capítulo 7

Punto de vista de Mipha

Contemplaba las aguas de la Región de los Zora cuando aparecieron dos guardias frente a mí.

-Princesa Mipha, la princesa Zelda de Hyrule ha llegado.

Al oír el nombre de la princesa, por alguna razón no pude evitar recordar a Link, y el corazón comenzó a latirme más deprisa. Últimamente, siempre estaba pensando en él. Bueno, más bien desde que había derrotado a aquel centaleón en la cima del Monte Trueno hacía unos años.

Aún recordaba la tarde en la que Link y yo nos conocimos. Él solo tenía cuatro años. Llegó a la Región de los Zora con su padre y varios caballeros más, que habían salido a acabar con una horda de bokoblins que amenazaba algunas poblaciones de Hyrule. Les informaron de varios ataques de lizalfos en nuestra región también, así que decidieron acudir para acabar con ellos.

Pararon un día para descansar en el Dominio de los Zora. Link tenía los brazos y las piernas cubiertos de heridas y pequellas magulladuras, pero él seguía correteando de un lado a otro. Cuando le conocí, me pareció un niño adorable y travieso, así que me ofrecí a curarle sus rasguños con mis poderes curativos, que tenía de nacimiento. Recordaba con claridad la expresión de su rostro al ver el resplandor de mis poderes en su piel. Me miró, con una mezcla de admiración y desconcierto, pero yo solo sonreí, y él volvió la vista a sus heridas, que al instante habían desaparecido.

Desde muy pequeño, Link tenía un talento natural para la lucha, y ya era capaz de esgrimir una espada

con cuatro años, cuando lo normal hubiese sido que los niños hylianos ni siquiera fueran capaces de levantarla del suelo.

Después de aquello, pasó mucho tiempo sin venir de nuevo. Hasta que volvió a la Región de los Zora con quince años, esa vez en solitario y con el único propósito de visitar el lugar.

Nada más verle, el corazón se me aceleró, y dejé de pensar con claridad. Ya no era el niño travieso que recordaba; había cambiado bastante. Tenía el pelo rubio oscuro, tan largo que se lo recogía en una coleta, pero sus ojos eran lo mejor de todo. Eran de color azul brillante, de un tono que nunca había visto. Se había vuelto mucho más fuerte e incluso me superaba en altura. Sin embargo, también era más serio que cuando era pequeño; no se reía, apenas sonreía y no hablaba casi nada. En ocasiones, su rostro llegaba a parecer esculpido en piedra.

Le pregunté varias veces si le pasaba algo, pero él solo respondía que todo estaba bien sin mirarme. Le informé de la presencia de un centaleón en la cima

del Monte Trueno, que se dedicaba a atacar a cualquiera que se acercase demasiado.

Recordaba vívidamente cómo la ira relampagueó en sus ojos, cómo se puso en pie rápidamente y fue hacia el Monte Trueno. Yo, obviamente, le seguí, a pesar de que él insistió en que no le acompañara. Al llegar a lo alto, el centaleón nos soprendió por detrás; era un enorme monstruo con cuerpo de caballo y una horrible cabeza rodeada de pelo rojo. Al verlo, me quedé paralizada en el sitio, pero Link desenvainó su Espada Maestra y se abalanzó sobre el centaleón. El monstruo atacaba y él esquivaba los golpes con una agilidad casi imposible, y luego aprovechaba los momentos de confusión para herirle. Blandía la espada con una fuerza que nunca antes había visto.

Link no volvió a visitar la Región de los Zora, pero yo pensaba en él todos los días, esperando que resgresara para verle de nuevo. Sin embargo, si aceptaba la petición del rey de Hyrule, no tardaría mucho en hacerlo.

Ya lo había hablado con mi padre y con su consejero de confianza. Haría todo lo que estuviera en mi mano para ayudar al rey, a la princesa y a Hyrule... y también a Link.

-Muy bien -les dije a los guardias, mientras me ponía en pie-. Acudiré enseguida.

Encontré a la princesa en la sala del trono, hablando con mi padre.

Los zora teníamos cuerpo de pez, pero andábamos sobre dos patas, como los hylianos. Éramos guerreros acuáticos, y utilizábamos unas técnicas que solo nosotros podíamos dominar, siendo una de ellas nuestra habilidad de ascender o descender por cascadas. Podíamos respirar bajo el agua, al igual que los peces, y sin embargo también éramos capaces de vivir tranquilamente en tierra firme el tiempo que quisiéramos.

Mi padre era el zora más grande y fuerte que había visto nunca. A su lado estaba Muzun, su consejero. Era viejo si contábamos su edad a la manera de los hylianos, pero todavía era joven si seguíamos los métodos de nuestra tribu. Conocí a Link siendo una

zora adulta, no obstante él ya me había superado en madurez, siendo incluso más joven que yo.

La princesa Zelda vestía sus ropas de viaje, del tradicional color azul de la familia real hyliana. Su pelo largo y rubio se agitaba levemente a causa del viento, haciéndolo parecer aún más brillante y salvaje.

"Los rumores sobre su belleza no son falsos", pensé cuando me miró con sus ojos verdes. Link también vivía en el castillo y, por lo tanto, estaba muy cerca de ella. ¿Se conocerían él y la princesa? ¿Serían buenos amigos? Me sorprendí deseando que no lo fueran, aunque no tardé en sacudir aquellos pensamientos.

-Es un placer conoceros, princesa Mipha -dijo con seriedad.

-El placer es mío, alteza. -Le sonreí para hacerle ver que podía hablar conmigo con naturalidad. Después de inclinarme por respeto hacia la princesa, me volví hacia el rey-. Hola, padre. ¿De qué estábais hablando?

-Hablábamos de los peligros que conlleva controlar a una Bestia Divina. La princesa ya me ha advertido de lo peligroso que sin duda será...

-Pero necesitaréis mi ayuda igualmente, ¿no es así? -le pregunté a la princesa Zelda, interrumpiendo a mi padre con suavidad. No quería tener que aguantar otro de sus largos discursos.

-Necesitaremos toda la ayuda posible para poder derrotar a Ganon -respondió ella con convicción-. ¿Ya sabéis vuestra respuesta? -preguntó sin demorarse más.

-Sí. Será un honor controlar a Vah Ruta, alteza.

-Os lo agradezco, princesa Mipha -dijo con alivio.

-Hija -intervino mi padre de pronto-, ¿estás segura de que... ?

-Estoy más que segura, padre. Es lo que debo hacer.

Él tan solo asintió, aunque no me pasó desapercibido el brillo de tristreza en sus ojos.

Después de aquello, hubo un silencio algo incómodo, pero, afortunadamente, Muzun se encargó de romperlo.

-¿Os gustaría conocer un poco más la región, alteza? -le preguntó a la princesa. Ella asintió rápidamente con alegría-. ¿Por qué no la lleváis a la cascada de Xera, princesa Mipha?

-Oh, será todo un placer enseñárosla, alteza. Es la cascada más hermosa que tenemos en la región.

En ese momento, apareció mi hermano pequeño, Sidon. Tenía mis mismos ojos y color de escamas. Aún era solo un niño, y estaba aprendiendo a ascender por cascadas.

Sidon corrió hacia donde yo estaba y miró a la princesa Zelda, maravillado. Llevaba días deseando conocerla. Todavía era muy joven y no había salido nunca de la región, y por tanto, había visto pocos hylianos.

-Dile hola a la princesa Zelda, Sidon -le susurré.

-Hola -murmuró él tímidamente.

-Me alegro de conocerte, Sidon -dijo la princesa, sonriendo. Luego se dirigió a mí-. ¿Es vuestro hermano?

-Así es, alteza. A mi hermano pequeño se le da muy bien nadar, y aprende deprisa, ¿a que sí, Sidon?

Sidon asintió rápidamente con la cabeza, sin atreverse a alzar la vista del suelo.

-¿Quieres venir con nosotras a la cascada de Xera, Sidon? -le propuse.

Él me miró con los ojos brillantes, y esa vez asintió con más energía.

Después de despedirnos de mi padre, nos dirigimos hacia la cascada. Al salir del palacio zora, me fijé en el extraño objeto que llevaba la princesa colgado en su cintura.

-Alteza, si me permitís la pregunta, ¿qué es eso que lleváis ahí? -quise saber, señalando el artefacto.

-Se llama piedra sheikah -respondió ella, sonriendo-. Según dicen, sirve para activar santuarios, entre otras funciones. Pero aún no hemos sido capaces de

activar ninguno. -La sonrisa desapareció poco a poco de sus labios.

-¿Y cuáles son esas otras funciones que posee? -pregunté, intentando hacer que recuperara la alegría.

-Todavía no las hemos descubierto todas, pero, según lo que hemos logrado recuperar, cuenta con un mapa de todo Hyrule, y también tiene la capacidad de crear y almacenar imágenes que parecen reales.

-Me gustaría verlo algún día -expresé, con asombro.

-Cuando vengáis al castillo os lo enseñaré, princesa.

Al llegar a la cascada, le dije a Sidon que se quedara en el lago que había más abajo, porque yo tenía que hablar de cosas importantes con la princesa Zelda. Él obedeció, y nosotras permanecimos arriba, admirando las hermosas vistas de la Región de los Zora.

-Entonces, alteza, ¿quiénes son los otros cuatro elegidos?-quise saber. Había llevado la lanza zora que me habían regalado el día que nací, por si sufríamos algún sobresalto por el camino.

-El valeroso goron, Daruk; el guerrero orni, Revali; la matrarca gerudo, Urbosa. Y por último... el portador de la espada destructora del Mal. Link.

No pude evitar suspirar al oír su nombre, sintiendo como mi corazón se aceleraba.

-Vaya... -murmuré.

Me acerqué más al borde de la cascada y miré hacia Sidon, que nos observaba desde abajo.

-¡Sidon! -grité, para que me escuchara-. ¡Sube hasta aquí, rápido!

-Mipha, ¿no es Sidon demasiado pequeño aún para subir nadando por esa cascada? -dijo la princesa, preocupada.

Volteé la lanza y la miré con amabilidad.

-Alteza, pensad que yo pilotaré a Ruta -respondí, dirigiéndole una pequeña sonrisa.

Después, me lancé por la cascada, apoyando los pies en el agua como solo los zora podíamos hacer. Caí al lago en el que acababa la enorme cortina de agua con delicadeza.

-¿Vienes? -le pregunté a Sidon una vez estuve frente a él.

Sidon asintió y se acercó a mí con nerviosismo.

-¿Estás listo? Súbete a mi espalda y nadaremos juntos.

Mi hermano pequeño volvió a asentir y se agarró a mi espalda con fuerza.

Empecé a ascender por la cascada a toda velocidad. Podía oír los gritos de Sidon, que nunca había subido tan rápido. Al llegar al final, salté y le dejé en el suelo con suavidad.

Tenía que hablar con él. Su hermana mayor iba a irse, y quizás no volvería nunca. Me agaché para ponerme a su altura, y puse una mano sobre su mejilla.

-Mi pequeño, si algo malo me ocurriese, deberás ser tú quien proteja nuestra región. ¿Vale, Sidon?

Él me observó durante unos instantes, pero finalmente asintió.

-¿Qué me dices? ¿Repetimos lo de la cascada?

Sidon puso su mejor sonrisa, enseñando todos sus dientes. Desde que era un bebé sonreía así.

De repente, oímos un ruido extraño, que hizo estremecerse el suelo bajo nuestros pies. Miré a mi alrededor y vi parte de la enorme estructura de Vah Ruta asomar desde el embalse oriental. La Bestia Divina que yo iba a pilotar tenía forma redondeada, grandes orejas y un gran tubo en la parte delantera. A veces, cuando los sheikah la investigaban, dejaba escapar uno de aquellos ensordecedores sonidos.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó la princesa, algo alarmada.

Señalé el embalse oriental.

-¿Eso es Vah Ruta? Aún no la he visto. Bueno, para ser sincera, aún no he visto ninguna otra Bestia Divina.

-Yo nunca la he visto de cerca -confesé.

Y era cierto: no nos acercábamos demasiado al embalse oriental, donde estaban la Bestia Divina y el campamento sheikah que investigaba allí.

-Cuando termine vuestra ceremonia de nombramiento, iré a visitar a los elegidos y a las Bestias Divinas. Y esa vez sí las investigaré -añadió con convicción.

-Esperamos con impaciencia vuestro regreso, alteza -dije, sonriendo.

Ella me miró y también sonrió.

-¿Qué tal le van las cosas a vuestro padre? -le pregunté, después de un corto silencio.

-Ahora me está buscando un nuevo escolta personal. -Se le ensombreció el rostro al decir esas palabras.

-Es por vuestra propia seguridad, princesa -le dije con amabilidad-. Yo he salido pocas veces de la Región de los Zora, mientras que vos viajáis por todo Hyrule. Debo confesar que os envidio un poco.

-¿De verdad me envidiáis? -exclamó, sorprendida-. Creedme, si estuviérais en mi lugar no lo haríais.

Ambas empezamos a reírnos tímidamente, mientras Sidon nos observaba sin entender lo que estaba ocurriendo.

Mi corazón volvió a latir con fuerza al pensar que Link era un elegido también, por lo que ambos asistiríamos a la ceremonia que se celebraría pronto en el castillo de Hyrule. No sabía si él sentía algo por mí, pero yo, definitivamente, sí lo hacía.

Chapter 9

Capítulo 8

Punto de vista de Urbosa

Esperaba a la princesa Zelda sentada en el antiguo trono dorado de las gerudo. Nosotras vivíamos en el desierto Gerudo, de ahí nuestro nombre. Éramos una raza únicamente compuesta por mujeres altas y fuertes, que defendíamos el desierto en el que habitábamos. Desde niñas nos enseñaban a manejar la lanza, la espada y la daga, y podíamos elegir convertirnos en guerreras o tener otra profesión.

La leyenda decía que cada cien años, un hombre nacía entre nosotras, pero aquello no ocurría desde

hacía siglos, o incluso milenios. Al menos no se tenía constancia de ello.

Yo era la matriarca del pueblo gerudo. Me sentía halagada porque los hylianos confiaran en nosotras para derrotar a Ganon, un ser que, en otro tiempo, había pertenecido a nuestra raza. Esos sucesos habían pasado hacía más de diez mil años. Sin embargo, las gerudo continuamos siendo una tribu pacífica después de aquella era, y no queríamos guerra con ninguna raza de Hyrule, menos aún con los hylianos.

A mí ellos me caían bien. Todavía recordaba a la reina Alannys, mi gran amiga durante casi toda la vida. Hasta que murió debido a una enfermedad que asoló la región de Necluda y el centro de Hyrule, donde se encontraban el castillo y la Ciudadela.

Alannys tenía poderes sagrados, como todas las mujeres de la familia real hyliana, y había dejado a su hija Zelda cuando esta era solo una niña de seis años. Yo había intentado ayudar a Zelda en todo lo que había podido, pero, a pesar de todo ella no había conseguido despertar su poder.

Aún añoraba a mi gran amiga, y esa fue una de las muchas razones por las que acepté la petición del rey Rhoam para controlar a Vah Naboris, la Bestia Divina que habían desenterrado en el Cañón de Gerudo.

Vah Naboris era enorme, muy parecida a un caballo, pero con dos salientes en su lomo, y unas largas piernas metálicas.

Al atardecer, una de mis guardias me avisó de que la princesa de Hyrule había llegado. No pude evitar sonreír, pero recordé que debía ser una reunión formal.

La princesa estaba mucho más mayor de lo que recordaba. Parecía que había sido el día anterior cuando Alannys me la presentó. Solo era un bebé recién nacido, pequeña y berreante. En el funeral de su madre, la princesa Zelda se había mantenido firme, más de lo que se esperaba de una niña de su edad. La acompañé a sus primeros rituales sagrados en las fuentes, y había tratado de asistir a todos sus cumpleaños. Pero era la matriarca de mi raza; no podía estar lejos del desierto demasiado tiempo.

Ya parecía una reina; era la viva imagen de su madre.

Después de los saludos habituales, ella me preguntó, muy seria, que cuál era mi respuesta.

-Princesa de Hyrule, no puedo negarme -respondí, con la misma seriedad-. Atenderé vuestra petición. Todo indica que el clan Yiga no solo intenta revivir a Ganon, sino que también pretende apropiarse de nuestro tesoro. -Miré de reojo el casco del trueno, colocado al lado del trono. Era una antigua reliquia gerudo, que tenía el poder de invocar rayo-. Alteza, os ayudaré a poner fin al Cataclismo.

-Matriarca gerudo, Urbosa -comenzó a decir la princesa. El alivio en su voz era imperceptible para cualquiera, pero yo la conocía demasiado bien-. En nombre del rey de Hyrule, os lo agradezco.

Ella y las dos doncellas que había traído (pues en la Ciudadela Gerudo no permitíamos la entrada a los hombres) se inclinaron en señal de respeto.

La princesa tenía pensado quedarse en el desierto unos días más, así que mis guardias la llevaron a los

que serían sus aposentos durante aquel corto periodo de tiempo. Zelda y yo habíamos decidido vernos a solas después de que ella estuviese acomodada y se deshiciera del vestido que usaba en las ceremonias.

Cuando al fin nos encontramos ya se había hecho completamente de noche. Empezamos a pasear alrededor de la Ciudadela, sin ningún guardia. Yo sería suficiente protección para ella.

Tras asegurarse de que nadie nos veía para evitar comentarios indiscretos, la princesa me abrazó con fuerza.

-Te he echado de menos, Urbosa -susurró.

-Yo también a vos -respondí-. ¿Cómo os va en el castillo?

Ella empezó a hablarme de la tecnología sheikah y de último que habían descubierto. Decidí no preguntarle nada sobre su entrenamiento para despertar su poder, porque sabía que aquello la incomodaría.

-Cuando vuelva al castillo-siguió diciendo alegremente-, traerán a uno de los guardianes que han logrado reactivar para investigarlo, antes de que se celebre la ceremonia de nombramiento de los elegidos. Esperemos que el guardián no empiece a dispararnos a todos.

La princesa empezó a reírse, y yo no tardé en hacer lo mismo, aunque mi risa sonaba algo más nerviosa que la suya.

-Tengo que decir, Urbosa, que nunca te había visto tan seria -dijo de repente.

-¿En serio? -Ella asintió-. Qué curioso; a mí me pasa lo contrario. Os vi igual de seria hace diez años.

Miré de reojo a unos viajeros que pasaron a nuestro lado. Había que asegurarse de que no fueran miembros del clan Yiga para que no atacaran por sorpresa. Durante unos segundos no lo tuve claro, pero poco después supe quiénes eran realmente.

-Urbosa, hay una cosa que no entiendo -escuché decir a la princesa-. ¿Por qué eres siempre tan protectora conmigo?

No le contesté. Me había quedado atrás, mirando por encima del hombro a los dos miembros del clan Yiga, atenta a sus movimientos. No tenía pensado dejarles escapar.

-¡Eh, vosotros dos! -les llamé, sin molestarme en darme la vuelta. Me llevé una mano a la empuñadura de mi cimitarra. Ellos me observaron, fingiendo curiosidad y desconcierto-. Solo quienes carecen de honor atacan por la espalda. -Desenvainé mi arma y me volví por fin-. ¿A qué esperáis?

Siguieron unos segundos tensos, hasta que, tras una leve explosión, ambos aparecieron con sus uniformes del clan Yiga y con sus máscaras del ojo sheikah invertido, que era su emblema.

Vinieron corriendo hacia mí, con sus rebanadoras (unas armas curvas y afiladas que solo los Yiga solían usar) en mano. Yo ya estaba preparada. Uno de ellos intentó golpearme varias veces, pero logré bloquear todos sus movimientos, produciendo el agudo sonido que era el chirrido del acero.

El Yiga volvió a ablanzarse sobre mí, y yo me libré de él de nuevo, esa vez haciendo un movimiento

complicado que requería mucha práctica, y servía para devolver el golpe al adversario.

Aproveché el momento de confusión para librarme de mi enemigo definitivamente.

Entonces me di cuenta de que el segundo Yiga saltaba para golpearme por la espalda. Escuché el grito desesperado de la princesa.

Esperé hasta el último segundo y chasqueé los dedos, electrocutando al miembro del clan Yiga, que cayó al suelo a mi espalda, junto a su compañero.

-Esta vez os perdono la vida por respeto a la princesa-les dije, mirándoles por encima del hombro-. ¡Largo!

Ellos se alejaron cojeando, y solo volví a envainar la cimitarra cuando desaparecieron, esfumándose en el aire con una explosión.

-Soy protectora por un motivo-empecé, dirigiéndome a la princesa, que aún estaba sorprendida por lo que acababa de ocurrir-. Cuando erais una niña, cierta amiga mía también os protegía con toda su alma.

-Mi madre... -comprendió Zelda en voz baja.

-De eso hace ya diez años. Pese a la triste pérdida de vuestra madre, tuvisteis que ser fuerte, y asumir vuestra posición de heredera al trono. Habiendo presenciado aquello, no puedo evitarlo.

La princesa analizó mis palabras en silencio, y yo me permití esbozar una pequeña sonrisa triste.

Chapter 10

Capítulo 9

Punto de vista de Link

Había llegado a la Ciudadela dos días después que la princesa Zelda. Nada más ver el castillo a lo lejos, volví a sentir el peso de todo un reino sobre mis hombros. Me había costado despedirme de mi padre y de mi hermana, porque en aquella ocasión no sabía cuándo podría volver a verles.

Me había pasado aquellos dos días encerrado en mis aposentos. Bueno, más bien era una habitación no muy grande que contaba con un diminuto baño en el fondo, pero a mí me bastaba. Solía pasar tardes

enteras allí, sin hacer nada. Tan solo pensaba en silencio.

De repente, escuché pisadas metálicas, que provenían de más abajo. Recordé que aquel día el rey y la princesa investigaban a un guardián que habían logrado reactivar en uno de los jardines del castillo. Decidí bajar, tan solo por curiosidad. De todos modos, los guardianes iban a ser los que me ayudarían a derrotar a Ganon, así que tenía todo el derecho del mundo para enterarme de cómo funcionaban aquellas máquinas.

Cuando llegué allí, vi a un guardián por primera vez. Era un artefacto con muchas patas finas y metálicas, que tenía una forma parecida a la de una araña. Algunos símbolos sheikah decoraban su cuerpo, también metálico. En su cabeza había algo parecido a un ojo, y comprendí que desde ahí apuntaban a sus objetivos.

Brillaba con una luz anaranjada, y además tenía un tamaño considerable. Tuve miedo durante un instante. Según había oído, los guardianes tenían voluntad propia. ¿Qué pasaría si...? No, eso era

imposible; los sheikah estaban allí, y lo tenían todo controlado, como siempre.

Divisé a la princesa al otro lado del jardín hablando con una mujer sheikah. Aún parecía no haberme visto, aunque no quería que me viera de todas maneras.

No obstante, el rey sí que me vio. Me saludó haciendo un gesto con la cabeza, e incluso se permitió sonreír ligeramente. Yo le devolví el saludo, y luego me limité a quedarme junto a un árbol, observando al guardián y al mismo tiempo tratando de pasar desapercibido.

Sin embargo, a pesar de todos mis esfuerzos, un hombre sheikah bajito, con un peinado muy raro y unas lentes más raras aún se me acercó.

-Soy Rotver -dijo a modo de saludo, extendiendo la mano para que se la diera. Yo lo hice, pero no respondí nada. El tal Rotver se puso de puntillas para mirar por encima de mi hombro, y supe que estaba buscando la Espada Maestra "Qué bien disimula", pensé. Luego maldije para mis adentros por no tener la espada allí, solo en caso de que algo ocurriera-. Y

tú debes de ser Link, ¿verdad? Es una pena que no hayas traído tu famosa espada. He oído muchas historias sobre ella, y también acerca del héroe que la empuña -añadió con una sonrisa.

Noté que me ruborizaba inevitablemente. Tenía que acostumbrarme a que me llamaran "héroe", o simplemente ignorarlo. Si no, parecería un estúpido sonrojándome.

Una mujer sheikah también vino hacia donde estábamos nosotros. Tenía el cabello de color blanco y el ojo con la lágrima, el símbolo de su tribu, pintado en el rostro.

-¿Es este crío? -preguntó con indiferencia después de examinarme con atención. Rotver simplemente asintió. Al ver que ambos se callaban, supe que estaban esperando a que yo dijese algo-. Vaya, qué callado eres.

Miré hacia otro lado, conteniéndome por no resoplar.

-Creo que Impa debería conocerle -le dijo a Rotver-. Yo me llamo Prunia, por cierto -añadió, sin alzar la vista hacia mí.

Había oído que Impa era la líder de la investigación, y también de la aldea Kakariko, pero no la conocía. Rotver volvió a asentir, se dio la vuelta e intentó captar la atención de alguien. Seguí su mirada, y me di cuenta de que trataba de llamar a la mujer que hablaba con la princesa.

-No -solté, quizás con más brusquedad de la que pretendía. Los sheikah me observaron con sorpresa-. No quiero... interrumpir su conversación con la princesa.

Sabía que si ella se daba cuenta de que yo estaba allí, se pondría de mal humor. Y no quería que estuviera de mal humor por mi culpa.

Prunia fue a decir algo, pero se interrumpió cuando oímos ruidos extraños procedentes del guardián. El artefacto había empezado a moverse de un lado a otro, descontrolado, mientras los investigadores que lo rodeaban se miraban sin saber qué hacer.

Me di cuenta de que el guardián cambiaba rápidamente de color, pasando del naranja a un tono violáceo que, sin saber por qué, me dio escalofríos.

La princesa e Impa habían dejado de hablar para observar a la máquina y, al otro lado del jardín, el rey hacía lo mismo.

De pronto, una luz roja salió de su ojo y comenzó a apuntar a uno de los investigadores sheikah. Yo me llevé instintivamente una mano al hombro, buscando la Espada Maestra. Maldije de nuevo por no habérmela traído. Todos los que estaban allí iban desarmados, aunque tampoco creía que un arma como un cuchillo o una espada sirvieran de algo contra un bicho mecánico como aquel.

Afortunadamente, el hombre se apartó justo a tiempo y el disparo no le acertó, pero aun así el guardián siguió buscando nuevos blancos. Algunos sheikah huyeron, asustados.

El jardín no tardó en convertirse en un caos de tierra y gente corriendo. Perdí de vista a Rotver y a Prunia, pero no al guardián. Abrí mucho los ojos al ver como el artefacto apuntaba a la princesa Zelda, que se había quedado quieta por el miedo. "Si le acierta, morirá", comprendí con horror.

Miré a mi alrededor buscando algo con lo que detener al guardián. Divisé una tapa de cacerola que alguien había dejado abandonada no muy lejos de donde yo me encontraba.

Recordé uno de los movimientos que mi padre me había enseñado cuando estaba aprendiendo a usar el escudo. Servía para desviar el ataque de un enemigo y, si lo hacías bien, devolvérselo, pero era muy difícil de dominar y no sabía si serviría contra los disparos de un guardián... aun así, tenía que intentarlo.

Cogí la tapa sin rápidamente, y luego corrí hacia el guardián. Este estaba ocupado apuntando a la princesa, y cuando reparó en mi presencia era ya demasiado tarde. Sabía que podían salir mal muchas cosas. Sin embargo, lo bueno de todo aquello era que al menos la princesa no resultaría herida.

Esperé hasta el último instante para hacer el movimiento, inclinando ligeramente la tapa hacia delante. Tras aquello, el mundo pareció ir a cámara lenta. El disparo rebotó en mi escudo improvisado, y regresó directo hacia el ojo del guardián. El artefacto pareció confuso durante unos breves segundos, pero

no tardó en volver su atención hacia mí, apuntándome con aquella luz roja. Me protegí con la tapa de cacerola, sabiendo que la princesa estaba detrás de mí. Cuando el disparo llegó hasta nosotros, la oí gritar, pero yo repetí el mismo movimiento, en esa ocasión con más fuerza. Y, de nuevo, el ataque rebotó y dio de lleno en el ojo del guardián.

El artefacto empezó a tambalearse sobre sus patas mecánicas, que parecían no poder soportar su peso, hasta finalmente desplomarse sobre la hierba con un estrépito.

Respiré con alivio. La tapa de cacerola no podría haber sido capaz de soportar más disparos. La dejé en el suelo, pues había quedado totalmente inservible.

Me di la vuelta lentamente y miré a la princesa. Tenía los ojos muy abiertos y respiraba con cierta dificultad. Abrí la boca para preguntarle si estaba bien, pero se me adelantaron.

Impa vino corriendo, seguida del rey Rhoam

-¿Estáis bien, princesa? -quiso saber la mujer sheikah con preocupación. Tanto ella como el rey estaban cubiertos de tierra.

-Sí -contestó la princesa en un susurro, mientras su padre la abrazaba.

En ese instante, el monarca pareció reparar en mi presencia. Empecé a sentir los ojos de todo el mundo sobre mí, a pesar de que no quedaba casi nadie en el jardín.

-Lo he visto todo -empezó el rey-. Si no fuera por ti, mi hija podría haber muerto. -Noté que su voz temblaba al decir aquello-. Llevo pensando esto mucho tiempo, y lo que acaba de ocurrir me ha terminado de convencer.

"No, no me lo pidáis, majestad", le supliqué mentalmente, sospechando el significado de sus palabras.

-Sé que ya tienes mucha presión sobre tus hombros -prosiguió el rey-, pero creo que no hay nadie más idóneo para el puesto que tú, Link. Quiero que seas el escolta personal de la princesa Zelda.

"Oh", pensé. "Lo ha dicho".

La princesa miró a su padre sorprendida.

-Padre...

-Luego hablaremos, hija -interrumpió el monarca. Después devolvió su mirada hacia mí-. ¿Aceptas?

"Me vais a odiar mucho más después de esto, princesa", dije para mis adentros. "Pero no puedo decir que no".

-Acepto, majestad.

Nada más pronunciar aquellas palabras, empecé a arrepentirme profundamente. No solo tendría que preocuparme por acabar con Ganon el día de su regreso, ahora también estaba en mis manos la seguridad de la futura reina.

"Diosas, ¿qué he hecho?"

-¿Juras protegerla y defenderla hasta tu último aliento? -Aquella frase me recordó al día en que me nombraron caballero; el juramento era parecido a aquel.

-Juro protegerla y defenderla hasta mi último aliento -respondí.

La princesa trataba de permanecer inexpresiva pero, aun así, detecté una chispa de rabia en sus ojos, a pesar de que acababa de salvarle la vida hacía tan solo unos minutos.

El rey sonrió.

-Bien. Aparte de la ceremonia de nombramiento de los elegidos, habrá otra más privada para nombrarte escolta de la princesa y héroe elegido por la Espada Maestra.

-Gracias, majestad. -No sabía qué otra cosa decir.

A partir de aquel momento, mi deber sería proteger con mi vida a alguien que me odiaba.

Chapter 11

Capítulo 10

Punto de vista de Zelda

Entré en los aposentos de mi padre hecha una furia. Link no podía ser mi escolta personal. De ninguna manera. Me hervía la sangre con solo imaginármelo siguiéndome a todas partes, con su Espada Maestra cruzada a la espalda.

"Diosas, ¿por qué, de entre todos los caballeros, tenían que elegirlo a él?", pensé, frustrada. Aunque, en realidad, ya conocía la respuesta. Link era el mejor espadachín del reino, de aquello no cabía ninguna duda. Pero aun así...

-Te lo ruego, padre, no le elijas a él -le supliqué al rey.

-Te salvó la vida -replicó, sin mirarme.

-Lo sé, pero...

-Bien -me interrumpió mi padre-, pues dime el nombre de otro caballero más cualificado que Link.

Yo bajé la vista, sin saber qué decir. Realmente, no había nadie mejor que Link. Diosas, era el maldito héroe elegido por la Espada Maestra, ¿quién podía superar aquello?

-Él es perfecto para el puesto -añadió el rey tras unos segundos de silencio

-Pero nunca habla ni dice nada, él es...

-Intenta conocerle mejor, Zelda -me volvió a interrumpir mi padre, dando aquella conversación por terminada-. Mañana llegarán los cuatro elegidos al castillo, y quiero que tú y yo estemos preparados desde muy temprano frente al portón para recibirles. Link también debe estar. Ve a decírselo, hija. -No pude contener una mueca de disgusto-. Por favor.

-Sí, padre -accedí finalmente, solo para evitar una nueva discusión.

Me fui de allí sin despedirme siquiera. Fuera ya estaba atardeciendo. Mientras contemplaba como el sol se escondía tras las lejanas montañas, las lágrimas comenzaron a agolparse en mis ojos, luchando por salir. Pestañeé unas cuantas veces e insipiré hondo. Lloraría cuando estuviera en mis aposentos, sin que nadie me viera.

Pero antes tenía que ir a hablar con Link. Diosas, solo con pensar en él tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no dejarme llevar por la ira.

Eché a andar en dirección a sus habitaciones, pensando que cuanto menos tardara en llegar, menos tardaría en volver. Sin embargo, empecé a arrepentirme cuando estuve frente a su puerta. Cerré los ojos, me armé de valor y golpeé la madera con mis nudillos.

-Hola -dije después de que él abriera y apareciera bajo el umbral.

-Princesa -murmuró Link, inclinándose en señal de respeto. Después tan solo nos miramos en medio de un silencio tenso-. Antes no os pude preguntar si estabais bien luego de...

-Estoy bien -le interrumpí bruscamente-. Vengo para decirte que mañana llegarán los cuatro elegidos, y el rey desea que estés listo desde muy temprano para recibirles. ¿Lo recordarás? -Link tan solo asintió-. Bien. Hasta mañana.

Me fui rápidamente, sin que a él le diera tiempo a despedirse.

***

Lo primero que hice a la mañana siguiente fue mirarme al espejo. Temía que mi cara se asemejase a la de un bokoblin después de pasarme gran parte de la noche llorando, pero, para mi sorpresa, no estaba tan mal. Tan solo tenía unas leves ojeras, aunque esperaba que nadie se diera cuenta.

Después de darme un baño, salí de mis aposentos y bajé a desayunar. Mi padre ya estaba en el comedor, esperándome. Me explicó en qué consistiría la ceremonia de aquella tarde, y me dijo cosas como "compórtate", "habla con educación", o "trata bien a Link en todo momento". También me preguntó si tenía listos los regalos para los elegidos. Los había hecho yo con mis propias manos. La túnica me había

costado un poco más que el resto, principalmente porque era un diseño más complejo y porque la había tenido que coser a medida.

Los guardias vinieron a avisarnos de la llegada de los elegidos justo cuando acabamos de desayunar. La escolta que nos acompañaría hasta el portón ya estaba lista.

Nada más salir del comedor, me topé con Link de frente

-Buenos días -murmuré, recordando lo que me había dicho mi padre.

Le imaginé vestido con la túnica que le había hecho, y, por alguna razón, empecé a sentir que mis mejillas ardían.

Link tan solo se inclinó y luego fue junto al resto de guardias. Le miré de reojo y me di cuenta de que sus compañeros comenzaban a cuchichear entre ellos y a lanzarle miradas poco discretas a él y a su Espada Maestra.

Chapter 12

Capítulo 11

Punto de vista de Link

-La princesa y yo hemos querido regalaros algo para agradeceros vuestra colaboración -anunció el rey Rhoam cuando todos estuvimos sentados alrededor de una mesa. Íbamos a comer en privado, solo los elegidos, el rey y la princesa-. Zelda las hizo para vosotros. Son prendas que solo pueden llevar quienes se han ganado el favor de la Familia Real.

Un sirviente entró con cinco paquetes, que fue dando a cada uno de nosotros. Me fijé en que el mío era considerablemente más grande que los demás. Al abrirlo, me encontré con una túnica del color azul

claro de la Familia Real. Miré de reojo a la princesa. Me sorprendía que hubiese hecho algo tan bonito para mí, incluso la talla parecía perfecta.

A Daruk le habían regalado una capa corta, y a Mipha una especie de banda que llevaba cruzada al hombro. A los otros dos elegidos no les conocía. Una pertenecía a la tribu gerudo; era alta y musculosa, y siempre le sonreía con afecto a la princesa. Ella había recibido una falda. Y al orni (que no dejaba de lanzarme miradas fulminantes) le habían obsequiado con un pañuelo.

Todo era de color azul.

-Te queda muy bien -me dijo Mipha después de que yo me pusiera la túnica.

-Espero que te guste -añadió la princesa Zelda, mirándome con seriedad.

-Claro que sí, alteza -fue lo único que respondí.

Tras aquello, volví a mi sitio junto a Daruk y a la princesa, en medio de un silencio incómodo. Y, de pronto, el orni carraspeó dramáticamente para llamar nuestra atención.

-Majestad, me gustaría saber quiénes van a ser mis... *compañeros* en esta misión -dijo con altivez.

-Claro, claro. Siento no haber presentado a nadie antes.

-¿Puedo presentarme yo mismo, majestad? -pidió el orni. El rey tan solo asintió, ligeramente desconcertado-. Soy Revali, el arquero más diestro de los orni, el único capaz de crear corrientes de aire ascendentes. También soy el orgullo de mi tribu.

Revali clavó la vista en mí, desafiante, como si pensara que yo iba a decir algo. Pero me limité a sostenerle la mirada.

El rey Rhoam sonrió con nerviosismo.

-Gracias, Revali -dijo el monarca-. Bien. Ella es Mipha, princesa de los zora. El guerrero goron se llama Daruk, y Urbosa es la matriarca gerudo. El hyliano es Link, el elegido por la espada destructora del Mal.

-¿De dónde eres, Link?-preguntó de repente Revali.

"¿A ti qué te importa?", estuve a punto de decirle. Pero en el último segundo recordé que el rey, la

princesa y los otros elegidos estaban delante, y no les daría una buena impresión si empezaba a comportarme como un idiota.

-De la aldea Hatelia -respondí sin más.

Revali tan solo me contempló durante unos segundos, y luego comenzó a reírse a carcajadas. No fui capaz de ocultar mi desconcierto en aquella ocasión.

-¿Qué?

El orni dejó de reírse y me dirigió una sonrisa burlona.

-Disculpadme -le dijo al rey y a la princesa. Después devolvió la vista hacia mí-. Es solo que... -Soltó otra risita-. Diosas, no me explico cómo un niño de pueblo ha llegado tan lejos. ¿Te enseñaron a quitarles la lana a las ovejas en la aldea Hatelia?

"Asqueroso hijo de..."

A pesar de que me hervía la sangre, decidí utilizar la máscara de la indiferencia una vez más.

-Me enseñaron a quitarles la lana a las ovejas -asentí con voz pausada-. Me enseñaron a ordeñar una vaca, a cepillar a un caballo y a cuidar gallinas. Y también me enseñaron cuándo y cómo debo usar una espada -acabé con toda la frialdad que me fue posible.

La sonrisa burlona de Revali fue desapareciendo poco a poco, al mismo tiempo que su mirada se volvía amenazante.

-He oído muchas historias sobre ti. Algún día podríamos comprobar si son ciertas, ¿qué te parece?

Tuve ganas de reírme.

-Cuando quieras.

Unos sirvientes entraron antes de que a Revali le diera tiempo de replicar. Nos sirvieron a cada uno cuencos hasta arriba de sopa de calabaza, se inclinaron ante el rey y la princesa en señal de respeto y se fueron por donde habían venido.

Afortunadamente, Revali pareció olvidarse de mí por el momento. Yo me mantuve en silencio mientras el rey y el resto de elegidos conversaban animadamente sobre la comida típica hyliana. Me di

cuenta de que la princesa Zelda tampoco decía nada, pero no hice ningún intento de hablar con ella. ¿Para qué? Solo serviría para empeorar aún más las cosas.

-¿Es cierto que vas a ser el escolta personal de la princesa, Link? -preguntó Mipha.

"Diosas, ¿por qué siempre todos los temas de conversación tienen que acabar en mí?", pensé. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos por no soltar un resoplido.

Noté que la princesa se tensaba a mi lado. Bajé la vista con nerviosismo, sin saber qué podía contestar para no empezar una nueva discusión entre nosotros.

-Sí -respondió el rey Rhoam al ver que ni yo ni su hija íbamos a decir nada-. Link fue elegido tras salvarle la vida a Zelda.

La princesa sonrió falsamente.

-Me acompañará vaya adonde vaya. Nada malo puede pasarme a su lado; es el Héroe de Hyrule. ¿Quién mejor que él para seguirme a todas partes? -Soltó una risita que carecía de alegría.

Tuve que morderme la lengua para no decir lo que pensaba. ¿Qué era lo que le molestaba tanto de mí? ¡Ni siquiera nos conocíamos! ¡Apenas habíamos hablado!

"Si no me quiere como escolta basta con que dé una orden y ya está"

Una parte de mí (una parte muy pequeña) tenía la esperanza de que las cosas mejoraran entre nosotros y pudiéramos incluso llegar a entablar algo parecido a una amistad. Aunque veía eso extremadamente improbable.

Después de aquello, el rey les explicó a los cuatro elegidos las pruebas que debían superar para mostrarse dignos de controlar sus Bestias Divinas.

Yo me encerré en mi silencio habitual el resto del tiempo, y me dio la impresión de que la princesa Zelda hacía lo mismo.

Chapter 13

Capítulo 12

Punto de vista de Zelda

-Bravos guerreros, os agradezco que os hayáis reunido hoy aquí para asumir la titánica misión de salvar el reino.

A mi padre no le hacía falta gritar para hacerse oír en la gran sala del trono del castillo. Yo me encontraba en el centro de la enorme estancia, y los elegidos estaban justo detrás. También estaban presentes caballeros y soldados hylianos, y varios representantes de cada raza.

-Es para mí un honor otorgaros las prendas que portáis para distinguiros como elegidos de Hyrule -

prosiguió el rey-. Su color azul es el emblema tradicional de nuestra casa real, transmitido durante generaciones. La encargada de tejerlas ha sido mi hija Zelda.

Inspiré hondo al sentir todas las miradas puestas sobre mí. Sabía que cada unos de mis movimientos estaba siendo observado, y que cualquier cosa fuera de lugar se convertiría en la nueva comidilla del castillo. Por ello, mi padre me había aconsejado (o más bien, ordenado) que mostrara una actitud ejemplar durante la ceremonia. Un comportamiento digno de una princesa.

-Zelda, te encomiendo la siguiente tarea como princesa heredera al trono: Debes dirigir a estos héroes para defender Hyrule de la amenaza de Ganon, el Cataclismo, y restaurar la paz.

Inmediatamente después de que mi padre acabara su discurso, escuchamos los fuegos artificiales que estaban lanzando en el exterior. El rey había decidido utilizarlos a pesar de que eran muy difíciles de fabricar (aunque en aquellas cuestiones los sheikah

eran una ventaja) para que el pueblo llano también festejara el nombramiento.

Cuando la ceremonia por fin acabó ya estaba atardeciendo. Los elegidos y yo decidimos ir a un pequeño jardín que no se encontraba demasiado lejos del bastión central del castillo.

Daruk, Mipha y Urbosa hablaban entre ellos, mientras que Revali continuaba su interrogatorio con Link.

-¿Y dónde está la aldea Hatelia exactamente? He oído hablar de sus ovejas y de lo humilde que es, pero...

-Está en la región de Necluda -le interrumpió Link, con aquella extraña calma que tanto envidiaba yo.

-Ya veo -murmuró Revali, dejando escapar una risita-. ¿Y quién te enseñó a usar la espada?

-Mi padre -respondió él, esa vez usando un tono más frío y cortante.

Observé disimuladamente como Link se alejaba de Revali y se acercaba a Daruk, que hacía extraños... estiramientos. Para cualquier otra raza de Hyrule,

aquellos movimientos habrían resultado imposibles de realizar, pero, después de todo, los cuerpos de los goron estaban hechos de roca.

-Si es que no estoy hecho para estas reuniones tan formales -dijo Daruk, rompiendo el silencio ligeramente incómodo que había empezado a instalarse entre nosotros.

Revali, Mipha y Urbosa examinaban la piedra sheikah con atención.

-Así que esta es la piedra sheikah. -El orni me arrebató el artefacto de las manos y lo sostuvo con indiferencia, como si solo fuera un juguete.

Revali le pasó la piedra shiekah a Mipha. Aunque, más bien, se la lanzó.

-La princesa me enseñó algo singular el otro día -le dijo Urbosa-. Puede capturar imágenes que parecen reales.

-¡Curioso! -exclamó Mipha-. Me gustaría verlo.

Recordé que, durante mi visita a la región de los zora, yo ya le había hablado sobre aquella función de la piedra sheikah.

-Alteza -dijo Mipha, dirigiéndose a mí con timidez-. ¿Os puedo pedir una cosa?

-Adelante -asentí.

-Me... me gustaría hacerlo. Quiero decir... Capturar una imagen que parece real. De nosotros.

Finalmente, todos estuvimos de acuerdo en que sería un buen detalle conservar algún recuerdo de aquel día. Prunia se ofreció amablemente a capturar la imagen.

Nos llevó un largo rato colocarnos en el sitio exacto, pero al final (después de que Daruk se agachara para que su cabeza no quedara fuera, de que Revali dejara de lado su ego y de que Mipha se calmara) lo conseguimos.

-¿Todos listos? Mirad hacia aquí -dijo Prunia.

Intenté sonreír o, al menos, parecer alegre.

-Una sonrisa y... ¡Chupi!

"Chupi", repetí en mi cabeza, conteniendo una risita. "Prunia siempre sabe cómo..."

Pero mis pensamientos se interrumpieron de pronto cuando sentí unos enormes brazos estrecharme con fuerza. Prunia tomó la imagen justo en aquel preciso instante. Revali tropezó y estuvo a punto de caer al suelo de bruces. Mi cuerpo se acercó al de Link más de lo necesario, e inmediatamente después de darme cuenta me aparté de él de un salto.

-Lo siento, alteza...

-Da igual -le interrumpí con brusquedad, intentando ignorar el hecho de que mis mejillas ardían más que la Montaña de la Muerte.

Me alejé de Link rápidamente. Prunia me dejó la piedra sheikah para que viera por mí misma la imagen, y no pude contener una risita. Daruk nos había rodeado con sus gigantescos brazos sin previo aviso. Y todos habíamos quedado verdaderamente ridículos.

Tras aquello, pasamos un rato más en los jardines, hasta que las primeras estrellas comenzaron a brillar

en el cielo. Los elegidos decidieron retirarse a sus aposentos; el viaje desde cada una de sus regiones no había sido precisamente corto.

Sin embargo, antes de marcharse, Daruk se acercó a mí discretamente.

-¿Recordáis lo que os dije cuando estuvisteis de visita en la región de Eldin, princesa? -susurró. Le miré sin comprender-. Ya sabéis...

-Ah, sí -murmuré al acordarme-. Hablaré con él.

El goron sonrió y se alejó, dejándonos a Link y a mí solos. Ambos nos miramos con incomodidad. Pensé rápidamente en un tema de conversación para romper el silencio.

-Así que eres de la aldea Hatelia -dije por fin. Fue lo primero que se me ocurrió.

Link asintió.

-Nunca he estado allí.

-Es normal -replicó él, encogiéndose de hombros.

"Algo es algo", pensé. Fruncí levemente el ceño al procesar mejor sus palabras. ¿A qué se refería con 'es normal'? ¿Se estaba riendo de mí?

"Olvídalo", me dije a mí misma.

-¿Tu padre te enseñó a usar la espada? -pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

-Sí.

-Debe de ser un buen espadachín

-Lo es.

"Cuenta hasta diez", pensé. Y lo intenté. Pero aquella situación me superaba.

Me detuve frente a él, incapaz de contener mi enfado.

-Di algo, por favor -le rogué, rompiendo de nuevo el silencio.

Link tan solo se me quedó mirando. Escudriñé su rostro, tratando de detectar algún atisbo de emoción que delatara aquella expresión que parecía esculpida en piedra. ¿Cómo podía ocultar lo que sentía con tanta facilidad?

-¿Qué os gustaría que dijera?

Dejé escapar una carcajada que carecía de alegría.

-Me dijeron que intentara conocerte mejor. Al menos así no tendríamos que fingir que nos llevamos bien delante de todo el mundo. Pero ahora creo que estoy perdiendo el tiempo. Lo único que tienes que hacer es seguirme a todas partes. Nadie nos obliga a forjar una amistad.

Le dirigí una mirada asesina cuando acabé de hablar.

Él no cambió de expresión. Sin embargo, de alguna manera supe que se le había acabado la paciencia.

-Siento haberos molestado, alteza -dijo.

-No te disculpes. No hace falta que mientas. -Suspiré con tristeza. Luego me enfadé conmigo misma. No quería que viera mis debilidades-. Mañana tendrás tu propia ceremonia de nombramiento. El resto de elegidos también asistirá.

Me alejé de él sin molestarme en esperar su respuesta.

Nota: ¡Muchísimas gracias a todos los que estáis votando y leyendo esta historia! Espero que sigáis apoyándola en futuros capítulos :)

Chapter 14

Capítulo 13

Punto de vista de Link.

Contemplaba mi propia imagen reflejada en las cristalinas aguas del diminuto lago que se encontraba en uno de los jardines del castillo. Llevaba puesta la túnica azul que me había hecho la princesa y justo por encima de mi hombro, sobresalía la empuñadura de la Espada Maestra.

"Hoy es el día", pensé, dejando escapar un suspiro. Diosas, ¿por qué estaba tan nervioso? Ni siquiera cuando me nombraron caballero había sentido aquel desagradable nudo en el estómago, y eso que en aquella ceremonia ya llevaba la espada destructora

del Mal cruzada a la espalda. Todas las miradas estuvieron puestas sobre mí a pesar de que no era el único al que iban a proclamar caballero ante la corte entera.

-En el nombre de Din, te encomiendo que uses siempre el poder que te otorga el acero para proteger al más débil -había dicho uno de los caballeros con más alto rango del reino por aquellos tiempos, poniendo su espada sobre mi hombro izquierdo-. En el nombre de Nayru, te encomiendo que dispongas de la sabiduría suficiente para distinguir entre el bien y el mal, entre la justicia y la injusticia. -La fría hoja se desplazó hasta mi hombro derecho-. En el nombre de Farore, te encomiendo que poseas el valor necesario para enfrentarte a todas las adversidades.

Por fin, la espada regresó a mi hombro izquierdo.

-¿Juras por la Diosa Hylia y por las tres Diosas Doradas que protegerás Hyrule de cualquier enemigo y que defenderás a los inocentes con tu vida si es preciso?

-Lo juro -había respondido yo.

Recordaba que mi padre había preparado una cena abundante para celebrar mi nombramiento; él estaba muy orgulloso de que su hijo siguiera sus pasos y se armara caballero, como era tradición en nuestra familia.

Sin embargo, más tarde, cuando las estrellas ya brillaban débilmente, esparcidas sin cuidado sobre el oscuro cielo nocturno, las dudas habían comenzado a asaltarme por primera vez. La Espada Maestra estaba apoyada contra el tronco de un árbol; por aquel entonces yo era más joven y todavía no me había acostumbrado al peso físico y mental que conllevaba portar aquella legendaria arma. Mi hermana se había dormido sobre mi regazo. Pasarse horas y horas bombardeándome a preguntas sin para debía de haber agotado por completo sus energías.

No obstante, por fin tenía algo de tiempo para pensar con tranquilidad. Mi padre se había sentado junto a nosotros, y contemplaba el cielo estrellado al igual que hacía yo.

-Papá, ¿qué pensaste cuando te armaron caballero? -le había preguntado.

-¿A qué te refieres?

-El día de tu nombramiento, ¿qué pensaste? ¿Qué sentiste?

-Ser caballero es un honor -empezó mi padre. Aquel era el típico discurso de siempre-. El mayor honor que existe...

-Eso no es a lo que me refiero -le interrumpí-. Lo que quiero saber es la verdad.

-¿Qué verdad?

-¿Estabas nervioso? ¿Te sentías orgulloso de ti mismo? ¿Te parecía que estabas haciendo lo correcto? ¿Tenías... ? -Mi voz tembló ligeramente-. ¿Tenías miedo?

Él se mantuvo en silencio durante unos instantes que se me hicieron eternos.

-¿Tú tienes miedo, Link?

-Tengo miedo -asentí en un susurro apenas audible-. Pero se supone que no debería temerle a nada, ¿verdad?

-¿Sabes lo que significa ser valiente? -me preguntó mi padre, apartando la vista del oscuro cielo nocturno para posarla sobre mí. Después de pensarlo, llegué a la conclusión de que realmente no sabía qué significaba lo que me habían encomendado ser. Tan solo negué con la cabeza a modo de respuesta-. Para ser valiente hay que tener miedo. El verdadero significado del valor es ese; enfrentarte a lo que temes. Así que sé valiente, Link.

Y lo intentaba. Llevaba años intentándolo.

-¿Señor? -dijo una voz a mi espalda, devolviéndome a la realidad. Se trataba de uno de los sirvientes que trabajaban para el rey-. Señor, la princesa y los cuatro elegidos os esperan frente al portón.

Cuánto odiaba que me llamaran "señor". Le había suplicado miles de veces a más de la mitad del personal del castillo que me llamaran solamente por mi nombre. Sin embargo, a pesar de todos mis

esfuerzos, seguían haciendo oídos sordos a mi petición.

En aquella ocasión, ni siquiera me molesté en intentarlo.

-Gracias -fue mi única respuesta.

Me alejé de allí rápidamente. Ya no había vuelta atrás.

Sabía muy bien que aquella ceremonia iba a ser una farsa. Probablemente, la princesa sonreiría falsamente y fingiría que todo estaba bien entre nosotros.

Lo único que yo esperaba era que terminase pronto.

Los elegidos me saludaron cuando llegué al portón, aunque Revali lo hizo con más brusquedad que el resto. La princesa Zelda no dijo nada, pero yo tampoco intenté acercarme a ella. El recuerdo de lo que había ocurrido la noche anterior todavía estaba demasiado fresco.

Como era de esperar, los habitantes de la Ciudadela se nos quedaron mirando mientras recorríamos las

anchas calles empedradas. Muchos saludaron a la princesa y se inclinaron ante ella en señal de respeto. Otros, en cambio, ni siquiera se dignaron a mirarla.

Todos en Hyrule éramos conocedores de los constantes esfuerzos que la princesa hacía para lograr despertar su poder. Sin embargo, por alguna razón, el sagrado don que se transmitía entre las mujeres de la Familia Real no había dado aún ninguna señal de encontrarse en el interior de la joven a la que debía proteger.

La gente hablaba mal a sus espaldas. Muy pocos conservaban ya un mínimo rayo de esperanza. Y, por lo tanto, la gran mayoría se dedicaba a difundir rumores falsos sobre ella, e incluso llegaban a insultarla abiertamente.

Una noche, en los barracones del castillo, había oído a dos soldados que llegaban borrachos de la Ciudadela llamarla *fracaso* . Ese era el término más común que casi todo el mundo usaba para referirse a la princesa, a la futura reina.

Dirigí una mirada asesina hacia un pequeño grupo de idiotas que la observaban con odio. Me daba igual

que no nos llevásemos precisamente bien; nadie le faltaría al respeto mientras yo estuviera delante.

Era ya mediodía cuando llegamos al Altar Ceremonial. Se trataba de un lugar antiguo, rodeado por altas columnas de piedra. Estaba en medio de un pequeño bosquecillo de árboles altos. La luz del sol se filtraba entre las hojas, haciendo que la construcción tuviera un aire aún más especial. El castillo podía verse desde allí, enorme e imponente. Casi parecía cernirse sobre nosotros como una alargada sombra oscura.

Los cuatro elegidos habían estado hablando entre ellos durante todo el camino hasta allí. Sin embargo, las conversaciones cesaron de pronto cuando la princesa Zelda subió al altar con paso firme.

Yo ya sabía lo que tenía que hacer.

Fui tras ella sin decir una palabra, y me detuve cuando estuvimos frente a frente sobre el altar. Ella me observaba con ojos fríos, y su expresión era dura e impasible; no dejaba entrever ningún tipo de emoción.

"Yo también sé hacer eso", pensé.

-Arrodíllate -me ordenó. Su voz era casi tan fría como su mirada, pero no me dejé intimidar.

Obedecí e hinqué la rodilla en el basto suelo de piedra. Hice lo que pude por olvidarme de que los elegidos estaban junto al altar, presenciando aquella falsa ceremonia. Durante un breve instante, tuve ganas de ponerme en pie y decirles que estaban perdiendo el tiempo, que estaba seguro de que tenían cosas mejores que hacer. Cosas que realmente valían la pena.

-Héroe de Hyrule, el elegido por la espada destructora del Mal. Has demostrado que posees valor y que sabes manejar la espada. Por ello, mereces recibir la bendición de la Diosa Hylia. Aunque surques los cielos, viajes por el tiempo, o te asole el Crepúsculo, la espada siempre estará unida al alma del héroe. Rezamos para que tus fuerzas no flaqueen, y tampoco las de la espada.

No había estado en una situación tan tensa e incómoda en toda mi vida. No me había equivocado al pensar que aquella ceremonia sería una farsa. El

hecho de que la princesa me odiaba era más que evidente; su tono de voz, la manera en que me miraba e incluso la expresión de su rostro lo dejaban bien claro.

Ella tomó aire antes de continuar. Me di cuenta de que se sentía igual de incómoda que yo, pero ¿qué podía hacer para remediarlo? Ni siquiera sabía por qué se había enfadado conmigo la noche anterior.

La princesa prosiguió su largo discurso, y, de pronto, por encima de sus frías palabras, escuché la lejana voz de Revali.

-Yo no entiendo de ceremonias -decía-, pero está claro que la princesa no le tiene mucho aprecio al chico.

"Buena observación, Revali", pensé, riéndome para mis adentros.

Al mismo tiempo que la princesa por fin terminaba, llegué a oír lo que le respondía Urbosa.

-¿Y qué hacemos? La verdad es que mientras el muchacho esté cerca, la princesa no podrá evitar sentirse inferior.

¿Inferior? ¿A qué se refería con eso? ¿Por qué iba a creer que yo era superior a ella? Por Hylia, se trataba de la princesa de Hyrule, la heredera al trono. ¿Cómo podía superar todo aquello un simple caballero que ni siquiera formaba parte de la nobleza?

La princesa Zelda se mantuvo en silencio durante unos largos instantes. A pesar de mi confusión, no moví ni un músculo. Me limité a esperar a que ella continuara.

-Héroe elegido, pronuncia las palabras del juramento sagrado.

Recé una oración silenciosa a las Diosas Doradas para pedirles que mi voz no temblara.

-Aunque surque los cielos, viaje por el tiempo o me asole el Crepúsculo, juro proteger Hyrule y defender sus tierras del Mal desde este día, hasta mi último día.

-Ponte en pie y cumple con tu destino -dijo la princesa, dando por finalizada aquella ceremonia.

Ya estaba. Lo había hecho.

Ahora sí que no había vuelta atrás.

Nota : ¡Lo siento! Fui incapaz de contenerme y reciclé las hermosas palabras que dice Zelda en el recuerdo para convertirlas en una especie de juramento. Por Hylia, a veces mi imaginación llega hasta los límites más insospechados XD. Pero es que es eso; no me pude contener. Bueno, de todas maneras espero que hayáis disfrutado del capítulo. Por cierto, este contiene una pequeña referencia del segundo episodio de la temporada 8 de GoT. Sé que muy pocos queremos recordar esa temporada, pero ese es uno de mis momentos favoritos y quise hacerle un... ¿homenaje? (por decirlo de alguna manera).

¡Gracias por leer!

Chapter 15

Capítulo 14

Punto de vista de Zelda

Tras la ceremonia, los elegidos empezaron a preparar el viaje de vuelta a cada una de sus regiones. Me dirigí a los aposentos de Urbosa para hablar con ella. Solo quería eso: tener a alguien con quien conversar.

-Es guapo, ¿no? -preguntó ella de pronto.

Alcé una ceja.

-¿Quién?

-Pues tu nuevo escolta personal. ¿Cómo se llamaba... ?

Tardé unos segundos en comprender que se refería a Link. Todavía no me había hecho a la idea de que era mi escolta. No era que no estuviera acostumbrada a que un caballero me siguiera a todas partes. El problema estaba en que Link era... diferente.

Link era absolutamente desquiciante, para ser exactos.

Debía admitir que hasta aquel momento no me había parado a pensar en cómo sería tenerle a él de escolta. Los anteriores eran todos mayores que yo; mi padre se había asegurado de eso. Sin embargo, Link era de mi edad. No se trataba de un caballero rudo y veterano como el resto, pero aun así los superaba.

Tendría que pasar días enteros a solas con él, viajar con él, compartir con él el calor de una hoguera y... ¿dormir con él?

"Diosas, Zelda", me reprendí a mí misma. "No vas a dormir con él. Estarás muy cerca suya, pero no tanto como para decir que vayas a dormir con él".

Sentía que mis mejillas ardían.

-Bueno, no lo sé -murmuré-. Quizá sí... Es un poco..., ya sabes...

Urbosa comenzó a reírse a carcajadas mientras yo la observaba sin comprender, enrojeciendo hasta la punta de las orejas.

Al día siguiente, mi padre, Link y yo despedimos a los cuatro elegidos frente al enorme portón de la Ciudadela. También les deseamos suerte en las pruebas que tendrían que superar para demostrar que eran dignos de controlar a las Bestias Divinas. Y, tras aquello, fuimos de vuelta al castillo.

Sabía muy bien que Link tendría que cumplir con su deber como escolta y acompañarme fuera adonde fuese, incluso dentro de la fortaleza más grande de todo el reino, en la que habían cientos de guardias, caballeros y soldados. Me parecía estúpido e innecesario, pero no me quedaba otro remedio que resignarme y aceptarlo.

Lo único que pensaba hacer para entretenerme durante aquellos días era encerrarme en mis aposentos y leer un libro. Quizá también podría ir al pequeño laboratorio que mi padre me había dejado

poseer para investigar cualquier cosa.

Mientras cerraba la puerta, me di cuenta de que Link era el primer hombre que entraba en mis habitaciones. Solo el rey había estado dentro en contadas ocasiones.

Me volví para que mi escolta personal no viera el ligero rubor en las mejillas de su princesa.

Rebusqué en la estantería hasta encontrar un libro grueso y antiguo. " *Las hazañas de la Diosa Hylia* ", se titulaba. Lo había leído ya varias veces, pero ¿qué daño me haría hacerlo de nuevo?

Miré a Link de reojo. Seguía allí, junto a la puerta, de brazos cruzados. Sonreí para mis adentros al notar que estaba incómodo.

-Puedes sentarte -le dije. Él se mantuvo de pie, sin moverse de su sitio. Me encogí de hombros-. Como quieras.

Pasamos casi una semana así. Link se quedaba siempre al lado de la maldita puerta, como si creyera que de un momento a otro alguien la abriría de una patada y me secuestraría justo delante de sus narices.

Nunca abría la boca para hablar; se encerraba en un silencio igual de duro e impenetrable que las murallas que protegían la Ciudadela.

Yo hacía todo lo posible por concentrarme en leer " *Las hazañas de la Diosa Hylia* ", pero era extremadamente difícil ignorar su mirada penetrante, siempre posada sobre mí. Eso me ponía nerviosa. Muy nerviosa.

Una tarde, escuchamos unos golpecitos en la puerta. Alcé la vista del libro y di permiso para que quien estuviera fuera entrara en mis aposentos.

Una sirvienta asomó la cabeza con timidez.

-Princesa. -Se inclinó en señal de respeto, y luego observé sorprendida como hacía lo mismo ante Link-. Señor.

"¿Señor?", repetí para mis adentros. Al darme cuenta de que Link empezaba a enrojecer, tuve que hacer verdaderos esfuerzos por contener la risa.

-Alteza, los elegidos han superado las pruebas con éxito -anunció-. El rey ordena que mañana partáis al Poblado Orni.

-Muy bien -respondí, sonriendo-. Puedes marcharte.

La sirvienta salió y cerró la puerta tras de sí.

Estaba ansiosa por investigar las Bestias Divinas. Nunca las había visto con mis propios ojos, y quizá aquella era mi única oportunidad para hacerlo.

-Sabes cocinar y cazar, ¿verdad? -le pregunté a Link después de un largo e incómodo silencio.

Él asintió.

-Bien. Ve a preparar tus cosas. Mañana partiremos al amanecer.

-¿Queréis que vaya a las cocinas a por comida, alteza?

Me sobresalté al oír su voz. Llevaba días sin decir una palabra, al menos en mi presencia.

-Pensaba hacerlo yo, pero vale. Puedes irte.

Él hizo una reverencia y se fue. Miré a mi alrededor, sintiéndome extrañamente sola. Podría decirse que ya casi me había acostumbrado a que Link estuviera allí conmigo. *Casi* .

Suspiré y empecé a preparar la bolsa de viaje.

***

-¿Llevas comida para los caballos? ¿Y agua? -le pregunté a Link a la mañana siguiente, en los establos.

-Sí, princesa.

-Bien.

Ambos guiamos a los caballos por las riendas hasta que llegamos frente al portón. Los guardias que estaban allí de vigilancia nos reconocieron y nos dejaron pasar. Monté sobre Nieve, y vi que, detrás de mí, Link hacía lo mismo con su montura.

Aún era muy temprano, por lo que las calles de la Ciudadela estaban prácticamente desiertas. Solo unos pocos curiosos se asomaron a las ventanas al oír el repiqueteo de los cascos de los caballos contra el suelo de piedra.

Tras un largo rato, por fin tuvimos frente a nosotros la enorme extensión verde que era la Llanura de Hyrule. Inspiré hondo para llenar mis pulmones con

el fresco aroma de la naturaleza. En el castillo y en la Ciudadela, el aire era siempre demasiado cargado, demasiado denso. Pero ahí fuera, todo era puro. Todo era perfecto.

En el exterior, no sentía las miradas acusadoras de la gente posadas sobre mí. No sentía el enorme peso de mis obligaciones tambalearse a cada paso que daba encima de mis hombros. Pero sí me sentía libre. Libre para ser quien realmente era sin duras máscaras de falsa cortesía.

Contemplé como la suave brisa agitaba la hierba y acariciaba las hojas de los árboles. El sol brillaba con fuerza en el cielo despejado, aunque no me confié; el tiempo en Hyrule podía ser muy cambiante.

Espoleé a Nieve para que fuera un poco más rápido, tratando de hacer aún más real el sentimiento de libertad. Sin embargo, Link era un recordatorio constante de que no debía dejarme llevar, de que nunca lograría ser yo misma. De que mis problemas siempre estarían ahí para atormentarme.

El viaje fue más corto de lo que había pensado en un principio. Tras varias horas cabalgando, llegamos a

la posta de Tabanta. Después de parada rápida para comer y estirar las piernas, continuamos siguiendo el sendero. Ya por la tarde, cruzamos el Gran Puente de Tabanta, y, cuando alcanzamos la posta orni, era noche cerrada. Aunque se encontraba justo frente al Poblado, decidí que me reuniría al día siguiente con el patriarca de la tribu. Al fin y al cabo, no sería muy apropiado despertar a todo el mundo.

Link y yo no nos habíamos dirigido la palabra en todo el día, pero aquello no era nada nuevo. Sin embargo, debía admitir que el hecho de oír solamente los sonidos de la naturaleza y las pisadas de los caballos había sido bastante agradable.

Me hice un ovillo bajo las mantas, intentando entrar en calor. La región de Tabanta era muy fría debido a su proximidad con las montañas heladas de Hebra y, por ello, a pesar de que el interior de la posta era cálido y acogedor, seguía tiritando y estremeciéndome con cada débil ráfaga de viento que lograba colarse por la entrada.

-¿Te vas a dormir ya? -le pregunté a Link, que montaba guardia cerca de mi cama.

-Aún no.

-Yo sí. Hasta mañana.

-Buenas noches, princesa.

Me di la vuelta y cerré los ojos.

Chapter 16

Capítulo 15

Punto de vista de Link

Hacía mucho frío en la región de Hebra. Las noches en la aldea Hatelia no tenían nada que ver con el clima en aquella parte de Hyrule.

Aun así, el interior de la posta era cálido. Cuando salí de allí, el aire gélido de la mañana me azotó las mejillas y traspasó mi piel como un millar de cuchillas afiladas. Me arrebujé más en la capa, tiritando.

También había visto a la princesa Zelda estremecerse en varias ocasiones a lo largo de la noche. Por un momento había contemplado la posibilidad de arroparla con mi manta, pero al final acabé

desechando la idea. No quería molestarla.
Nunca había visitado Tabanta, aunque sí había oído hablar de ella. Lo que decía la gente no distaba mucho de la realidad: el paisaje rústico hacía contraste con los altos y lejanos picos nevados de Hebra, y el aire gélido traía consigo un suave aroma a pino. Me había imaginado el Poblado Orni como una aldea parecida a Kakariko, pero resultó ser todo lo contrario. El hogar de los orni se había construido alrededor de una roca alta y gigantesca, algo totalmente diferente a lo que estaba acostumbrado a ver.
-Buenos días -escuché decir a la princesa detrás de mí.
-Alteza. -Me di la vuelta y me incliné en señal de respeto.
Tras desayunar, recorrimos el corto sendero que llevaba hasta el Poblado Orni a pie. El orni que montaba guardia junto a la entrada nos llevó ante el patriarca de su tribu.
-Bienvenidos -dijo, al tiempo que hacía una reverencia-. Espero que hayáis tenido un buen viaje.
-Así es -respondió la princesa, con un tono de voz

alegre y jovial desconocido para mí. ¿Dónde estaba aquella voz fría e indiferente con la que siempre me hablaba? "Quizá solo la utiliza conmigo", pensé-. No hemos sufrido ningún sobresalto.
-Me alegro de oír eso. -El patriarca sonrió-. Princesa, antes de que vayáis a investigar a Vah Medoh, me gustaría discutir algunas cosas con vos. A solas -añadió, mirándome.

-Está bien.

-Alteza... -empecé a protestar.

-Solo serán unos minutos -me interrumpió ella bruscamente.

Finalmente, me resigné y asentí. ¿A mí qué me importaba? Era la princesa del reino; podía hacer lo que le viniera en gana. No tenía por qué preocuparme más de lo necesario.

Observé como la princesa seguía al patriarca hasta el interior de una de aquellas extrañas cabañas en las que vivían los orni. Yo me quedé allí plantado, sin saber qué hacer. ¿Qué se suponía que hacían los escoltas cuando la persona a la que debían proteger

se marchaba y no les dejaba ningún tipo de orden clara?

Suspiré. "Nada", me dije, respondiendo a mi propia pregunta. "Los escoltas no hacen nada en esas ocasiones porque esto solo me pasa a mí".

Caminé sin rumbo durante un rato. Me crucé con varios orni que se me quedaron mirando con una mezcla de asombro y admiración, pero ni siquiera les presté atención. ¿Para qué? Solo serviría para echar más sal en heridas que llevaban años abiertas, resistiéndose a cicatrizar de una vez.

Llegué a una plataforma de madera, grande y amplia. Vah Medoh volaba muy cerca de allí, proyectando largas sombras bajo sus enormes alas hechas de tecnología sheikah. Era la primera vez que veía uno de aquellos artefactos, aunque obviamente había oído hablar de ellos. También solían aparecer en las historias y leyendas que mi madre me contaba cada noche antes de irme a dormir.

-Los sheikah construyeron cuatro gigantescas Bestias Divinas -decía-. Una era Vah Ruta, la Bestia Divina del Agua. Otra era Vah Rudania, la Bestia Divina del

Fuego. La tercera se trataba de Vah Medoh, la Bestia Divina del Viento. Y a la cuarta le pusieron como nombre Vah Naboris, la Bestia Divina del Rayo. Estaban diseñadas para ayudar al valiente caballero elegido por la Espada Destructora del Mal y a la princesa con la sangre de la Diosa Hylia en su misión para derrotar al Cataclismo.

Sonreí al recordarlo. Diosas, cuánto la echaba de menos. Antes de apagar la velita que estaba junto a mi cama, ella siempre susurraba un "hasta mañana, mi pequeño héroe".

De repente, una fuerte corriente de aire gélido me azotó todo el cuerpo, haciendo que lamentara haber dejado mi capa en la posta. Cuando volví a alzar la vista, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no darme la vuelta y marcharme. Revali estaba allí, frente a mí, con sus molestos y habituales andares orgullosos.

-Impresionante, ¿verdad? -dijo, dirigiéndome una sonrisa estúpida-. Tú no serías capaz de hacer nada parecido. Nadie, ni siquiera entre los miembros de la tribu orni tiene el talento suficiente como para

igualarme. Pero, a pesar de todo, la misión que me han encomendado es ayudarte *a ti* . -Soltó una risotada-. A un niño imberbe como tú.

Me obligué a mí mismo a mantener la boca cerrada. Aquel idiota con el ego subido solo quería provocarme; ya lo había intentado el día de nuestra ceremonia de nombramiento, y, por lo que parecía, todavía no estaba dispuesto a rendirse. Pero la máscara de la indiferencia era demasiado poderosa, incluso para el gran guerrero orni Revali.

-¿Y por qué? -siguió diciendo-. Pues por culpa de esa patética espada que llevas ahí.

Apreté los puños con tanta fuerza que pensé que me iba a hacer daño. Revali, como era de esperar, se dio cuenta de que había encontrado el maldito punto débil.

-Por Hylia -se lamentó falsamente-, ¿te he ofendido? Te ruego que me disculpes. No era mi intención.

"Oh, claro que no".

-¿Qué te parecería si arreglásemos este pequeño malentendido con un combate singular? Tú y yo, sin

nadie más, ahí arriba, sobre Vah Medoh. -Dejó escapar una exclamación ahogada, como si se hubiera dado cuenta de que acababa de decir algo malo-. Diosas, discúlpame de nuevo. Olvidaba que nunca serías capaz de llegar a la Bestia Divina por tus propios medios.

Se rio en mi cara. Luego extendió las alas y volvió volando a Vah Medoh. Me sentía como si estuviera dentro de un nido de víboras; todos allí estaban molestos conmigo por alguna razón. Obviamente, no era que la princesa Zelda fuese una víbora, ¿cómo podría pensar yo eso de mi futura reina? En cambio, Revali...

-¿Qué haces aquí? -escuché decir a alguien detrás de mí. Me giré y vi a la princesa, que me observaba con el ceño fruncido-. Te he estado buscando por toda la aldea.

-Lo siento, alteza...

-Ya, claro, lo sientes -me interrumpió ella-. Se supone que tendrías que haberte quedado cerca de la casa del patriarca.

-Pero vos no me dijisteis...

-¿Sabes qué? Da igual -me interrumpió de nuevo-. Cuánto más lejos, mejor -murmuró-. Iré a buscar a Revali.

Quise gritar de frustración. No entendía nada, ¿qué había hecho para que la princesa me odiara?

¿Y por qué siempre tenía ella la última palabra?

Nota: Ayer por la tarde entré en Wattpad y vi que este fanfic está en el #10 de zelink. ¡Dios mío! Nunca pensé que llegaría a estar en una posición así :o
Pero bueno, si lo está es gracias a vosotros, a las personas que estáis leyendo "Hace 100 años". Me alegro muchísimo de que os esté gustando esta historia.
¡Gracias por leer!

Chapter 17

Capítulo 16

Punto de vista de Zelda

Tras pasar dos días más en el Poblado Orni, volvimos a la posta en busca de los caballos y continuamos el viaje, ahora hacia la Ciudad Goron, en la región de Eldin.

Resoplé, frustrada. Estaba harta; harta del silencio, harta de estar a solas con mis pensamientos, pero, sobre todo, estaba harta de *él* . Cabalgaba detrás de mí, sin decir una palabra. Constantemente sentía su mirada penetrante clavada en mi espalda, y, Diosas, eso era bastante incómodo. ¿No se suponía que tendría que estar pendiente a nuestros alrededores,

atento ante cualquier amenaza que pudiera acecharnos en algún recodo del camino?

Llevada por un impulso repentino, tiré de las riendas de Nieve con brusquedad y desmonté. Necesitaba estirar las piernas, entumecidas después de haber pasado largas horas a lomos de un caballo. Link también detuvo a su montura y se apresuró a seguirme.

-¿Ocurre algo, alteza?

-Quiero parar -respondí-. Andar.

Él asintió, aunque en el fondo sabía que se estaría preguntando si la princesa de Hyrule se habría vuelto loca.

Hice todo lo posible por olvidarme de su presencia y saqué la piedra sheikah. Según el mapa, nos encontrábamos a orillas del lago Komolo. Alcé la vista para echar un vistazo; la hierba allí era verde y alta, y pequeños árboles con el tronco blanquecino y delgado habían logrado crecer cerca de las aguas cristalinas del lago.

Dejamos a los caballos pastando libremente, mientras que yo comencé a andar, siguiendo el camino de piedrecitas grisáceas y redondas. Notaba la presencia de Link a mi espalda, siempre tan silencioso como una sombra.

Acabaría perdiendo la cordura por completo si pasaba un solo día más abriendo la boca únicamente para dar una orden o para discutir con Link. Y, por ello, decí hablar. *Hablar* . Ya casi me había olvidado de cómo era hablar de verdad.

Así pues, comencé a soltar todo lo que se me pasaba por la cabeza relacionado con la tecnología sheikah. ¿Link me estaría escuchando? ¿Me estaría prestando atención?

"Da igual", me dije. "Tampoco es que esté hablando para él". Además, ¿por qué iba el elegido por la Espada Destructora del Mal a molestarse en atender a la irresponsable princesa de Hyrule en uno de sus aburridos y largos discursos?

"Debería estar hablando sobre las fuentes", no pude evitar pensar. "Diosas, la gente tiene razón. Soy un maldito fracaso".

En cambio, Link no lo era. Él se había entrenado sin descanso hasta llegar a lo más alto, hasta ser todo lo que se esperaba que fuese.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía tener tanta confianza en sí mismo? ¿Cómo era capaz de superar las expectativas con esa facilidad?

"¿No te quedas en silencio cada noche, cuestionándote si realmente vales, si realmente serás lo suficientemente bueno como para cumplir con la difícil misión que te fue encomendada?", me habría gustado preguntarle. Más aún me habría gustado conocer la respuesta.

Casi sin darme cuenta, dejé de andar y me detuve en medio del camino. No volví a escuchar las pisadas de Link detrás de mí, por lo que supuse que él también se habría quedado quieto.

-Dime la verdad -empecé, sin girarme para mirarle-. ¿Sabes manejar bien esa espada? Se dice que a veces una voz resuena en su hoja. ¿La has... ? ¿La has oído?

La única contestación que recibí fue el silencio.

"Espero que seas tan buen espadachín como todo el mundo dice", murmuré para mis adentros. "De verdad que lo espero".

***

Las primeras gotas comenzaron a caer con timidez, frías como las aguas de las fuentes sagradas. Maldije y me cubrí la cabeza con la capucha, en un intento desesperado por protegerme de la lluvia, que en pocos instantes ya caía sin piedad. Divisé una casa medio derruida no muy lejos de donde estábamos. Le hice una seña a Link para que me siguiera y, un rato después, nos encontrábamos bajo un techo inestable, resguardados de la lluvia.

Tenía la desagradable sensación de que aquella choza podía derrumbarse en cualquier momento, dejándonos a nosotros sepultados bajo una mezcla de piedras y madera podrida. Era un hogar pequeño, construido junto al camino. Supuse que quien hubiera vivido allí debía haber dejado la casa abandonada hacía mucho tiempo.

Estaba empapada de arriba a abajo, y temblaba de frío. La capucha no había servido de nada. "Debería

haber comprado una de las que venden en el Poblado Orni", refunfuñé para mí misma. "Seguro que esas sí son útiles..." Sin embargo, mis pensamientos se vieron interrumpidos de pronto.

-Tomad esto, alteza -murmuró Link, tendiéndome su capa. Fruncí el ceño, sin comprender. Él clavó la vista en el suelo-. Os ayudará a... a... entrar en calor.

-Pero es tuya. Te congelarás si no la llevas.

-No os preocupéis por mí, princesa -replicó.

"No insistas. Es igual de testarudo que tú", dijo una vocecita en mi cabeza.

Tras unos largos instantes, suspiré y acepté su capa. Era algo grande para mí, pero aun así desprendía una agradable calidez.

-Gracias -susurré, tragándome el orgullo.

Él asintió por respuesta.

La lluvia no cesó hasta el mediodía y, cuando las últimas gotas al fin cayeron, reanudamos el viaje. Pasamos unas cuantas horas cabalgando, hasta llegar a la posta de la montaña. El volcán era bien visible

desde allí; sobresalía entre otras formaciones rocosas, alto e imponente.

El cielo estaba ya teñido de púrpura, señalando el crepúsculo. Link se acercó a una cacerola para cocinar. Me senté frente a él y observé todos y cada uno de sus movimientos con atención. Link, obviamente, se dio cuenta y desvió la mirada, incómodo. Yo me encogí de hombros y continué admirando lo que hacía.

Recordaba que, a los diez años, me escabullía a las cocinas del castillo, deseosa de aprender. Sin embargo, a pesar de lo mucho que insistía, los cocineros nunca accedieron a enseñarme su labor. Afortunadamente, sí sabía preparar elixires y remedios para algunas enfermedades, pero no tenía ni idea de cómo cocinar.

Dos viajeros nos preguntaron si seríamos tan amables de compartir nuestra cena con ellos, y nosotros accedimos y les invitamos a sentarse junto a nuestra hoguera. Ninguno sabía que estaban ante la princesa de Hyrule y el elegido por la Espada Destructora del Mal.

-Diosas, creo que esta es la mejor sopa de calabaza que he comido en toda mi vida -dijo uno de los viajeros.

-¿Quién te enseñó a cocinar así? -preguntó el otro.

Durante un instante, pensé que Link no iba a responder, pero resulté estar equivocada.

-Tuve que aprender yo solo.

¿Aquello era tristeza? ¿Aquello que brillaba en sus ojos era nostalgia o, tal vez, melancolía?

Una parte de mí quería saber qué le ocurría, por qué había adoptado aquel tono de voz lúgubre. No obstante, al final decidí guardarme mis preguntas para otra ocasión.

Chapter 18

Capítulo 17

Punto de vista de Link

-Es un honor volver a veros, princesa -dijo Daruk, sonriendo. Se inclinó e hizo la peor reverencia que había visto en mi vida.

La princesa Zelda dejó escapar una risita.

-El honor es mío, Daruk.

El goron sonrió de nuevo antes de fijarse en mí.

-También me alegro de volver a verte, muchacho. -Puso una de sus enormes manos sobre mi hombro.

-Lo mismo digo.

-¿Necesitaremos elixires contra el calor? -intervino la princesa con un gesto de preocupación.

-No, alteza -respondió Daruk-. La Bestia Divina no está tan cerca de la Montaña de la Muerte como para que tengáis que beber esas cosas.

"Gracias a las Diosas", pensé, aliviado. Los elixires eran horribles. Cuando mi padre me llevó por primera vez a la región de Eldin, tuvimos que tomar uno de aquellos brebajes. Yo era un niño por aquel entonces; un niño travieso y deseoso de vivir aventuras como los grandes héroes y los caballeros errantes de los cuentos. No debía tener más de cinco o seis años.

-Te va a encantar, Link, ya lo verás -me había asegurado mi padre-. Sabe igual que la sopa de calabaza que prepara mamá.

Mis expectativas subieron considerablemente tras aquella afirmación. Sin embargo, el elixir acabó siendo algo muy diferente a la sopa de calabaza de mi madre. Mi padre se dio cuenta de la mueca de asco que se había dibujado en mi rostro y tuvo que esforzarse en contener la risa.

-¿Y bien? ¿Qué te parece?

-No sabe como la sopa de mamá -respondí.

Él no pudo seguir aguantándose y explotó en carcajadas, mientras yo le observaba con el ceño fruncido.

Los elixires te hacían experimentar una sensación extraña, algo parecido a un cosquilleo. Un cosquilleo molesto que no se detenía hasta que el efecto de la poción no hubiera acabado.

La voz de Daruk me sacó de mis pensamientos.

-Si tenéis la amabilidad de seguirme... -Nos hizo un gesto para que nos pusiéramos en marcha. La princesa echó a andar y yo me apresuré en hacer lo mismo.

A medida que nos íbamos internando en la región, el camino se tornaba cada vez más rocoso y escarpado. Divisé varias charcas de humeantes fuentes de aguas termales. Unos goron estaban bañándose allí y, a juzgar por la expresión de sus caras, lo estaban disfrutando. Deseé poder olvidarme de mis

obligaciones e ir a relajarme en uno de aquellos lagos. Ojalá fuera capaz.

"Algún día", me dije. "Quizá pueda venir con papá y con Arwyn después del Cataclismo." Sonreí para mis adentros al imaginármelo. "Sí. Eso estaría bien."

No tardamos demasiado en llegar hasta la Bestia Divina. No habría sabido decir si Vah Rudania era más grande que Vah Medoh, pero aun así seguía siendo impresionante. Me sentía ridículamente pequeño e indefenso al compararme con uno de aquellos artefactos.

Vah Rudania tenía una forma parecida a la de los lagartos ignífugos que correteaban entre las rocas. El brillo que apareció en los ojos de la princesa cuando la Bestia Divina movió su larga cola lentamente no me pasó desapercibido. Nunca la había visto tan... feliz. Sí, esa era la palabra para describirlo. Feliz.

-¿Controlas bien a la Bestia Divina? -le preguntó a Daruk.

El goron miró al suelo, avergonzado.

-Debo admitir que me está costando, alteza -murmuró.

-No pasa nada. Iré a hacerle unos ajustes y, con un poco de suerte, te será más fácil controlarla.

La princesa volvió a sonreír y echó a andar en dirección a Vah Rudania. Yo me apresuré a ir tras ella.

-No necesito que me sigas -dijo de pronto, dándose la vuelta y lanzándome una mirada asesina.

-Sigo órdenes del rey, alteza.

-¡Me da igual! -exclamó-. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

Invertí todos mis esfuerzos en no perder los estribos y mantener la calma. ¿No entendía que si bajaba la guardia durante un instante y algo le ocurría, el rey no tardaría nada en clavar mi cabeza en una pica y exponerla sobre las murallas del castillo?

Sin embargo, en aquel momento no estaba de humor para discutir. Así que, una vez más, decidí callarme lo que pensaba y dejarla marchar.

Daruk se acercó a mí con una sonrisa.

-Bueno, ya la has oído -dijo-. ¿Quieres un rocodillo goroasado?

Negué con la cabeza y me senté encima de una roca cercana.

-Veo que la princesa y tú no... congeniáis demasiado.

-Eso es más que evidente -gruñí.

-Hay que ser paciente para estas cosas, chico.

Dejé escapar un suspiro.

-No sé que estoy haciendo mal.

A pesar de que mi voz era casi inaudible, Daruk me escuchó y me dirigió una mirada cargada de simpatía.

-No estás haciendo nada mal -me aseguró, intentando reconfortarme-. La princesa tiene un carácter fuerte. Y además...

Se detuvo de repente, como si hubiera estado a punto de decir algo prohibido. Fruncí el ceño, pero no

insistí en que me lo contara. No era nadie para obligarle a nada.

Sentí un alivio inmenso cuando vi a la princesa Zelda salir sana y salva de Vah Rudania. Me sorprendió descubrir que no se debía solo al hecho de haberme librado del duro castigo que le rey me habría impuesto si le hacían algún daño a su hija mientras yo estaba velando por su seguridad. No. No era únicamente por eso.

Lo que en realidad me aliviaba era saber que ella estaba bien. Que ningún peligro acechante entre las sombras había logrado herirla.

"Idiota", me reprendí a mí mismo.

Chapter 19

Capítulo 18

Punto de vista de Zelda

Los ajustes que le hice a Vah Rudania surtieron el efecto deseado y Daruk pudo controlarla sin ningún problema. Al menos algo iba bien. El éxito de los elegidos con sus Bestias Divinas me había hecho ver un rayo de esperanza asomar entre las nubes oscuras que se cernían sobre mí.

Link y yo volvimos a la posta de la montaña en completo silencio. Me atormentaba haberle tratado de aquella manera cuando intentó seguirme hasta el interior de Vah Rudania. Sabía que, en el fondo, él tenía razón; seguía las órdenes del rey, y el rey estaba

por encima de la princesa. Aun así, me había dejado llevar de nuevo por el estúpido resentimiento que constantemente amenazaba con aflorar del todo. Si no lograba controlarlo pronto, la rabia que tanto tiempo llevaba contenida explotaría sobre alguien. Y lo más problable era que ese alguien iba a ser Link.

Y, aquella noche, mientras le observaba desde mi cama montar guardia junto a la entrada de la posta, sentí el impulso de correr en su dirección y disculparme. Sin embargo, no conseguí reunir el valor necesario para hacerlo. Con solo ver su espada, tenía la desagradable sensación de que el mundo a mi alrededor se desmoronaba.

A la mañana siguiente partimos hacia el castillo. Pararíamos allí para descansar y reponer los suministros del viaje.

Tras varios días en los que ni Link ni yo abrimos la boca para hablar, por fin llegamos ante el imponente portón de la Ciudadela. Y, una vez recorrimos las anchas calles atestadas de gente, entramos en los establos del castillo y dejamos a los caballos.

-No necesitaré tus servicios en unos días -le dije a Link-. Te haré llamar cuando decida continuar el viaje hasta el desierto Gerudo.

Él se me quedó mirando durante unos instantes que se me hicieron eternos, con aquella expresión tan irritante que parecía esculpida en piedra.

-Vuestro padre ha ordenado...

-No me importa lo que te haya ordenado mi padre -le interrumpí con brusquedad-. Eres *mi* escolta, y si te ordeno que me dejes en paz, lo harás.

A pesar de mis duras e hirientes palabras, su rostro permaneció impasible. Hizo una reverencia y, sin añadir nada más, se marchó de los establos.

Sentí enfado. Enfado hacia Link. Y también hacia mí misma.

***

Después de pasar una parte de la noche dando vueltas y otra parte teniendo horribles pesadillas que me mostraban lo que ocurriría si el Cataclismo llegaba y yo no estaba preparada para afrontarlo,

decidí salir de mis aposentos. Las primeras luces del amanecer empezaban a colarse despacio a través de mis ventanas, pero me dio igual. No soportaría estar ni un minuto más ahí dentro. Sin embargo, mi anhelo de notar el aire fresco en la cara se esfumó en el momento en que abrí la puerta y me encontré de frente con Link.

-¿Qué haces aquí? -le espeté-. Ayer te ordené que me dejaras en paz. Y hoy tampoco necesitaré un escolta. Tómate el día libre, si eso es lo que quieres.

Él se me quedó mirando como lo había hecho la tarde anterior, con aquellos ojos vacíos que no dejaban entrever nunca ningún tipo de emoción. Todavía me seguía preguntando cómo, en nombre de todas las Diosas, conseguía controlarse con tanta facilidad.

Mi ira fue en aumento a medida que me iba dando cuenta de que no tenía intención de alejarse de mí.

-Vete -siseé-. Es una orden.

Al principio pensé que no se movería de su sitio y se mantendría a mi lado durante el día entero,

torturándome con su presencia y la de su espada, que siempre llevaba cruzada a la espalda. Pero, para mi sorpresa, se inclinó en señal de respeto y se perdió entre los pasillos.

Volví a entrar en mis aposentos dando un portazo. Una vez logré calmar los latidos desbocados de mi corazón, me acerqué a la mesa donde se encontraba la piedra sheikah. La superficie lisa se iluminó, revelando el mapa. Estuve un rato observándolo, deseando poder salir de las murallas del castillo y acudir a cada uno de aquellos lugares simplemente para explorarlos e investigar sus secretos. Quizá en alguna ocasión podría escaparme. Cambiaría por completo mi apariencia para que nadie supiera que era la princesa, y a lo mejor un comerciante me permitiría viajar con él. Sería libre y haría lo que me diera la gana el resto de mi vida. No más presión, no más rezar en fuentes de agua helada.

-Ojalá... -murmuré con un suspiro.

Dejé la piedra sheikah de nuevo sobre la mesa y comencé a hojear mis notas. Me detuve al llegar a la página en la que había escrito los últimos avances

con los santuarios. Había examinado la gran mayoría de los que habíamos descubierto, aunque restaban unos pocos que no recibían demasiada atención por mi parte.

Ya casi había perdido la esperanza de reactivar uno de aquellos lugares sagrados. Lo había intentado todo con la ayuda de los sheikah, pero nuestros esfuerzos fueron en vano. Sabía que existía otro modo de abrir la maldita puerta de los santuarios. Lo sabía muy bien. Sin embargo, no pensaba ni siquiera probarlo. *Él* no iba a continuar teniendo éxito donde yo fracasaba.

Una idea empezó a tomar forma en mi cabeza mientras me fijaba en uno de los santuarios que aparecía marcado en el mapa. Entraba en el grupo de los que no habíamos visitado. Estaba en los pilares ancestrales, no muy lejos del castillo. ¿Y si aquel nos permitía acceder a su interior por fin?

A pesar de que en el fondo no lo creía posible, decidí ataviarme con las ropas de viaje. Me cubrí con la capucha y salí sigilosamente de mis aposentos. Llevaba dieciséis años viviendo en aquella fortaleza,

por lo que era conocedora de pasillos estrechos, corredores y patios que siempre estaban desiertos.

Llegué a los establos sin ser vista. Mientras ensillaba a Nieve, un mozo de cuadras se me acercó con curiosidad. No era más que un niño, así que no me preocupé. Le dirigí mi mejor sonrisa y guie a mi caballo hasta el portón. Aquella era la parte difícil. La parte en la que tendría que mentir.

Los guardias me reconocieron; no eran idiotas.

-Abrid el portón -dije con toda la tranquilidad que me fue posible.

-El rey ha ordenado que no os dejemos salir sin vuestro escolta, alteza.

Diosas, ya estaba harta de "el rey ha ordenado." Había perdido la cuenta de las veces que me lo habían repetido en tan solo unas horas.

-No os preocupéis por eso. Mi escolta viene justo detrás. Se me olvidó la comida para los caballos, y le envié a buscarla. Decidimos que yo me adelantaría.

-¿Puedo saber a dónde os dirigís?

-Voy a investigar un santuario -respondí-. Está en los pilares ancestrales, no demasiado lejos de aquí.

Los guardias se miraron entre ellos, sin saber qué hacer.

-Abrid el portón -repetí.

El primero que había hablado se encogió de hombros, y el otro asintió.

-Como digáis, princesa.

***

El sentimiento de culpabilidad comenzó a apoderarse de mí justo cuando estaba a punto de llegar al santuario. Me había escabullido del castillo sin siquiera pensar en las consecuencias, sin pensar en el castigo que seguramente impondría a los guardias por dejarme salir. Sin pensar en lo que podría pasarle a Link.

Pero ya era demasiado tarde para volver atrás.

Dejé a Nieve pastando cerca del santuario, mientras que yo me acerqué a la construcción. Coloqué la

piedra sheikah sobre el pedestal y esperé..., y esperé. Como me temía, nada ocurrió.

-No funciona -dije en voz alta-. No sé cómo activar el mecanismo...

De pronto, escuché un relincho a mi espalda. Me giré y tuve que contenerme para no soltar una maldición al ver a *su* caballo.

Había logrado colmar mi paciencia.

Él desmontó, y yo acorté la distancia que nos separaba con pasos ligeros.

-Ya te he dicho que hoy no necesito escolta -le espeté antes de darle tiempo para hablar-. No me importa que sean órdenes del rey. He dejado claro que no necesito protección. Vuelve al castillo y comunícaselo a mi padre.

Le dirigí una última mirada fulminante y eché a andar, rezando por que no me siguiera. Aun así, no tardé en escuchar sus pisadas detrás de mí.

Intenté controlarme. Intenté que aquel resentimiento que tanto tiempo llevaba acumulándose en mi interior no saliera a la luz en todo su esplendor.

Pero no pude.

Nota:

¡Este fanfic ha llegado a las 1k lecturas! AAAAAH. ¡¡¡Muchísimas gracias!!!

Ah, y por cierto, creo que ya lo puse en mi perfil, pero lo voy a decir por aquí también; actualizo esta historia cada domingo.

¡Gracias por leer! :)

Chapter 20

Capítulo 19

Punto de vista de Link

-¡Deja de seguirme! -gritó.

¿Cómo habíamos llegado a aquel extremo?

Recordé la preocupación con la que había cabalgado para llegar hasta ella, y me sentí aún peor. Había sido una pérdida de tiempo.

Cuando dos guardias vinieron a avisarme de que la princesa había salido del castillo sin escolta, estuve a punto de entrar en pánico. Quizá ella sabía defenderse, pero no se había llevado ningún arma.

Había tenido miedo durante un instante. Había tenido miedo al imaginar que alguien podría haberle hecho daño.

¿Y todo para qué?

Ya estaba; me rendía. Era imposible. *Ella* era imposible.

Traté de ocultar lo que realmente sentía tras una expresión de piedra. Me había dado cuenta hacía mucho tiempo de que lo único que ella deseaba era que sus palabras lograran herirme.

No era tan fácil conseguir eso.

-Te ordeno que te vayas.

-Sigo órdenes del rey, alteza -empecé con calma-. No puedo desobedecer a mi rey.

La princesa bufó, me fulminó con la mirada y me dio la espalda para dirigirse a su caballo. Montó y salió disparada colina abajo sin añadir nada más. Espoleé a Sombra rápidamente y me apresuré a seguirla. No permitiría que se volviera a escapar.

Una vez cruzamos el portón del castillo, la princesa me informó de que al día siguiente partiríamos muy temprano hacia el desierto Gerudo. Luego me ordenó que me marchara y, en esa ocasión, no opuse resistencia y obedecí.

Aquella noche estuvo repleta de pesadillas, temores que llevaban años sin salir a la luz y pensamientos oscuros y sombríos. Deseé regresar a la simplicidad de la aldea Hatelia, donde nada ni nadie podía juzgarme, donde lo único por lo que tenía que preocuparme era el frío que sobrevenía cuando el sol se escondía tras las montañas.

Empecé a dudar de mí mismo de nuevo. Y me odié por hacerlo.

La espera por la llegada del amanecer se me hizo eterna. Nada más ver el primer tímido rayo de luz colarse por la ventana, me puse la túnica, cogí la Espada Maestra y salí al exterior.

El castillo estaba casi desierto. Divisé a algunos guardias apostados aquí y allá. Les compadecí para mis adentros; la vigilancia nocturna era el mayor temor de cualquier soldado o caballero.

Los establos también se encontraban vacíos. Ensillé a Sombra y luego al caballo de la princesa Zelda. Estuve un rato esperando a que se dignara a aparecer y, cuando por fin lo hizo, ni siquiera me miró. Me pareció que murmuraba algo, quizá alguna especie de saludo.

Intenté pensar en cosas alegres durante el viaje. Busqué en mi memoria algún recuerdo que me ayudara a olvidar por unos instantes la tensa situación en la que me encontraba.

Nunca había estado en el desierto Gerudo. La gente decía que era tan interminable como el mar de Necluda, aunque no había agua, solo arena. Tenía curiosidad por ver con mis propios ojos aquel lugar.

Estuvimos un día entero cabalgando. La princesa no dio la orden de parar en ningún momento, así que yo me mantuve en silencio, sintiendo las piernas cada vez más entumecidas y rígidas.

Después de la caída del sol, nos detuvimos en la posta del cañón, justo frente a la entrada al desierto.

-Mañana continuaremos el viaje -dijo ella, examinando su extraña piedra sheikah-. Dejaremos a los caballos aquí.

Asentí y no hice preguntas.

Me pasé la mayor parte de aquella noche montando guardia, con la mano cerca de la empuñadura de la Espada Maestra. Había oído rumores de que el clan Yiga se había vuelto más activo últimamente. Y, además, estaba en una región desconocida, rodeado de gente extraña. Lo mejor que podía hacer era estar alerta.

A la mañana siguiente, partimos hacia la Ciudadela Gerudo. El desierto se extendía ante nosotros, como si no tuviera fin. Las arenas se perdían en el horizonte, abarcando hasta donde alcanzaba la vista.

A pesar de lo mucho que insistí, no me dejaron acceder al interior de la Ciudadela. Allí no permitían el paso a los hombres, fueran quienes fuesen. Urbosa sugirió que me quedara en el Bazar Sekken, que no se encontraba demasiado lejos de la ciudad. Y, en voz baja, me aseguró que la princesa estaría segura entre aquellas murallas.

Decidí confiar en ella. La princesa Zelda era como su hija, por lo que supuse que para Urbosa su seguridad no sería ninguna broma.

Así pues, me dirigí al Bazar Sekken. Sabía que lo que estaba haciendo era incorrecto; mi trabajo era permanecer al lado de la princesa, velando por su seguridad. Sin embargo, traté de convencerme a mí mismo de que no pasaría nada si bajaba la guardia durante un rato. Al fin y al cabo, ella se encontraba en buenas manos.

El Bazar Sekken bullía de actividad. Se trataba de un oasis construido junto a un pequeño lago. Había gente de todas las razas. Vi puestos en los que vendían frutas exóticas, flechas, hierbas medicinales y suministros útiles para viajeros. Estuve paseándome por allí gran parte de la tarde. Y, por suerte, nadie pareció reconocerme.

-¿Te gustaría entrar en la Ciudadela Gerudo, chico? -me preguntó alguien de pronto.

Me detuve para observar a quien me había hablado. Era un hombre vestido de mujer, eso saltaba a la

vista. Se había ataviado con ropas ligeras, como las que solían usar las gerudo.

-Allí no dejan entrar a los hombres.

-Ya lo sé -replicó él-. Pero yo conozco una manera para acceder al interior sin que te descubran. -Me dirigió una sonrisa extraña-. Es fácil. Pruébalo.

Por un momento, no supe a qué se refería. Y, cuando lo comprendí, noté que mis mejillas comenzaban a arder.

-No, gracias -murmuré antes de darme la vuelta y alejarme rápidamente de aquel hombre.

Tras la caída del sol, el calor sofocante del desierto se hacía más soportable. Bajo la luz del crepúsculo, vi a dos guardias gerudo yendo en mi dirección.

-Urbosa solicita vuestra presencia en Vah Naboris, señor.

Asentí y les seguí a través del desierto. Quise decirles que yo no era el señor de nada, pero al final decidí mantenerme en silencio.

Vah Naboris era mucho más grande que las otras tres Bestias Divinas. Sus patas, hechas de tecnología sheikah, eran tan largas como las torres de vigilancia del castillo. Estaba seguro de que podría aplastar a cualquier hyliano que se encontrara en medio de su camino.

Las dos guardias me guiaron por el interior de la Bestia Divina. Se lo agradecí para mis adentros; sin su ayuda, probablemente me habría perdido entre aquellos interminables pasillos y corredores.

-La matriarca está por ahí -dijo una, señalando el camino que llevaba hasta una especie de balcón.

Me dirigí hacia allí, mientras que las gerudo se marcharon en dirección contraria.

Urbosa estaba sentada en aquel lugar, contemplando las arenas del desierto. Distinguí a la princesa Zelda, apoyada sobre su hombro. Esperé con aprensión a que se percatara de mi presencia y me dirigiera nuevas palabras hirientes.

Pero me sorprendió comprobar que no lo hizo.

-Ya estás aquí -dijo Urbosa-. Veo que has acudido rápido, tal y como se espera de un caballero. -Sonrió-. La princesa se ha pasado el día investigando. Supongo que eso puede acabar agotando las energías de cualquiera, ¿no crees?

Empecé a sentir incomodidad al darme cuenta de que había irrumpido en un momento íntimo para ambas.

-¿D-debería irme... ?

-Oh, no. Si quisiera que te fueras, no te habría hecho llamar.

Aquello tenía sentido.

-Zelda me ha estado hablando de ti -me confesó Urbosa-. Parece que no os entendéis demasiado bien. Pero te voy a dar un consejo, Link; intenta entenderla. -Fruncí el ceño, sin comprender-. ¿Nunca te has preguntado por qué te trata con frialdad, o por qué tu presencia le desagrada tanto?

Asentí despacio.

-En realidad, el problema no eres tú. Todo se remonta a esa espada que portas. El mero hecho de verla hace que sienta que ya ha fracasado. Que ya ha fallado a Hyrule y a la Familia Real.

Me quedé de piedra al escuchar aquello. Ahora comprendía muchas cosas.

-Todos sus intentos por despertar su poder han sido en vano -prosiguió Urbosa-. Desde niña pasaba horas, incluso días, metida dentro de esas fuentes. Le daba igual el frío o ponerse enferma. Empezó a investigar la tecnología sheikah para sentirse útil, para demostrarle a su padre que es una digna heredera al trono. Eso también fue en vano -murmuró.

Observé a la princesa Zelda con un renovado respeto. Desde aquel día, estaba dispuesto a cambiar las cosas.

¿Han visto ese trailer? Yo no puedo con el hypeeeeeeeee

P.D: Prepárense para EL MOMENTO.

Chapter 21

Capítulo 20

Punto de vista de Zelda

Al atardecer, salí de la Ciudadela Gerudo a hurtadillas. Había visto a Link por allí, así que extremé las precauciones. Quería ir a investigar un santuario que no se encontraba muy lejos del Bazar Sekken, y lo último que deseaba era tener su molesta presencia a mi lado.

Aunque molesta ya no era la palabra para definirlo. Últimamente, siempre que le tenía cerca, lo único que sentía era una mezcla de arrepentimiento y culpabilidad. ¿Y si mi antipatía hacia él estaba injustificada? ¿Y si había conseguido hacerle verdadero daño con mis palabras hirientes? ¿Y si me

había equivocado al juzgarle? Aquellas preguntas se repetían en mi cabeza desde hacía días y, sin embargo, era incapaz de contestarlas.

Me había alejado lo suficiente de la Ciudadela como para que las murallas desaparecieran de mi campo de visión. No tenía miedo de perderme en el desierto; había estado allí en numerosas ocasiones. Entonces... ¿por qué tenía la desagradable sensación de que algo iba a ir mal?

-Hola, princesa -dijo una voz a mi espalda.

Me di la vuelta y vi a una mujer hyliana. Quizá sería comerciante, o una simple viajera.

-Hola -fue mi respuesta. Le sonreí y luego me dispuse a seguir mi camino. Pero ella me interrumpió.

-¿A dónde vais, alteza? -Se me adelantó antes de que pudiera contestar-. ¿Estáis sola?

-Voy a... -Me detuve al divisar a otra mujer que había aparecido de la nada y se había situado a mi izquierda-. Voy a investigar un santuario -acabé, intentando sonar lo más tranquila posible.

-¿Estáis sola? -preguntó una tercera voz. En esa ocasión, sí me sobresalté. Ni siquiera la había visto venir.

Asentí despacio y, un instante después, comprendí que acababa de cometer un grave error.

En el rostro de la primera mujer se había dibujado una sonrisa que me produjo escalofríos.

-Es peligroso ir sola, *princesa.* -Casi pareció escupir la palabra.

Sin que me diera tiempo para hacer o decir nada más, las viajeras ya no eran *viajeras* . No.

Eran miembros del clan Yiga.

Aquella gente solo buscaba hacerle daño a *mi* familia. A la Familia Real. En otra época, habían pertenecido a la tribu sheikah. Pero no tardaron en rebelarse en contra de la Corona y en unirse al enemigo.

Me reprendí a mí misma por haber sido tan ingenua. ¿Cómo iba a salir viva de allí? La única solución que vi posible fue correr.

Y eso hice; corrí tan rápido como me permitían mis piernas. Aunque sabía que, tarde o temprano, lograrían alcanzarme.

Sentía que estaban cada vez más cerca. "Cuando llegue el momento, no suplicaré piedad", me dije. Si las Diosas habían designado que mi destino fuera aquel, yo no era nadie para desobedecerlas.

La brisa cálida golpeaba mi rostro. Traté de contener las lágrimas que amenzaban con aflorar de un momento a otro. Trastabillé y caí sobre la arena. Quise levantarme y continuar con mi huida desesperada, pero la poca esperanza que me quedaba desapareció al darme cuenta de que habían conseguido rodearme. No había escapatoria.

Tendría una muerte deshonrosa para ser una princesa. ¿Qué pensarían mi padre y Urbosa después de enterarse de lo ocurrido? Seguramente se sentirían culpables. Pero la única culpable era yo. El error había sido mío.

¿Qué pasaría con las investigaciones de las reliquias ancestrales? ¿Qué diría el pueblo llano acerca de mí?

Y Link...

Su reputación caería en picado cuando todo el mundo supiera que él, la persona en la que habían despositado su fe, había fallado en la misión que le había sido encomendada: mantenerme segura. Eso era lo único que él había querido desde el principio; cumplir con su trabajo. Estar a la altura.

Sin embargo, yo se lo había puesto más y más difícil.

Ojalá algún día fuera capaz de perdonarme por lo que le había hecho...

Uno de los tres miembros del clan Yiga que me perseguían alzó su afilada arma. Cerré los ojos y me preparé para recibir el golpe final...

Un golpe que nunca llegó.

Escuché el sonido que producía el acero al chocar con acero. No me atreví a alzar la vista; supuse que había sido producto de mi imaginación. Hasta que comprendí que era real.

Volví a abrir los ojos, confusa. Y lo que vi hizo que mi confusión se acrecentara.

Le había gritado, le había despreciado y le había tratado de la peor manera posible. Y, aun así, *él* continuaba a mi lado, cuidando de mí. Protegiéndome.

Él ... Link.

A pesar de todo, me había salvado la vida, arriesgando la suya propia.

-Fuera -siseó. El filo de la Espada Maestra tenía un brillo amenazante que no había visto antes. Pero más amenazante todavía era su mirada cargada de ira.

Los miembros del clan Yiga retrocedieron, asustados, y no tardaron en salir huyendo. Una vez se perdieron en el horizonte, Link envainó su espada y se volvió.

Se arrodilló frente a mí, sobre la arena.

-¿Estáis bien? -me preguntó en voz baja, clavando sus ojos en los míos.

Era incapaz de sostener su mirada. ¿Cómo podía haberle juzgado sin siquiera conocerle? No había sido justo para él. Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas, incontrolables.

-¿Estáis herida? -preguntó de nuevo.

Las palabras no me salían. Era extraño, porque habían miles de cosas que me habría gustado decirle. Simplemente me limité a negar con la cabeza, entre sollozos.

***

Ninguno de los dos dijimos nada durante el viaje de vuelta al castillo. Habíamos decidido marcharnos cuanto antes para prevenir cualquier otro tipo de ataque.

Link estaba enfadado. Sabía que se esforzaba por ocultarlo, pero yo había acabado dándome cuenta de todas maneras. Era normal que lo estuviera. No se lo reprochaba.

¿Qué diría mi padre? Estaba segura de que se había enterado, aunque una parte de mí todavía albergaba la débil esperanza de que la "noticia" no se hubiera expandido hasta alcanzar sus oídos.

Sin embargo, aquella esperanza se hizo pedazos cuando uno de los sirvientes del rey apareció en los establos.

-Princesa -dijo, haciendo una reverencia-. Vuestro padre desea veros.

Asentí y fui a seguirle, queriendo acabar con aquella situación de una vez.

-A vos también, señor -añadió, observando a Link, que estaba ocupándose de su caballo.

Mi corazón se detuvo por un instante. Mi padre no iría a tomar represalias contra Link, ¿verdad?

Él alzó la vista y asintió, igual que yo. Si estaba sintiendo algo, lo escondía muy bien.

El sirviente nos guió por los pasillos y jardines del castillo, hasta llegar a las habitaciones en las que nos esperaba mi padre. Se inclinó de nuevo y se retiró, dejándome a solas con Link.

Inspiré hondo y golpeé la puerta con timidez. Pude oír la voz profunda del rey, que nos permitía el paso.

Mi padre estaba sentado en su mesa, escribiendo algo en unos papeles. Le había visto hacer aquello en numerosas ocasiones.

-Sentaos -dijo. Aunque más bien sonó como una orden.

Ambos obedecimos en silencio. Él se tomó su tiempo en empezar a hablar; primero terminó lo que estaba escribiendo y estampó en el papel el sello con el emblema de la Familia Real. Solo entonces alzó la mirada y nos observó a Link y a mí con un gesto que podría intimidar a cualquiera.

-¿Qué ocurrió para que mi hija sufriera un ataque mientras estaba bajo la protección de su escolta? -soltó de pronto.

-Por favor, padre, él no tuvo la culpa, fui yo quien...

-Deja que hable -me interrumpió el rey.

Su tono me hizo enmudecer.

Pobre Link. Tendría que soportar los reproches de mi padre gracias a mí. Una vez más, tuve que luchar para contener las lágrimas.

-Yo... -Le temblaba la voz-. En la Ciudadela Gerudo no dejan entrar a los hombres.

-Eso ya lo sé -replicó mi padre.

-La matriarca Urbosa me dijo que... que pasara la noche en el Bazar Sekken.

-¿Y por qué no te quedaste al día siguiente junto a las murallas?

-Lo hice, majestad. Pero la princesa... Ella se... se...

Me di cuenta de que no quería contarle al rey lo mal que me había comportado con él.

-Me escapé, padre -acabé-. Salí sola al desierto a propósito.

El rey frunció el ceño. Supe que se avecinaba lo peor.

Le ordenó a Link que me esperara fuera para escoltarme a mis aposentos. Él se inclinó en señal de respeto y se marchó.

-¿Sabes lo que podría haber pasado si ese muchacho hubiera llegado tarde? -me preguntó tras un largo y doloroso silencio.

Asentí.

-Podrías haber muerto, Zelda -continuó él-. Diosas, ¿en qué estabas pensando?

-No lo sé -susurré-. He sido una idiota.

Para mi sorpresa, su mirada pareció suavizarse.

-Olvidémonos de esto -dijo con un suspiro-. Ya es tarde; vuelve a tus aposentos. Pero no quiero que algo así vuelva a repetirse, ¿entendido?

-Sí, padre. -Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta.

-Y una cosa más -añadió-. Dile a Link que mañana puede tomarse el día libre.

-Está bien -murmuré.

En el exterior, el cielo estaba ya tiñéndose de color púrpura.

-Vamos -le dije a Link en voz baja. Aquel sería un buen comienzo.

Él me siguió sin decir una palabra. Me detuve en medio del puente de piedra que conectaba el pequeño laboratorio con mis habitaciones.

-Mi padre dice que mañana puedes tomarte el día libre -le comuniqué-. Aunque... -Cogí aire-. Sé que no tengo ningún derecho para pedirte esto, pero me gustaría... Me gustaría que me acompañases a un

sitio. Mañana. No te quitaré mucho tiempo; podrás pasar le resto del día haciendo lo que quieras, yo...

Sus ojos se habían convertido en hielo. No los recordaba tan fríos.

-Buenas noches, princesa -dijo, interrumpiéndome.

Su voz era igual de gélida que su mirada.

Lo único que pude hacer fue contemplar como se alejaba. Supuse que me lo merecía.

¿Era ya demasiado tarde para volver atrás?

He publicado un pequeño Oneshot basado en OoT, "Un poco más de tiempo." Si os interesa, podéis pasaros por mi perfil y leerlo :)

Chapter 22

Capítulo 21

Punto de vista de Link

Cuando la princesa abrió la puerta de sus aposentos, pareció sorprendida al verme.

-Has... has venido -susurró.

Claro que había venido. Al principio había pensado no hacerlo; el rey me había dado un día libre. No tenía por qué malgastarlo con alguien que me odiaba y me despreciaba.

Pero, finalmente, me había arrepentido. No quería hacerle daño, pese a todo el que ella me había causado a mí.

Me mantuve en silencio, con la vista clavada en el suelo.

Ella cerró la puerta de sus habitaciones y dio un paso al frente.

-¿Me acompañas?

Asentí con la cabeza, y tuve la sensación de que su rostro se iluminaba. Aunque quizá me lo había imaginado.

Nos dirigimos hacia los establos y fuimos en busca de los caballos. Al dejar atrás las murallas de la Ciudadela, la princesa me indicó que la siguiera. Se estaba adentrando en una pequeña arboleda.

La princesa detuvo a su caballo y desmontó. Yo tiré de las riendas de Sombra y eché a andar ttas ella, atento ante cualquier peligro que pudiera estar acechando entre los arbustos.

-No tienes que ir detrás de mí -dijo, dándose la vuelta-. Además, es tu día libre, ¿verdad? Eso significa que hoy no eres mi escolta.

¿Estaba intentando bromear? ¿Conmigo? ¿Ella?

-Ven -insistió.

Obedecí y, despacio, me situé a su lado.

Continuamos andando sin rumbo aparente. Me agaché para esquivar la manzana roja y brillante que colgaba de una rama baja.

Y, de pronto, ella se paró en medio de la ruta que discurría entre los árboles.

Tomó aire y luego lo soltó.

-Quería pedirte disculpas por cómo te he estado tratando durante todo este tiempo. Te juzgué mal sin siquiera conocerte. Y eso no fue justo para ti. -Suspiró-. Sé que estás enfadado; no tienes por qué ocultarlo. Por ello, te doy permiso para que me digas todo lo que quieras, no importa que yo sea la princesa.

"No seas duro con ella", me dije.

-Sois la princesa del reino, ¿creéis que no hay nadie ahí fuera que quiera haceros daño? Algunos darían lo que fuera por veros..., por veros muerta. Y por eso

estoy aquí -añadí en voz baja-. Para protegeros de esa clase de escoria.

-Lo sé -murmuró-. También sé que salir sola al desierto fue un error.

-Lo fue.

-Me he estado comportando como una completa idiota contigo -reconoció-. Pero aun así siempre estuviste a mi lado y..., y me salvaste la vida. Te estaré infinitamente agradecida por eso.

No dije nada. Porque, de todas formas, no sabía qué deicr.

Al ver que yo optaba por permanecer en silencio, la princesa decidió continuar.

-Perdóname por haberte tratado de la manera en la que lo hice. También te ruego que me perdones por haberos menospreciado a ti y a tu trabajo. No te merecías nada de eso.

Recordé lo mal que me lo había hecho pasar en ciertas ocasiones. Quizá, si yo hubiera sido cualquier otra persona, podría haberme negado a aceptar sus

disculpas. Pero, si todo el mundo merecía una segunda oportunidad, ¿por qué ella no?

"Diosas, qué blando eres", susurró una vocecita molesta en mi cabeza.

-Bueno -empecé, inseguro-, tenéis bastante... presión. Supongo que necesitábais descargarla con alguien.

La princesa Zelda alzó la mirada, con una mezcla de esperanza y sorpresa.

-¿Me... perdonas? -preguntó, como si no pudiera creerlo.

-Claro que sí, alteza.

Me... me sonrió. Me sonrió por primera vez. A mí. No fue una sonrisa forzada, igual que las que solía usar cuando estábamos en público o cuando el rey se encontraba presente. No, aquella era... era de verdad.

-Me gustaría poder empezar contigo de nuevo. Ya sabes, olvidar todo lo que ha ocurrido entre nosotros hasta este momento. Sé que será difícil, pero...

-Se puede intentar, alteza -acabé por ella.

-Se puede intentar -asintió la princesa-. Oh, y llámame solo por mi nombre. Nada de títulos y esas cosas.

Por un breve instante, no supe qué hacer. Seguía siendo la princesa, al fin y al cabo. Sin embargo, ella misma me lo había pedido. Y ¿quién era yo para desobedecer a la futura reina?

-Vale... -Hice una pequeña pausa, temeroso de decir algo mal-, Zelda.

Me di cuenta de que sus mejillas habían comenzado a enrojecer.

-Gracias, Link.

Continuamos andando entre los manzanos. Ninguno de los dos decíamos nada, pero no importaba. Era agradable.

Ella se acercó a su caballo y empezó a rebuscar en las alforjas, hasta que encontró su piedra sheikah.

-Este de aquí es Nieve. -Señaló a su montura mientras regresaba a mi lado-. ¿El tuyo tiene nombre?

-Sombra.

-Sombra -repitió-. Me gusta.

Sonrió una vez más antes de examinar la piedra sheikah.

Y, de repente, empezó a hablar sin para de aquella tecnología que yo era incapaz de comprender. No obstante, la escuché con atención. El brillo que había visto en sus ojos mientras estábamos junto a Vah Rudania, en la región de Eldin, volvió a aparecer.

Participé poco en la "conversación." Tan solo asentía de cuando en cuando. A mediodía, nos sentamos bajo un árbol alto y robusto. Me apoyé contra el tronco, y ella jugueteó con las florecillas que habían crecido entre la hierba.

-Lo siento -dijo, dejando escapar una risita nerviosa-. A veces hablo demasiado. Supongo que te estarás aburriendo.

-No me estoy aburriendo.

-¿Ah, no?

-No.

No se me daba bien romper los silencios incómodos, así que fue Zelda quien lo hizo.

-Cuéntame algo sobre ti.

Fruncí el ceño. ¿Contarle algo sobre mí? ¿El qué? No había nada que contar.

Ella se dio cuenta de mi incomprensión.

-Creo que todos tenemos una historia que contar, ¿sabes? Siempre hay algo que nos hace únicos y diferentes.

-Yo no tengo nada único y diferente.

-No me lo creo -replicó-. ¿El elegido por la Espada Destructora del Mal no es único y diferente? Vamos, Link. Solo nace uno como tú cada mil años. Debe haber al menos una cosa.

Mi respuesta fue encogerme de hombros.

Zelda bajó la vista, pensativa.

-Tu padre fue capitán de la Guardia Real, ¿verdad?

Asentí.

-He oído hablar de él. Fue un buen caballero.

"Pero no un buen padre."

-Lo fue, y lo sigue siendo. Caballero se es para toda la vida -murmuré, recordando mis votos.

-Cierto -contestó-. ¿No tienes hermanos?

-Tengo una hermana pequeña. Arwyn.

-¡Oh! -exclamó, soprendida-. Me gustaría conocerla algún día.

-Algún día... -Suspiré.

Zelda se mantuvo en silencio durante un rato. Hasta que, sin previo aviso, me lanzó una pregunta que me cogió desprevenido.

-¿Qué hay de tu madre?

-Mi madre está muerta.

Habían pasado los años, pero aún dolía. Dolía mucho.

-Por Hylia -susurró . Escondió el rostro entre sus manos-. Perdóname, Link. Yo solo quería que..., que nos conociésemos mejor. Siempre lo estropeo todo.

Me acerqué más a ella, arrodillándome sonre la hierba.

-Diosas, Zelda -mascullé, esperando que el haberla llamado por su nombre la hiciera sentir mejor-. He perdido la cuenta de las veces que te has disculpado hoy.

-Pérdoname, Link -repitió-. Yo... yo no quería...

-No es culpa tuya. Tú no lo sabías.

Ella alzó la vista por fin, e inspiró hondo.

-Lo mejor será que hablemos de otra cosa, ¿no crees?

El silencio se cernió de nuevo sobre nosotros. Me limité a aguardar a que Zelda dijese algo; mis habilidades para iniciar una conversación eran pésimas, y esperaba que ella ya se hubiese dado cuenta.

-¿Qué se siente al portar esa espada? -preguntó transcurridos unos instantes-. ¿Qué se siente al ser la única esperanza de todo un reino?

Sus palabras resonaron como un eco en mi cabeza. Por un momento, contemplé la posibilidad de contarle la verdad, de confesarle lo mucho que pesaba a veces la Espada Maestra. Pero acabé

desechando la idea. Aquella inseguridad llevaba demasiados años enterrada bajo capas y capas de tierra, impidiendo así que pudiera salir a la luz sin mi permiso.

Y, aunque quisiera, no era tan fácil concederle ese permiso.

-Muchas cosas -fue mi respuesta.

Sí, Zelda estaba en lo cierto; todos teníamos una historia que contar. El problema era que yo todavía no estaba preparado para dejar libre la mía.

Chapter 23

Capítulo 22

Punto de vista de Link

Había sido una completa idiotez; eso estaba claro. Pero no me quedó otra opción. Era matarlos a ellos, o que ellos me mataran a mí y, en consecuencia, también a Zelda. Y no podía permitir que eso ocurriera.

-No deberías haber cargado contra todos esos monstruos, Link -me reprendió Zelda mientras entrábamos en su laboratorio-. Fue una enorme temeridad.

Miré a mi alrededor, incapaz de ocultar mi curiosidad. En su laboratorio, Zelda tenía estanterías

repletas de libros; algunos eran tan antiguos que ni siquiera podía leerse el título. Las paredes estaban cubiertas de notas y dibujos.

-No es lo más temerario que he hecho -respondí, encogiéndome de hombros.

Ella apartó unos papeles de la mesa antes de girarse para encararme.

-¿Ah, sí? ¿Cuál es la mayor temeridad que el gran héroe Link ha cometido, si puede saberse?

-Sacar la Espada Maestra -se me escapó.

No había querido decir aquello.

Desvié la mirada y la clavé en el suelo. ¿Qué pensaría ahora de mí?

Zelda guardó silencio durante unos instantes. Luego, para mi sorpresa, dejó escapar una pequeña risita.

-Supongo que eso tiene sentido. -Sonrió-. Siéntate ahí. Vamos a ver esa herida.

Obedecí y tomé asiento en el lugar que ella me indicaba. Quedamos el uno frente al otro. Me remangué las mangas de la túnica hasta el codo

después de deshacerme de los guanteletes. Zelda colocó una de sus manos sobre mi brazo. Sus dedos eran suaves y... y cálidos.

-No es muy profunda -murmuró al tiempo que examinaba los cortes-. Pero aun así, lo que hiciste no estuvo bien.

-Ya lo sé, capitán.

-¡Hablo en serio, Link! -exclamó, a pesar de que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no sonreír-. Ni se te ocurra volver a hacer algo así. No vuelvas a asustarme de ese modo. Prométemelo.

-Pero si no pasó nada...

-¡Prométemelo!

-Diosas, está bien. Te lo prometo.

Ella asintió, satisfecha.

-Te lavaré eso y luego lo vendaré -anunció, señalando los cortes de mi brazo.

-Puedo hacerlo yo.

-¿Y?

Suspiré y acepté mi derrota.

Zelda se puso en pie y comenzó a rebuscar en sus estanterías y armarios, hasta dar con un frasquito que contenía un líquido de color transparente en su interior.

-Es agua de las fuentes sagradas -me explicó mientras se sentaba de nuevo-. Hemos descubierto que también poseen propiedades curativas.

-Oh.

-Te dolerá un poco.

-Da igual.

Ella alzó una ceja tras escuchar mis palabras. Y, sin darme tiempo a hacer o decir algo más, vertió el contenido del frasco sobre mi herida. Estuve a punto de sisear de dolor pero, como las Diosas Doradas me sonreían aquel día, logré contenerme.

-¿Te ha dolido o no? -preguntó Zelda cuando por fin terminó.

-Puede -me limité a responder.

Soltó una carcajada.

-Olvidaba que al valeroso elegido hyliano no le duele nada.

-Exacto.

Oír su risa hacía que me sintiera... bien. Que no me sintiera vacío.

Zelda comenzó a vendarme el brazo. Lo hacía despacio, con cuidado de no hacerme daño.

-Debo admitir que, aunque fuera una temeridad, lo que hiciste fue impresionante.

-¿Qué fue impresionante?

-Tú, Link -contestó de sopetón. Cuando cayó en la cuenta de lo que acababa de decir, sus mejillas se tornaron rojas-. Me refiero a... a tus movimientos -se apresuró a añadir-. Nunca había visto a nadie manejar la espada de esa manera. Supongo que los rumores que corren por ahí son ciertos.

"Oh, no. Los ha escuchado."

-¿Rumores?

-Yo no presto demasiada atención a ese tipo de cosas, pero mis doncellas suelen hablar mucho de ti. Dicen que a los cuatro años vencías a caballeros veteranos.

-No era para tanto -repliqué-. Ellos se dejaban ganar.

-Sabes tan bien como yo que eso no es verdad. A esos caballeros lo que más les importa es el orgullo y el honor, así que ¿cómo se van a dejar vencer por un crío de cuatro años?

De repente, no podía sostener su mirada. De modo que dirigí mis ojos hacia mi herida, hacia mi herida abierta. Una de muchas.

-Aprendí a blandir una espada antes que a andar. Mi padre solía estar ausente, incluso cuando mi madre vivía. Pero a veces me permitía acompañarle en alguno de sus viajes. Y ahí era donde... donde *derrotaba* a esos caballeros. Luego mi hermana nació y mi madre... -"No. Eso no"-. Tiempo después, mi padre volvió al castillo y... -Interrumpí lo que estaba diciendo. "No. Eso tampoco."

Zelda había permanecido callada, observándome fijamente. Había dejado a medias su tarea de

aplicarme las vendas, aunque no apartaba sus manos de mi brazo. Me animó a continuar.

-¿Y... ?

-Y... -La sensación que provocaban sus dedos sobre mi piel era... reconfortante-, me dejó solo. En Hatelia. Con mi hermana.

Ella continuó contemplándome. Juzgándome.

-Link... -susurró por fin-, yo...

-Da igual. Olvídalo.

-No. -Frunció el ceño-. Ahora somos amigos ¿Qué clase de amiga sería si lo que me acabas de contar no me importara en absoluto?

No respondí.

-Link -repitió, bajando la voz de nuevo-. No me he portado muy bien contigo, pero aun así quiero que sepas que..., que conmigo no tienes por qué construir murallas a tu alrededor. Las murallas sirven para protegerte de ataques que provengan del exterior. Pero yo no tengo pensado atacarte. Ni juzgarte -añadió, como si pudiera adivinar lo que pensaba.

Nunca me habían dicho algo así. "Le importo", pensé. "Le importo a alguien en este maldito castillo."

Mi mirada encontró la suya otra vez. Y sonreí.

***

Los días pasaban con una rapidez inesperada. El hecho de estar con Zelda ya no era una simple obligación; se había convertido en algo que realmente me gustaba hacer, en una vía de escape para ambos. El rey había decidido retrasar el viaje hacia la región de los zora, de modo que pasábamos la mayor parte del tiempo encerrados en el castillo. Aunque, en ocasiones, Zelda deseaba salir afuera. Solíamos pasear entre los campos verdes de la Llanura de Hyrule, para luego adentrarnos en cualquier bosquecillo que se cruzara en nuestro camino. Seguíamos el curso del río Hylia y hundíamos los pies en sus aguas cristalinas. Íbamos a lugares secretos, a lugares a los que nadie osaba acercarse. Y hablábamos. Quizá manteníamos una conversación sobre la tontería más tonta, pero no lo cambiaría por nada del mundo. Porque me había dado cuenta de que no estaba solo, de que mis

hombros no tenían que ser los únicos que soportaran la carga de un reino entero. Zelda y yo habíamos aprendido a compartir ese peso. Y los dos nos sentíamos mucho mejor así.

Aquella mañana estuvimos andando sin rumbo por los alrededores del laboratorio sheikah. Por la tarde, Zelda iría a investigar un santuario que habían descubierto, acompañada por Prunia y Rotver. Y, claro estaba, yo les acompañaría en calidad de escolta.

-¿Cómo han logrado entrar al santuario? -iba murmurando Zelda mientras caminábamos. Observaba la piedra sheikah con atención, como si las respuestas que buscaba se encontraran en el interior de aquel artefacto-. Lo he intentado miles y miles de veces, pero esas malditas puertas nunca se han abierto. -Suspiró-. ¿Tú lo entiendes, Link?

-Yo no entiendo nada.

-Me lo imaginaba -se rio ella-. Prunia dice que han encontrado algo extraño en ese santuario, algo que no hay en ningún otro, hasta donde nosotros sabemos. Y, además, está en un lugar en el que nunca

pensamos que nuestros antepasados podrían haber construido un santuario.

-¿Dónde?

-Está en... -Se detuvo de repente, clavando la vista en el suelo-. ¡Oh! ¡Mira eso!

Se arrodilló sobre la hierba. Yo no tardé en hacer lo mismo. Me situé a su espalda, por lo que la brisa no cesaba de traerme el aroma de su pelo.

Zelda se había fijado en las florecillas que yacían agazapadas entre la hierba. Escuché el familiar sonido que producía la piedra sheikah cuando se usaba su función de recrear imágenes.

-La gente utiliza las flores de diversas maneras -me explicó Zelda. En la superficie de la piedra sheikah apareció la copia exacta de una de aquellas flores-. Algunos fabrican tintes con ellas. Creo haber leído que en la aldea Hatelia hay un lugar donde puedes teñir tus ropas o algo parecido. Seguramente lo habrás visto.

"Ah, sí." *El soplo del color* era el mayor orgullo de nuestra pequeña aldea. Normalmente, muy pocos

vecinos iban por allí. Aquella tienda estaba reservada para viajeros curiosos que, por alguna razón, desearan ver sus ropas de otro color. Al fin y al cabo, Hatelia era el único sitio en el que se ofrecían esos servicios.

La tristeza me invadió con rapidez, acompañada de una leve punzada de culpabilidad. Llevaba tanto tiempo sin ver a mi padre y a Arwyn... Demasiado tiempo. Y, mientras Zelda hablaba y hablaba acerca de las flores, el recuerdo de mi hermana haciendo lo mismo abrasó mi memoria. "Iré a visitarles pronto", decidí. "En cuanto pueda." No sabía cuándo sería eso exactamente.

Zelda enmudeció de repente. Estaba a punto de preguntarle si ocurría algo cuando me di cuenta de qué era lo que le había llamado la atención.

-Este ejemplar se llama Princesa de la Calma. -Su tono de voz se había vuelto más sombrío. Acarició los pétalos de la flor con una suavidad extrema, como si temiera que pudieran convertirse en polvo-. Es una especie amenazada. Hemos hecho todo lo posible por cultivarla de manera artificial, pero nuestros

esfuerzos han sido en vano. La flor solo crece en el exterior, rodeada de naturaleza. Quizá la princesa esté condenada a desaparecer -concluyó en un susurro.

Entendí a dónde quería llegar. No tocábamos demasiado aquel tema, sobre todo porque sabía que le dolía. Le dolía más de lo que aparentaba.

"Di algo", pensé. No obstante, Zelda se me adelantó. Dejó escapar una exclamación ahogada y, cuando se giró para mirarme, advertí que mantenía algo encerrado entre sus manos. Aquel brillo que solo acudía a sus ojos en contadas ocasiones, mientras hacía lo que de verdad le gustaba, había vuelto.

-En el castillo estoy haciendo varios estudios acerca de la eficacia de esta criatura. Una de las pruebas reveló que puede potenciar ciertas habilidades. Observa. -Abrió las manos y me mostró una... una rana. "¿Te has vuelto loca?", le pregunté en silencio. Ella soltó una risita-. Ahora mismo estoy investigando sus efectos en algunos sujetos. Y, ya sabes, tú estás en muy buena forma. Serías el candidato ideal.

"No."

-¿A qué esperas? -exclamó-. Vamos, Link. No sabe tan mal.

Me estampó la rana contra el rostro con una fuerza tal que no pude mantener el equilibro. Caí hacia atrás, y Zelda... Diosas, ella cayó sobre mí.

Estábamos tan, tan cerca... La punta de mi nariz se rozaba con la de la suya, y su pelo me hacía cosquillas. Por alguna razón, no podía dejar de contemplar sus ojos, sus preciosos y brillantes ojos verdes, que tampoco se apartaban de los míos.

-No pienso hacerlo -susurré después de un largo silencio que solo fue perturbado por los latidos desbocados de mi propio corazón.

Ella pestañeó, desconcertada.

-¿El qué?

-Comerme una rana.

Zelda rio y rodó hacia un lado para estar junto a mí, y no encima de mí.

Me descubrí considerando que mi comportamiento no estaba siendo el adecuado, que quizá había olvidado que ella seguía siendo la heredera al trono, y yo, su simple escolta. Desde siempre, a los caballeros nos enseñaban que no debíamos mezclarnos con la nobleza a menos que fuera necesario. A fin de cuentas, su posición era mucho más elevada que la nuestra. Estaba prohibido mirarles fijamente, y solo podíamos hablarles si ellos nos dirigían la palabra antes. Con Zelda, las cosas eran diferentes. Ya no la veía como la princesa a la que había jurado proteger. Aquellos días en los que lo único que me ataba a ella eran unos votos habían quedado muy, muy atrás.

Ahora, ella era mi... mi amiga. Mi primera amiga de verdad.

Observé el cielo despejado, azul como el mar de Necluda. Ambis permanecimos así, tendidos sobre la hierba y sin decir nada durante un incómodo rato que se me hizo eterno.

-Siento lo de antes -musitó Zelda, rompiendo el silencio. Sus mejillas habían adoptado un color rojizo.

-Da igual -repliqué-. Fue culpa mía.

-¿Qué tonterías dices? La culpa fue mía.

-No.

-Sí.

-No.

-Por Hylia -resopló-. Es imposible descutir contigo.

Se me escapó una pequeña carcajada.

-Lo mismo digo, alteza.

Ella me dio un golpecito en el hombro con su puño. Luego volvimos a enmudecer. Jugueteé con la hierba y, para entretenerme, escuché el canto de los pájaros.

-Link... -empezó Zelda con cautela-, ¿puedo hacerte una pregunta?

Asentí, animándola a continuar. Ella inspiró hondo.

-Yo... Me he portado muy mal contgo, y...

-Para -la interrumpí. No estaba dispuesto a oír como se culpaba otra vez-. Sabes tan bien como yo que eso ya no importa, Zelda.

-Lo sé -asintió-, pero, aun así... -Se mordió el labio inferior, pensativa-. Una de las razones por las que no te soportaba en el pasado era tu silencio constante, ¿sabes? Nunca decías nada. No sabía qué estabas pensando, y, Diosas, eso me sacaba de quicio.

Esbocé una diminuta sonrisa. En el fondo, Zelda estaba en lo cierto; cualquiera perdería los estribos al estar días enteros con alguien que no decía una palabra.

-Siempre he tenido curiosidad por saber por qué eres tan... callado -concluyó.

Devolví la vista hacia el cielo sin nubes. Una suave y fugaz brisa nos envolvió, haciendo que me estremeciera ligeramente. Cerré los ojos por un breve instante y, al abrirlos, había tomado una decisión.

-Todo el mundo espera que sea un... un héroe, y que, llegado el momento, les proteja de cualquier

amenaza. Pero a veces pienso; ¿y si no soy capaz? ¿Y si no soy realmente digno de portar la Espada Maestra? ¿Y si... ? -"¿Y si tú mueres por mi culpa?", había estado a punto de decir. Las lágrimas acudieron a mis ojos, traicioneras e implacables-. No creo estar a la altura de ser el maldito héroe del reino -susurré-. Y supongo que por eso decidí guardar mis pensamientos para mí mismo. Es... es mejor así.

No me atrevía a mirarla. "Seguro que cree que soy patético."

Pero, justo cuando empezaba a arrepentirme de haber soltaod todo aquello, sentí sus dedos acariciando los míos. Dejé que nuestras manos se entrelazaran, despacio y con cuidado.

-Eres el mejor caballero que he visto en mi vida, Link. -Mis mejillas comenzaron a arder más que el cráter de la Montaña de la Muerte-. Nadie es perfecto -prosiguió Zelda-. Todos tenemos miedos e inseguridades que nadie más puede ver. Está bien ser fuerte, pero no hay por qué ser fuerte siempre. A veces es mejor..., ya sabes; desahogarte y buscar le apoyo de... de alguien que te entienda. -Me sonrió con

calidez-. Recuerda que la Espada Destructora del Mal te eligió por algo, que las Diosas te eligieron por algo. Saben que no vas a fallar. Y yo también lo sé.

Le devolví la sonrisa.

-Gracias.

Zelda le dio un ligero apretón a mi mano y luego alzó la vista para contemplar el cielo.

-¿Lo ves? -suspiró-. Te dije que todos tenemos una historia que contar.

Nota: No sabéis la de veces que he tenido que reescribir este capítulo. Lo intentaba una, y otra, y otra vez, pero nunca me acababa de gustar. Pero bueno, esta será la versión definitiva.

Creo.

Aparte de eso, quería daros las gracias por el cariño que esta historia está recibiendo. No tenía ni idea de cuánto le levanta a un escritor la moral que los lectores le dejen buenos comentarios.

Sois los mejores :')

Chapter 24

Capítulo 23

Punto de vista de Zelda

El interior del santuario se extendía ante nosotros, oscuro como la boca de un lobo. El aire era tan denso que costaba respirar. El aroma que impregnaba el ambiente se parecía al que desprendían las cálidas aguas termales de la región de Eldin.

-Tened cuidado, alteza -me advirtió Rotver que, junto con Prunia, iba al frente.

Los sheikah echaron a andar, iluminando su camino con la titilante luz de una antorcha. Me giré para dirigirle una rápida mirada a Link. Él tan solo se encogió de hombros y me animó a seguir.

Cuanto más me adentraba en aquel santuario, más me costaba contener un escalofrío. Tenía la desagradable sensación de que algo no iba bien allí... O, mejor dicho, de que algo no iría bien en el futuro.

"No seas cobarde", pensé mientras esquivaba una piedra caída. "Aquí no hay nada malo. El problema es que está muy oscuro."

Me aferré a aquella esperanza.

Por un momento estuve segura de que el pasillo por el que avanzábamos no tenía fin, de modo que nos pasaríamos el resto de la eternidad vagando en las tinieblas. "No seas cobarde", repetí para mis adentros. Tenía que dejar de comportarme como una niñita idiota.

Continuamos andando durante lo que en mi opinión fueron años, hasta que nos encontramos frente a un pedestal. Cogí la piedra sheikah, que llevaba colgada de la cintura, y la coloqué sobre el ojo tallado en la superficie. Esperé y esperé, tal y como había hecho en incontables ocasiones antes, pero nada ocurrió. Examiné el pedestal con detenimiento, buscando algo que pudiera ayudarnos.

-No funciona -murmuré-. ¿Cómo conseguisteis entrar al santuario? -le pregunté a Prunia y a Rotver.

-Los sheikah que lo descubrieron se lo encontraron ya abierto, princesa -respondió Prunia-. Venid por aquí.

Fui tras ella, incapaz de ocultar mi curiosidad, que poco a poco iba apartando mi aprensión incial. Prunia nos llevó a una estancia que se encontraba al final del largo pasillo. Al entrar, se me escapó una exclamación ahogada. Lo que vi me dejó de piedra.

Había símbolos sheikah por todas partes; reptaban por las paredes para luego unirse en el polvoriento y agrietado suelo, brillando con aquella luz azulada que aumentaba y disminuía. No obstante, lo que más llamaba mi atención no eran los símbolos..., sino el extraño lecho que estaba justo en el centro de la sala.

-¿Qué es eso? -logré decir.

-No lo sabemos con exactitud -contestó Rotver-, pero hemos descubierto que en el pasado le pusieron como nombre Cámara Regeneradora, y también que posee poderes curativos.

-¿Poderes curativos?

-Así es, alteza. Esto se construyó hace diez mil años, aunque desconocemos el motivo. Pese a ser un proceso bastante lento, permite curar todo tipo de heridas, paralizando el tiempo dentro del santuario mientras el tratamiento se lleva a cabo.

Me acerqué a la Cámara Regeneradora y pasé con cuidado las yemas de los dedos por el frío material del que estaba hecha.

-Nunca pensé que habrían llegado a necesitar algo así en el pasado -susurré.

-Es posible que esto tenga efectos secundarios -intervino Prunia de pronto.

No pude contener un estremecimiento.

El ceño de Rotver se frunció ligeramente.

-¿A qué te refieres? ¿Qué tipo de efectos secundarios?

-No lo sé -replicó ella-. Quizá la persona que haya sido depositada aquí nunca despierte. O quizá acabe muriendo. Hay muchos efectos secundarios. Siempre vas por ahí alardeando de que eres un gran

investigador, ¿no es así? Pues no me explico cómo no habías tenido en cuenta ese pequeño detalle. -Rotver había enrojecido de ira-. El sujeto podría volverse agresivo, perder la memoria o incluso sufrir una transformación. Imagina lo horrible que sería.

Me estremecí de nuevo. Era incapaz de seguir contemplando la Cámara Regeneradora, de modo que empecé a encontrar muy interesantes mis botas de cuero.

Rotver y Prunia se habían enzarzado en una discusión en la que no tenía ganas de participar. Me volví para intentar distraerme con Link. Sabía que no era el mejor conversador, pero bastaría.

-No me gusta este sitio -le susurré al oído.

-Ni a mí.

Aquello me sorprendió.

-¿Ah, sí? ¿Qué... ? -Él dirigió una mirada discreta a Prunia y a Rotver, dejándome claro que no pensaba hablar de cosas profundas en aquel momento-. Oh. ¿Sabes qué? Les diré que nos marchamos.

-No. Tú querías...

-Lo sé -suspiré-. Pero este lugar me da escalofríos. Así que nos vamos.

Interrumpí el pequeño enfrentamiento que mantenían los sheikah. Rotver parecía avergonzado, y Prunia aún tenía una mueca de decepción dibujada en su rostro.

-Siento que hayáis tenido que presenciar esto, alteza -mumuró Rotver, ganándose un resoplido de exasperación por parte de Prunia.

-Da igual -le resté importancia-. Me temo que Link y yo debemos irnos ya. Se está haciendo tarde, y mañana partiremos hacia la región de los zora. Confío en que me mantendréis informada de cada nuevo detalle.

-Así será, alteza.

-¡Esperad! -exclamó Prunia-. ¿Podría hablar con vos acerca del Santuario de la Vida, princesa? Solo serán unos minutos, no os robaré mucho tiempo.

El corazón me dio un vuelco. "Santuario de la Vida", repetí para mis adentros. Pese a todo, accedí a hablar con Prunia.

-Buscaremos a alguien con quien hacer pruebas, solo para comprobar la eficacia del proceso de curación y enterarnos de cuáles son los efectos secundarios -me informó en voz baja tras explicarme con más detenimiento cómo funcionaba el santuario.

-No creo que eso sea lo mejor, pero os deseo suerte con la búsuqueda. -"La necesitarán"-. Nos vemos pronto, Prunia.

-Lo mismo digo, princesa.

Me apresuré a abandonar aquel santuario, seguida de Link. Cuando por fin salimos al exterior, abandonando los largos pasillos, tomé una bocanada de aire limpio y fresco. Puro.

-Diosas -musité-. Ahí dentro casi no podía respirar.

-Era como si... Hay algo en ese lugar que... que...

-Que no está bien -acabé por él-. ¿Tú también lo notaste?

Su única respuesta fue asentir con la cabeza. Luego, ambos nos sumimos en un silencio en el que solo tenían permitido manifestarse nuestros propios pensamientos. Porque, en ocasiones, no hacían falta palabras.

Era extraño. Hacía unas pocas semanas nunca habría llegado a creer que entablaría amistad con Link, con la persona a la que tanto había herido y despreciado. Pero él había aceptado mis disculpas. Todavía me preguntaba por qué había decidido olvidar el pasado y empezar de nuevo conmigo. No merecía a alguien así a mi lado. No después de todo el daño que le había causado.

"Sabes tan bien como yo que eso ya no importa, Zelda", me había dicho él hacía unas horas, cuando la culpabilidad había vuelto a resonar con fuerza.

"Si él puede dejar el pasado atrás, yo también", intenté convencerme. "Sí. Yo también puedo hacer eso."

Aunque no sería nada fácil.

Le miré de reojo mientras recorríamos el camino empedrado que conducía a la salida de la Meseta de los Albores. Recordé por enésima vez las confesiones que me había hecho aquella mañana y unos cuantos días atrás. Le había juzgado de una manera terriblemente injusta. Al contrario de lo que había pensado, Link no había tenido una vida sencilla. Y seguía sin tenerla. Cada uno poseía sus propios problemas, y él no era la excepción. Nunca lo había sido.

"Es tan diferente a como yo creía... "

Pese a que a ambos nos había costado, había logrado que poco a poco él me mostrara quién era en realidad. Y había descubierto que se trataba de alguien en quien podía confiar; alguien que vivía atormentado por los mismos demonios que yo.

Eso significaba que podíamos compartir aquellos demonios.

-Si me vuelves a llevar a ese santuario, dimitiré como tu escolta -masculló de pronto. Era inusual que él se encargara de romper los silencios, de modo que supuse que estábamos haciendo progresos.

-No te atreverías.

-No, no me atrevería -admitió a regañadientes.

Solté una risita.

-De todas formas, no creo que vaya a visitar el Santuario de la Vida en el futuro cercano.

-Doy gracias a las Diosas Doradas.

***

Cuando por fin llegamos al castillo, estaba atardeciendo. Link me escoltó hasta mis aposentos y luego, a petición mía, se quedó un rato más, haciéndome compañía mientras cenaba. También ordené a mis doncellas que trajeran algo de comer para él.

Después de pasar horas hablando y hablando, ambos nos percatamos de que la luz de la luna se colaba por la ventana de mis habitaciones.

-Se está haciendo tarde. Será mejor que me marche -murmuró-. A menos que algún malhechor ose colarse esta noche por los muros del castillo para herir a mi princesa.

Me apetecía seguir su jueguecito, por muy estúpido que fuera.

-¿Qué haríais vos en ese caso, ser?

-Estaría la noche entera junto a vos, velando por vuestra seguridad.

"Oh."

¿Por qué mis mejillas comenzaron a arder sin motivo aparente?

-Eso sería... sería admirable.

Él sonrió. Luego se puso en pie y se dirigió a la salida.

-Espera -le detuve cuando ya estaba frente a la puerta de mis aposentos-. ¿Has cambiado las vendas de tu brazo?

-Lo hiciste tú misma -gruñó-. Esta mañana. Ya casi ha cicatrizado; no entiendo por qué sigues... -Se interrumpió tras darse cuenta de mi mirada de advertencia.

-Recuerda que mañana te quiero aquí temprano. Así que nada de remolonear.

-Como digáis, capitán.

Ahogué una carcajada.

-Buenas noches, Link.

-Buenas noches, princesa. -Cerró la puerta con suavidad una vez hubo abandonado mis habitaciones.

Dejé escapar un largo suspiro. Solía pasar todo el día en compañía de Link, y cuando no estaba era como si... como si faltara algo. Me había acostumbrado tanto a su presencia...

"Padre tenía razón", reflexioné. "No podría haber elegido a nadie mejor para ser mi escolta."

Pero Link no era únicamente mi escolta.

Él era mi amigo, mi compañero, mi confidente. Era alguien a quien podía contarle mis penas y alegrías. Era la persona que, en solo unas pocas semanas, se había convertido en mi mundo entero.

Ojalá yo hubiera logrado transmitirle lo mismo que él me transmitía a mí cada vez que contemplaba sus cálidos ojos y me mostraba una de sus inusuales y

tímidas sonrisas. Cuánto deseaba poder hacerle reír como él me hacía reír a mí siempre que soltaba alguna idiotez casual...

A la mañana siguiente, partimos en dirección a la región de los zora con las primeras luces del amanecer. Nuestros caballos se encontraban listos para salir, de modo que no nos demoramos mucho más.

El rey se había despedido de mí de forma escueta. Ya apenas me afectaban sus palabras frías y distantes.

Sabía que, después de nuestra visita a la princesa Mipha, mi padre ordenaría que regresara a las fuentes, que volviera a sumergirme en aquellas gélidas aguas que arañaban mi piel igual que cientos de cuchillas afiladas. Y ¿para qué? El único beneficio que obtendría al acudir a esos lugares sería otro fracaso. Otra decepción.

-¿Zelda? -La voz de Link me sacó de mis pensamientos-. ¿Te ocurre algo?

-Son cosas sin importancia. -Traté de sonreír para demostrarle que mis palabras eran ciertas. Debió

parecer muy forzada, porque solo conseguí que su ceño se frunciera aún más.

-Sabes que puedes contármelo.

-Es una tontería.

-¿Tienes idea de cuántas tonterías te he contado yo?

-Diosas, está bien -me rendí entre risitas-. ¿Has estado en alguna de las fuentes sagradas de Hyrule, Link?

-No.

-Pues muy pronto visitarás cada una de ellas. Puedes considerarte afortunado -añadí con amargura.

Él escrutó mi rostro durante unos instantes que se me hicieron eternos. Era como si su mirada pudiese atravesarme y analizar mi interior.

-Una vez me dijiste que no dudara de mis capacidades -empezó-. Tú tampoco dudes, Zelda. No dudes de lo que puedes llegar a hacer. Porque eres capaz de todo. -Sus mejillas habían comenzado a teñirse de un leve color rojizo que no me pasó desapercibido.

¿Cómo demonios lograba devolverme la esperanza? ¿Cómo hacía que me sintiera mejor utilizando unas pocas palabras? Ni siquiera Urbosa lo conseguía.

Le dirigí la sonrisa más cálida que poseía.

-Gracias, Link.

Aquel rubor se había extendido ya por su rostro entero, incontrolable. Bajó la mirada y fingió que jugueteaba con las riendas de su caballo para intentar ocultarlo.

Tardamos un poco más de lo previsto en llegar a la región de los zora. Aunque no era la primera vez que visitaba aquel lugar, su belleza todavía me maravillaba. La ciudad resplandecía por sí misma.

Mipha nos esperaba en la entrada de su hogar.

-Bienvenida, alteza. -Se inclinó en señal de respeto-. Mi padre y yo esperamos que hayáis tenido un viaje agradable.

-Gracias, princesa Mipha Es un honor estar de nuevo en vuestra región.

Después de más y más saludos formales, Mipha nos llevó frente a su padre, el rey Dorphan. El palacio del que disponían los zora era magnífico. El monarca se trataba del miembro de su raza más grande que había visto nunca. Su cuerpo no cabría en el laboratorio sheikah.

La audiencia con él duró casi dos horas. El rey Dorphan me informó de los últimos progresos que había hecho la princesa Mipha con Vah Ruta.

Al acabar, salí rápidamente de la sala del trono, con Link a mi espalda. En el exterior, podía oírse el rumor del agua y el murmullo lejano que producían las cataratas al caer.

-Alteza -escuché decir a Mipha. Me giré para mirarla-. ¿Podría pediros algo?

-Adelante.

-Me... me gustaría hablar contigo, Link -murmuró-. Sé que debe estar todo el tiempo a vuestro lado, princesa. Pero...

-Si a él le parece bien, por mí no hay ningún problema.

Ahí había algo raro. Algo que se me escapaba. ¿Se conocían de antes?

Cuando Link asintió, el rostro de Mipha pareció iluminarse.

-Te prometo que volveré lo antes posible -me susurró él al oído antes de alejarse con la princesa zora-. Ten cuidado.

-Lo tendré -respondí, también en susurros.

"Lo más pronto que pueda" resultó ser el momento en que ya estaba anocheciendo. Pasé la tarde yendo de un lado a otro, buscando cualquier cosa que hacer para entretenerme. La región de los zora era un lugar tranquilo y poco ruidoso. Estuve un buen rato andando sin rumbo, hasta que por fin desistí y regresé a las habitaciones que nos habían asignado a mí y a Link.

Mientras examinaba la piedra sheikah, oí unos golpecitos en la puerta. Di permiso para que entrara, sabiendo quién se encontrara en el exterior.

-¿Puedo pasar?

-Ya te he dicho que sí. Y, además, esta habitación también es tuya, ¿recuerdas?

-¿Puedo pasar de todas formas?

¿Cómo podía ser tan terriblemente... cortés?

-Puedes pasar -resoplé.

Casi podía imaginarme su sonrisa de satisfacción.

-Siento haber llegado tan tarde -se disculpó Link.

-No importa.

-Mipha y yo fuimos a Vah Ruta -me explicó. Dejó la Espada Maestra apoyada contra la pared. Luego se sentó sobre su cama-. Ella me dijo cosas muy... raras.

-¿Qué cosas raras?

-Me habló sobre sus sentimientos. Pero yo no la entendí, así que ella me pidió que lo olvidara.

Mi ceño se frunció ligeramente.

-Ya os conocíais, ¿verdad?

Él asintió.

-Cuando tenía cuatro años, mi padre me llevó por primera vez a la región de los zora. Hacía todo lo que hacen los niños. Ya sabes; correr, revolcarse por el barro y ese tipo de cosas. Siempre iba por ahí cubierto de heridas y magulladuras. Mipha se ofreció a curarme.

-Oh. -Advertí que las vendas de su brazo habían desaparecido.

-¿También te curó la herida que te hiciste el otro día?

Él volvió a asentir.

-¿Qué has estado haciendo? -me preguntó.

Le sonreí.

-Esperarte -respondí-. Sin ti, todo es muy aburrido, Link.

Chapter 25

Capítulo 24

Punto de vista de Link

Varios días después de haber regresado de la región de los zora, el rey Rhoam ordenó que su hija volviera a rezar, esa vez en la Fuente del Valor, que se encontraba en la región de Farone. Debía admitir que tenía bastante curiosidad por saber cómo era el interior de aquellos lugares misteriosos y sagrados de los que tanto se hablaba en las leyendas. Ningún hyliano común como yo solía pisar las fuentes. Eran sitios que estaban reservados para la Familia Real y para los más devotos del reino.

Zelda estuvo muy callada durante el viaje. No abría la boca para decir nada, ni siquiera para explayarse

acerca de aquella tecnología sheikah a la que adoraba investigar. Eligió la ruta más larga, quizá para retrasar su llegada. O quizá no. Yo no mencioné aquel tema.

En la mañana del tercer día de viaje, cayó una lluvia fría y fuerte. No había ninguna posta cerca, de modo que tuvimos que refugiarnos bajo un árbol. Por suerte, era lo suficientemente frondoso como para cubrirnos a ambos.

Zelda se sentó sobre una piedrecita. Yo la imité, situándome a su lado. Ella se mantuvo encerrada en su habitual silencio triste. Durante unos instantes, estuve atento al sonido que producía la lluvia al caer. Pero, pasado un rato, me harté.

Me puse en pie de un salto. Zelda me observó con curiosidad.

-¿Qué haces?

-No lo sé -respondí. Busqué algo que sirviera para entretenerme-. Entrenar -añadí mientras deseinvanaba la espada.

-Oh.

El corazón se me encogió. Odiaba verla de aquella forma. Era como si ya hubiera perdido la esperanza.

Suspiré y le di la espalda.

Intenté olvidar todo lo que me rodeaba. Sopesé la hoja de la Espada Maestra, igual que había hecho la primera vez que la había empuñado.

-Solo existís tú y tu espada -solía decir mi padre-. No hay nada más. Deja que el resto desaparezca.

Cuando estuve preparado, blandí la espada contra el aire. Repetí el proceso en numerosas ocasiones, hasta que, de pronto, oí la voz de Zelda.

-...ahora me doy cuenta -alcancé a escuchar-. Esa espada es tan magnífica como quien la porta. -Ralenticé mis movimientos y la miré de reojo. Me sorprendió ver que una diminuta sonrisa se había dibujado en su rostro-. Sí, Link. Me refiero a ti.

Le devolví la sonrisa y seguí con lo que estaba haciendo.

-Debes haber entrenado mucho para llegar hasta donde has llegado. Yo también entreno a veces,

¿sabes? Pero los resultados que obtengo son muy diferentes a los tuyos -añadió con amargura.

Fruncí el ceño y me detuve de forma brusca. Busqué su mirada, pero ella mantenía la vista fija en el suelo.

-Tú siempre supiste cuál era tu camino, ¿no es así? -murmuró-. Siempre supiste que, cuando alcanzaras la edad suficiente, irías a la Ciudadela para alistarte en los ejércitos del rey.

Mi respuesta fue encogerme de hombros, aunque a Zelda no pareció importarle. Ni siquiera me estaba prestando atención.

-Pero imagina que, mientras tu padre te enseñaba a blandir una espada en Hatelia, te hubieses dado cuenta de que no poseías las cualidades necesarias para ser un caballero. Y que aun así te dijeran que, como has nacido en una familia de caballeros, tu deber es convertirte en uno. Si te lo repitieran una y otra vez, ¿qué camino habrías elegido entonces, Link? -concluyó en un hilo de voz.

Lo único que perturbaba el extraño silencio que se había cernido sobre nosotros era el repiqueteo de la

lluvia, que no daba señales de estar a punto de detenerse. Despacio, devolví la Espada Maestra a su vaina. Tomé asiento junto a Zelda, asegurándome de escoger las palabras adecuadas.

-Si no tuviera las cualidades necesarias para ser caballero, no sería caballero -empecé-. Si ninguno de nosotros tuviera las cualidades necesarias para hacer lo que estamos destinados a hacer, significaría que el Cataclismo no regresaría en esta época. -Ella alzó la mirada por fin, soprendida-. Y si todo eso fuera la realidad, no se habrían descubierto las Bestias Divinas, ni habría ninguna profecía. Yo no estaría aquí; ni habría sacado la Espada Maestra de su pedestal ni sería tu escolta. Viviría en la aldea Hatelia cuidando ovejas. No te habría conocido a ti, y tú tampoco me habrías conocido a mí.

Zelda se tomó unos instantes para reflexionar acerca de lo que acababa de decir.

-Nunca lo había pensado así -susurró-. Yo... me siento muy afortunada por haberte conocido, Link.

Y, de pronto, puso su mano sobre la mía con timidez. Una agradable oleada de calor me recorrió el cuerpo

entero. Pese a que solo podía concentrarme en el leve cosquilleo que producían sus dedos suaves al rozar mi piel, me obligué a responder.

-Lo mismo digo.

***

La Fuente del Valor resultó ser un lugar aburrido. Lo había imaginado de otra forma; más grande, más extraño, más... especial.

No tenía nada de eso.

Era hermoso, eso sí. Las aguas refulgían bajo la luz del sol, y la enorme efigie que representaba a la Diosa Hylia se reflejaba en ellas. Nos llevó un rato encontrar la fuente y, cuando por fin logré divisar el sitio, escondido entre los árboles, no me pasó desapercibido el casi inaudible suspiro que se le escapó a Zelda.

Habíamos dejado a los caballos en una posta cercana, de modo que tuvimos que recorrer todo el camino a pie. De no haber sido por las constantes lluvias, habría resultado mucho más fácil.

Por suerte, La Fuente del Valor contaba con un techo, así que no debíamos preocuparnos por las inclemencias del tiempo. Mientras montaba el campamento, noté un golpecito en el hombro.

-Link -murmuró Zelda.

-¿Qué?

-Necesito que salgas un momento.

-¿Por qué?

Ella señaló el vestido blanco que, según tenía entendido, solía usar para rezar. Se trataba de una antigua tradición que seguían las princesas del linaje real, por cuyas venas corría la sangre de la Diosa Hylia.

-Oh -musité al comprenderlo-. Claro.

-Gracias.

Una vez me alejé lo suficiente, le di la espalda a la entrada de la fuente. Mi mente me traicionó, y viajó hasta el interior de aquel lugar sagrado. Viajó hasta Zelda.

"No. No debo pensar en ella de esa forma."

Gracias a las tres Diosas Doradas, Zelda no tardó en avisarme de que podía regresar, arrebatándome el tiempo para fantasear como un imbécil.

Me quedé de piedra al verla.

-¿Qué pasa? ¿Parezco una de las sacerdotisas de las leyendas? -preguntó, recuperando una pequeña parte de su antiguo humor.

-Estás muy... muy hermosa.

Sus mejillas fueron tiñéndose poco a poco de un ligero rubor.

-Me... alegro de que te guste. -Sonrió por primera vez en días. No obstante, sus ojos adoptaron de pronto un brillo de determinación, y su gesto se tornó serio-. Voy a rezar -anunció.

-¿Ahora? ¿No sería mejor que antes... ?

-No -me interrumpió, quizá en un tono demasiado brusco-. He venido aquí para rezar. Y eso es lo que haré.

Sabía que no lograría hacer que cambiara de opinión, por lo que únicamente asentí.

Zelda se dirigió hacia la fuente. Despacio, se adentró en las aguas, que la cubrían hasta la cintura. Supuse que lo mejor sería dejarle su espacio. La experiencia me había enseñado que una simple mirada podía hacer mucho daño.

Así que me di la vuelta y continué montando el campamento.

Cuando empezó a oscurecer, encendí una hoguera y me dispuse a preparar algo para la cena. Saqué de la bolsa de viaje varias mantas para que Zelda pudiera entrar en calor.

Permití que pasaran unas cuantas horas más. No quería interrumpir su meditación, de modo que esperé y esperé. Una vez estuvo la luna bien alta en el cielo, ella consideró que era el momento adecuado para abandonar la fuente.

Se envolvió en una de las mantas que había dejado para ella junto al fuego y tomó asiento a mi lado, tiritando.

Decidí no preguntarle nada. Su rostro lo decía todo.

Los días siguientes no fueron muy distintos al primero. Zelda estaba desde que amanecía hasta que el sol se escondía rezando en las gélidas aguas de aquella fuente, frente a la enorme efigie de piedra de la Diosa Hylia. Apenas comía, y no estaba seguro de si dormía o si únicamente se hacía un ovillo en el suelo y fingía dormir.

En la quinta noche, la situación comenzó a volverse insostenible.

-Deberías comer algo, Zelda -le sugerí.

Ella jugueteó con el cuenco que sostenía entre sus manos.

-No tengo hambre.

-Está bien. No tienes hambre -murmuré, rindiéndome.

Ninguno de los dos dijimos nada durante un largo rato.

-Este lugar es muy aburrido, ¿no crees? -Tenía que ir con cuidado-. Quizá... mañana por la mañana podríamos... salir de aquí. Seguro que en Farone hay

cosas que te gustaría investigar. Yo pensaba llevarme el arco. Hace mucho que no tenso una cuerda, ¿sabes? -Por un instante, me pareció ver una chispita de luz en sus ojos-. No estaremos mucho tiempo fuera. Volveremos cuando quieras.

Ella reflexionó sobre lo que acababa de proponer.

-Será mejor que no. Debo estar aquí.

La observé con tristeza.

-No es sano, Zelda.

-¿El qué?

-Lo que estás haciendo.

Supe que había cometido un error.

-No te atrevas a decirme lo que tengo que hacer, Link -explotó, escupiendo veneno en cada una de sus palabras-. Tú no tienes ni idea de cómo me siento, ni de la situación por la que estoy pasando.

Algo se rompió en mi interior.

-Sabes muy bien que eso no es verdad -murmuré antes de encerrarme en un silencio ofendido.

Al día siguiente, cuando me desperté, descubrí que Zelda no estaba. Comprobé que su bolsa de viaje seguía estando junto a la mía y deseché la posibilidad de que hubiera huido. Porque, si ese era el caso, tendría que correr tras ella como había hecho hacía tantas semanas.

Escuché unos extraños sonidos procendentes del exterior. Salí de la Fuente del Valor despacio, procurando no hacer ningún ruido.

La divisé allí, entre los árboles, tensando la cuerda de mi arco.

-Diosas -mascullé-. No vuelvas a asustarme así.

Zelda se sobresaltó y dejó escapar la flecha, que pasó silbando más allá de la diana improvisada que había clavado en uno de los árboles para perderse en el bosque.

Se giró y escrutó mi rostro con una mezcla de culpabilidad y arrepentimiento.

-Link...

-Coger sin permiso las cosas de los demás no está bien, princesa. -Señalé mi arco, que aún sostenía entre sus manos.

-Por Hylia. Es verdad. Toma.

Resoplé.

-No hablaba en serio.

-Oh -musitó-. Link, necesito que me escuches.

-¿Escuchar el qué?

-Lo que te dije anoche estuvo mal. Tremendamente mal.

-Estoy de acuerdo en eso.

-Lo siento -susurró ella-. Lo siento mucho. Siempre te llevas la peor parte. No te lo mereces. Tenías razón; lo que estaba haciendo en esa fuente no era sano. Pero es que...

-Lo sé -murmuré, interrumpiéndola-. Sé por qué lo hiciste. Pero yo... no quiero volver a... a lo de antes.

-¿A... lo de antes? -repitió, desconcertada.

-A aquellos días anteriores al viaje que hicimos para visitar a Urbosa, ¿recuerdas?

Ella asintió, comprendiendo.

-Te prometo que no volveremos a eso. Que no volveremos a *ser* eso. No lo permitiré.

Mi única réplica fue sonreír. Y, por alguna razón, sus mejillas comenzaron a adoptar un leve color rojizo.

-¿A-alguna vez has tirado con un arco? -le pregunté, tratando de romper aquel incómodo silencio.

-Cuando tenía doce años, logré convencer a unos soldados para que me enseñaran -respondió-. Pero mi padre acabó enterándose. A esa edad, yo había empezado a rezar en las fuentes, y el rey consideró que ese tipo de actividades me destraería de mis obligaciones.

-El rey no está aquí -dije simplemente-. Te ayudaré. -Me acerqué a ella y me situé a su espalda-. Coloca ahí la flecha. Ahora tensa la cuerda. No, tienes que tensarla más. -Puse mi mano sobre la suya, que mantenía encima de la cuerda de mi arco. La estiré más. Intenté ignorar la suavidad de su mano para

centarme en lo importante-. Relájate -le susurré al oído al notar su tensión-. Apunta hacia allí. No. Hacia allí. -Corregí la dirección en la que apuntaba-. Y ahora suelta la cuerda.

Zelda dejó escapar una exclamación ahogada cuando la flecha se clavó justo en el centro de la diana. Sonrió, orgullosa de sí misma.

-Dentro de poco podrás cazar liebres.

Soltó una carcajada.

-Mi padre nunca lo aprobaría. Para él sería una... pérdida de tiempo.

Me di cuenta de que su humor se había ensombrecido.

-Tu padre no tiene por qué enterarse. No por mí, al menos. Y tampoco estaría mal enseñar a la princesa de Hyrule a tirar con un arco-añadí, sabiendo el efecto que generarían mis palabras.

Mis pronósticos no fallaron y su mirada se iluminó con aquel brillo que tanto me gustaba.

-¿De verdad me enseñarías?

Me encogí de hombros, extrañado por su pregunta.

-¿Por qué no iba a hacerlo?

Y antes de que tuviera tiempo de hacer o decir nada más, ella se abalanzó sobre mí. Estaba... estaba abrazándome. Mi corazón se disparó. Aquella oleada de calor que solía abrasar mi interior siempre que mi mano rozaba la suya regresó con fuerza.

Sin pensar en lo que hacía, también la estreché entre mis brazos.

-Gracias, Link -susurró.

-¿Por qué me das las gracias? -quise saber mientras inspiraba el aroma de su pelo.

-Por estar aquí -volvió a susurrar ella contra mi hombro-. Por estar conmigo.

Uyyyy...
¿Qué es eso que veo?
¿Amorrrrr?

Chapter 26

Capítulo 25

Punto de vista de Zelda

El castillo estaba cada vez más cerca. Igual que las duras palabras y la fría mirada de mi padre.

Había vuelto a fallar. Sabía que la noticia no tardaría en extenderse por toda la Ciudadela. Mis doncellas cuchichearían a mis espaldas, y el pueblo llano continuaría burlándose en las tabernas. Y lo peor era que no podía hacer nada para que cambiaran de parecer.

-Deberíamos parar ya -sugirió Link, que cabalgaba a mi lado-. Se está haciendo tarde.

Miré hacia el cielo. Ni siquiera me había dado cuenta de que el sol casi se había escondido tras las montañas. Di el visto bueno, y él se dispuso a buscar un lugar en el que pasar la noche. Link consideró que una pequeña cueva en medio de un bosquecillo era un lugar seguro, de modo que ahí nos quedamos.

Apenas había espacio para ambos. Nos apretujamos el uno junto al otro, intentando calentarnos con la hoguera que Link había logrado encender.

-Creo que esto no es adecuado para una princesa -masculló él.

-Quizá no lo sea para cualquier otra princesa -repliqué-. Pero para mí es más que suficiente. Prefiero pasar la noche aquí que pasarla en el castillo.

-Imposible.

-Créeme. A veces el castillo puede convertirse en... en una prisión.

Él asintió despacio, comprendiendo a qué me refería.

-Al menos allí tienes docenas de sirvientes a tus órdenes. Aquí solo me tienes a mí.

Sonreí.

-Pero tú no eres mi sirviente, Link.

-Lo sé.

Una brisa de aire gélido logró colarse por la entrada de la cueva. No pude reprimir un estremecimiento. "Debería haberme traído la capa", me lamenté.

-¿Tienes frío? -me preguntó Link.

Me acerqué aún más a él -si eso era posible- y apoyé la cabeza sobre su hombro.

-Ahora no -susurré. Necesitaba sentir la calidez de su cuerpo. Necesitaba que me devolviera la esperanza como solo él era capaz de hacer.

Solté una risita al percatarme de su rigidez.

-Por el amor de Nayru; relájate.

Algo aleteó en mi interior cuando su carcajada llegó hasta mis oídos.

-Siento no ser lo suficientemente cómodo para vos, alteza.

Le propiné un golpecito en el brazo con mi puño, consiguiendo que él riera de nuevo.

Ninguno de los dos dijimos nada durante un largo rato. Clavé la vista en la hoguera y presté atención al sonido que producía la leña al crepitar. Cerré los ojos e insipiré hondo.

-Hueles a... a pan recién hecho -murmuré-, y... a sopa de... de calabaza...

Su única respuesta fue envolverme con una manta cálida y reconfortante.

***

Partimos con las primeras luces del amanecer. Estábamos ya muy próximos al castillo, de modo que, por suerte o por desgracia, solo tardamos medio día en regresar.

Mi padre no se molestó en acudir a recibirme. Simplemente envió a uno de sus sirvientes para que le informara de cuáles habían sido mis resultados en

esa ocasión. Desvié la mirada y negué con la cabeza. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Link y yo recorrimos los pasillos del castillo hasta llegar a mis aposentos. Y allí pasamos la mayor parte del tiempo durante casi una semana entera. Una semana en la que el rey ni siquiera se dignó a saludar a su hija.

Pero, gracias a las Diosas, Link estaba a mi lado. Me hacía olvidar todos mis problemas. Y no se despegó de mí en ningún momento; quizá porque sabía que mi estado de ánimo se encontraba por los suelos o quizá porque se tomaba su trabajo muy en serio.

Fuera como fuese, su presencia lo hacía todo mucho más fácil.

Una tarde, escuché las inconfundibles pisadas de un guardián. Le dirigí a Link una sonrisa emocionada, y él pareció comprender el mensaje al instante.

Me apresuré a salir al exterior. Observé desde arriba cómo varios investigadores sheikah realizaban pruebas y experimentos con los guardianes. Aquellos artefactos ya eran capaces de moverse por sí mismos.

Una chispita de esperanza se prendió dentro de mí.

No obstante, esa chispita desapareció tan rápido como había llegado.

-¿Qué hacéis aquí?

Aquella voz era familiar. Conocido.

Pericibí que, a mi espalda, Link hincaba una rodilla en el suelo, en señal de respeto hacia su rey.

-Observamos a los guardianes, padre -respondí.

-¿Observas a los guardianes? -repitió él-. Creo recordar que un gran número de investigadores sheikah se están dedicando a eso. Y diría que la princesa del reino tiene asuntos mucho más importantes que atender. Deja de huir de tus obligaciones, Zelda.

Apreté los puños.

-¿Huir? Sabes muy bien que hace solo unas semanas acudí a la Fuente del Valor. Hago todo lo que está en mi mano.

-No es suficiente -me espetó el rey-. Deja de perder el tiempo con investigaciones que no te incumben.

"No es suficiente." Sus palabras no dejaban de repetirse en mi cabeza. No era suficiente. Nunca sería suficente.

-Necesito sentirme útil, padre -susurré-. Quiero ayudar. Y la tecnología sheikah es lo único que yo...

-¡Basta de excusas! -rugió-. Te prohíbo que sigas investigando esos artefactos. A partir de ahora, rezar en las fuentes será tu único cometido.

La ira y la impotencia se agolparon en mis ojos.

-La gente susurra, Zelda -prosiguió mi padre, contemplando a los sheikah que trabajaban más abajo-. Quizá aquí te sonríen y se inclinan ante ti. Pero en cuanto te das la vuelta, cambian por completo. Y hablan. Dicen que eres una irresponsable. Que no eres una digna heredera. Que eres un *fracaso.*

Aquello me golpeó con fuerza.

-Quiero que les demuestres a todos que se equivocan Que formas parte del linaje real. ¿Ha quedado claro?

-Sí, padre -logré decir.

Él se alejó sin despedirse. Pero apenas me importó.

Siempre ocurría lo mismo. Hiciera lo que hiciera, mis esfuerzos estaban condenados a caer en un saco roto.

Regresé a mis habitaciones en silencio. Link me siguió sin atreverse a decir una palabra. Cerré la puerta y me senté sobre mi cama, dejando un pequeño hueco para que él pudiera sentarse a mi lado.

Contemplé los dibujos y notas que cubrían las paredes de mis aposentos. Todo aquel trabajo y estudio no había servido de nada. *"No es suficiente."*

-¿Por qué no puede ser un padre como todos los demás? -pregunté al cabo de un rato.

-Porque no es solo tu padre, Zelda -contestó-. También es el rey.

-Cuando mi madre vivía, él no era solo el rey, ¿sabes? -Suspiré-. Conmigo no se comportaba como el rey Rhoam Bosphoramus. Se comportaba como mi padre. Pero luego él simplemente se... se olvidó de mí. Se olvidó de que yo era su hija.

-Él no se ha olvidado de eso.

Se me escapó una carcajada amarga.

-Me trata como si fuera una súbdita más, Link. Me deja en paz durante un tiempo para luego, sin previo aviso, ordenarme que acuda a una de esas fuentes. Ni siquiera tiene la decencia de recibirme cuando vuelvo al castillo. No intenta comprenderme. Yo solo quiero... solo quiero que se sienta orgulloso. Orgulloso de su única hija -concluí en un susurro.

-Él está orgulloso de ti.

-¿Cómo estás tan seguro de eso?

-Porque eres maravillosa, Zelda. Y si tu padre no lo ve es porque tiene una venda sobre los ojos.

Una pequeña parte de mí quiso creerle. Quiso aferrarse con desesperación a sus palabras. Pero mi otra parte, mi otra parte más madura, no se lo permitió. Las mentiras ya no surtían efecto sobre mí.

Decidí que era hora de cambiar de tema.

-¿Eso piensas, Link? -inquirí con una sonrisita pícara-. ¿Esa es tu opinión sobre mí?

En el fondo tenía curiosidad por conocer su respuesta.

Él empezó a sonrojarse.

-Yo...

No pude contener las ganas de reírme al percatarme de la expresión de su rostro.

-Era broma, tonto.

Él gruñó algo inintelegible, aunque advertí que ocultaba una diminuta sonrisa.

Como era habitual, Link me hizo compañía durante el resto del día. Y, una vez más, la llegada del anochecer nos soprendió a ambos.

Nos detuvimos en el umbral de la puerta de mis aposentos, el uno frente al otro. Por un momento, ninguno de los dos supo qué hacer, de modo que solo nos miramos fijamente.

-Adiós. Supongo.

-Dentro de dos días iremos a la Fuente del Poder -anuncié de pronto.

Él frunció el ceño, pero luego asintió en silencio, comprendiendo. Comprendiendo que quería hacerle ver a mi padre que me esforzaba en cumplir con lo que se esperaba de mí. Que necesitaba demostrar que las habladurías y rumores que corrían por todo Hyrule eran falsos.

Él asintió de nuevo. Me escrutó con aquellos fríos -y al mismo tiempo cálidos- ojos suyos, como si estuviera esperando a que yo hiciera algún movimiento.

-¿Es todo?

-Es todo -respondí.

Me dirigió una última sonrisa.

-Hasta mañana.

Se giró para irse.

Pero no podía dejarle marchar. Todavía no. Me restaba una cosa por hacer.

-Link, espera.

Tiré de su brazo y, aprovechando el momento de confusión, deposité con cuidado un beso sobre su mejilla.

Él me contempló con incredulidad.

-¿P-por qué?

-Porque no sé qué haría sin ti -contesté atropelladamente.

Cerré la puerta, sin cederle tiempo para replicar. Se me escapó una risita.

El corazón me latía muy deprisa.

Mucho azúcar para que olvidemos (me incluyo) la masacre que ocurrirá dentro de unos cuatro o cinco capítulos.

:')

Chapter 27

Capítulo 26

Punto de vista de Link

-¿Estás listo?

-Sí.

-Bien. Pues nos vamos.

Me había dado cuenta de que le costaba mirarme a los ojos. Algo había cambiado desde aquella noche en la que ella me había... me había...

"No", me dije. "No voy a seguir por ahí."

Pero mi cabeza no obedecía. Lo único que hacía era recordarme lo que había ocurrido. Una y otra vez, repetía el momento en que ella había puesto sus

suaves labios sobre mis mejillas. Y luego llegaba el calor, la explosión de calor que se prendía en mi interior siempre que Zelda se acercaba más de lo normal.

No obstante, había descubierto que... que me gustaba. Me gustaba sentirla cerca.

Tardamos cuatro días en entrar en la región de Akkala. Apenas habíamos hecho paradas durante el viaje, de modo que decidimos detenernos en la que se encontraba -según Zelda-, junto a la Fuente del Poder.

Dejamos a los caballos en los establos y pagamos por pasar la noche allí. Salí al exterior para estirar las piernas. Zelda no tardó en unirse a mí.

-Akkala siempre me ha parecido la más diferente de todas las regiones que hay en Hyrule —murmuró al cabo de un rato—. No hay aldeas. No hay ruido. Los caminos no están repletos de gente. Tu única compañía es la de la naturaleza. Y luego, en medio de todo, está el Bastión de Akkala. Extraño, ¿no crees?

Asentí en silencio y continué contemplando el horizonte. El cielo se había teñido de púrpura, señal de que el crepúsculo ya caía sobre nosotros.

-Tú ya has estado allí antes, ¿verdad? —Señaló la enorme fortaleza, que asomaba en la distancia.

-Pasé unos años allí —contesté—. A todos nos envían a ese lugar en al menos una ocasión.

-Yo he ido de visita varias veces con mi padre. Ese sitio es gigantesco.

-Lo primero que oyes cada mañana es el sonido de las espadas chocando en el patio.

-Así es. Lo recuerdo —suspiró ella. Después me miró, titubeante—. ¿Tu... tu padre también te llevó alguna vez al Bastión de Akkala?

-Cuando era solo un niño —murmuré.

Ella sonrió.

-Los echas de menos, ¿verdad?

-¿A quién?

-A tu familia, Link.

-Oh. Yo... llevo mucho tiempo sin verles.

Zelda se mantuvo en silencio durante unos instantes.

-Quizá... —empezó, insegura—, quizá, cunado nuestra visita a la Fuente del Poder acabe, podríamos ir a Hatelia. Yo nunca he estado allí, y tú podrías... ver de nuevo a tu hermana y a tu padre.

Mis ojos se abrieron como platos.

-¿Harías eso... p-por mí?

-Claro que sí. Tú siempre cuidas de mí. Y ahora... me gustaría agradecértelo.

-No hay nada que agradecer, Zelda.

-Diosas, sabía que ibas a decir eso —masculló ella—. Me de igual, ¿me oyes? No me importa. Las familias nunca deben estar tanto tiempo separadas.

Reflexioné acerca de su petición. "Al cuerno con todo."

-Está bien —gruñí, aunque apenas podía ocultar una sonrisa.

Al día siguiente recorrimos el trecho que nos restaba hasta la Fuente del Poder. Estaba bien escondida; de no ser por Zelda, ni siquiera me habría percatado de su existencia.

Después, el tiempo pareció ralentizarse. Anochecía, atardecía, y luego llegaba la mañana. El proceso se repetía una y otra vez. Lo único que yo hacía era observar. Observar y vigilar.

Zelda, por su parte, solo salía de aquella fuente cuando la luna estaba alta en el cielo. Al menos comía, no como en la Fuente del Valor.

Su mirada se tornaba cada vez más desesperada a cada día que pasaba. Y lo peor era que no podía hacer nada para que sus ojos brillasen de nuevo.

Tenía que resignarme y contemplar como ella se adentraba en las aguas y rezaba oraciones silenciosas a una enorme estatua de piedra.

Intenté no interferir en sus rituales. De verdad que lo intenté.

Pero hubo una noche en la que perdí esa batalla.

-Por favor -la oí decir desde la fuente-. Llevo días aquí. Ayudadme. Ayudadme a hacer que mi padre se sienta orgulloso. Ayudadme a... a conseguir que la gente deje de verme como un fracaso. A-ayudadme a no ser una deshonra para mi familia. No sé si me estaréis escuchando. Tampoco sé si este ritual sirve de algo, pero... pero os necesito. Ayudadme. -Tras eso, se mantuvo en silencio durante un largo y doloroso rato. Mis dedos se cerraron con más fuerza en torno a la empuñadura de la espada cuando sus sollozos ahogados alcanzaron mis oídos-. Por favor -susurró con la voz rota-. Por favor, decidme al menos qué me pasa. Qué es lo que estoy haciendo mal.

Diosas. Dolía. Sentía su sufrimiento como si fuera el mío propio.

Descubrí que deseaba aliviar su dolor. Que deseaba abrazarla, resguardarla entre mis brazos y protegerla de cualquier amenaza. Descubrí que deseaba susurrarle cosas al oído para que ella me mostrara aquella preciosa sonrisa suya, que podía iluminar los días oscuros.

Descubrí... descubrí que la quería.

Quizá aquella fue la ocurrencia más idiota que había tenido nunca, pero me adentré en las gélidas aguas de una de las fuentes sagradas de Hyrule. Había llegado a un punto en el que me daban igual las leyes, las costumbres o la maldita tradición. Todo eso no era nada comparado con hacer que Zelda irradiara de nuevo su luz. Y no importaba que el frío arañara mi piel como el filo de una espada si con eso conseguiría que las lágrimas dejaran de brotar de sus ojos.

-Zelda -murmuré, poniendo una mano sobre su hombro-, sal de aquí.

-No puedo. Tengo... *debo* rezar.

-El agua está muy fría -seguí insistiendo-. No quiero que enfermes.

Se giró y apartó mi mano con brusquedad.

-¿Es que no lo entiendes? -me espetó-. Si salgo, le demostraré a la Diosa Hylia lo débil que soy y nunca..., nunca lograré despertar mi poder. -Se le escapó un sollozo-. Y entonces todos moriríamos. Todos. No lo puedo permitir. N-no... no puedo...

Acaricié sus mejillas húmedas, secando los rastros de sus lágrimas.

-Mírame. -Ella sorbió por la nariz y alzó la vista-. Eres todo lo contrario a la debilidad, Zelda. No conozco a nadie más fuerte que tú, ¿lo sabías?

Por un breve momento, lo único que perturbaba el silencio era el sonido del viento al mecer las hojas de los árboles.

-Sin el poder, no lograré sellar a Ganon -musitó por fin, ignorando lo que acababa de decir-. Todos moriríamos -repitió-. Y nada de esto habría servido para nada. Mi... mi padre tiene razón. No soy una digna heredera al trono. Soy un... un...

Pero la abracé antes de que pudiera pronunciar la palabra *fracaso* . La estreché entre mis brazos y dejé que hundiera su rostro en mi pecho, que se refugiara allí para liberar cada una de sus lágrimas.

Quizá estuvimos así unos minutos. Quizá fue una hora, o quizá fueron dos. No obstante, al cabo de un rato percibí que ella ya ni lloraba. Y las lágrimas

dieron paso a sus escalofríos, al principio leves, aunque luego más violentos.

La saqué de la fuente sin miramientos. Y, gracias a las Diosas, esa vez Zelda no opuso resistencia alguna. Simplemente permitió que la envolviera en mantas gruesas, y aceptó el cuenco de sopa caliente que le tendía.

Al terminar, ella se acurrucó a mi lado, acomodándose sobre mí. Su cabeza y una de sus manos descansaban encima de mi pecho.

-Oh, Diosas -dijo de pronto-. ¿Puedo... ?

-Claro -me apresuré a responder.

Volvió a relajarse. Tuve que reprimir un estremecimiento al notar que las yemas de sus dedos habían comenzado a acariciar la tela de mi túnica.

-Mi madre le dijo a mi padre antes de morir que estaba convencida de que yo poseía el poder sagrado y que, en el futuro, sellaría al Cataclismo -explicó-. Mi padre no creyó en lo de Ganon hasta que una adivina lo profetizó y se descubrieron las Bestias Divinas. Decidió empezar mi entrenamiento antes de lo que

yo esperaba. Tenía siete años cuando visité por primera vez una fuente. -Suspiró con tristeza-. No sabía cómo despertar mi poder. No tenía a nadie que me enseñara porque mi madre ya no estaba. Solo podía guiarme de los libros que hablaban acerca de la Familia Real. Dicen que rezar es la única forma de despertar el poder sagrado. Llevo diez años intentándolo. Y a veces pienso que estoy haciendo algo mal.

-No estás haciendo nada mal. Lo he visto; haces todo lo que puedes. Y además -añadí despacio-, puede que esa no sea la única forma de hacer que tu poder despierte. No soy nadie para hablar de esto, pero quizá... quizá haya otra manera.

-Otra manera -repitió-. Yo también he pensado en esa posibilidad. Y no me parece tan remota. Pero ¿qué otra forma puede haber?

Me encogí de hombros.

-Las aventuras dejan de ser aventuras cuando todas las preguntas tienen respuesta.

Advertí que ella sonreía.

-Supongo que tienes razón. Pero el tiempo corre en nuestra contra.

-Lo sé -murmuré-. Lo sé muy bien.

Ninguno de los dos dijimos nada durantes unos instantes.

-Link... -susurró de pronto.

-¿Hmmm... ?

-¿Crees que soy un fracaso?

Me moví para poder mirarla a los ojos.

-Eres la persona más inteligente y valiente que conozco. No sé cómo demonios logras entender esa tecnología, pero el caso es que la entiendes. -Zelda rio-. Eres la primera persona que consigue hacer que olvide todos los problemas que hay ahí fuera. Me haces reír, y eres desquiciantemente testaruda, y... y eres perfecta tal y como eres, Zelda. Así que, dime, ¿cómo alguien como tú puede ser un fracaso?

Ella me dirigió una sonrisa que provocó que mi corazón se disparara.

-Gracias, Link. -Buscó mi mano y la rodeó con sus dedos-. Eres el mejor.

No me había dado cuente de lo cerce que estábamos, de la ridícula distancia que separaba nuestros labios.

Y, por un momento, estuvimos a punto de... de...

Diosas, ni siquiera podía pensarlo. Era demasiado bueno para ser verdad.

Ella se acomodó de nuevo sobre mí, sin soltar mi mano. Aunque yo tampoco estaba dispuesto a dejar escapar la suya.

Acaricié su largo cabello dorado. Ella suspiró y cerró los ojos.

-No montes guardia esta noche.

-¿Qué?

-Este es un lugar sagrado -explicó-. Aquí los monstruos no pueden entrar.

No respondí.

Al cabo de un rato, empecé a escuchar su respiración rítmica y apenas audible. Cogí otra manta para

cubrirnos a ambos con ella. Y, solo por aquella noche, me permití bajar la guardia.

Vale, lo primero: ¡este fanfic ya ha llegado a las 3k lecuras! Gracias :')

Y lo segundo; no sé si habrán probado ya la demo del nuevo Hyrule Warriors, pero es absolutamente INCREÍBLEEEE. ME ENAMORÉ.

Simplemente os he dejado esa canción arriba porque es hermosa. No hay más.

Chapter 28

Capítulo 27

Punto de vista de Zelda

Sus brazos eran cálidos, fuertes, acogedores. Sus brazos eran el lugar más seguro del mundo. Allí nada ni nadie podía hacerme daño.

Los latidos de su corazón me transmitían tranquilidad.

Porque latía al mismo tiempo que el mío.

Me resistía a abrir los ojos. Todavía era muy pronto. Tan solo quería sentirle durante un rato más; quería inspirar su aroma a pan recién hecho una última vez

y guardar aquel olor en mi memoria para que nunca se perdiera.

—¿Hoy no vas a... a rezar? —me preguntó en voz baja.

—No —respondí—. Ya he tenido suficiente. Y, además, quiero que me lleves a un sitio.

***

Nadie me reconoció durante mientras viajábamos a Hatelia. Link me había dicho que me cubriera con una capucha porque, según él, así "evitaría chismorreos innecesarios." Y tenía razón; ¿para qué iba la princesa de Hyrule a viajar a una de las aldeas más del reino en compañía de su escolta?

Cruzamos la Muralla de Hatelia temprano por la mañana y, a mediodía, ya habíamos llegado al pueblecito.

A simple vista no parecía ser un lugar demasiado grande. Las construcciones eran sencillas, la gente era sencilla... pero se respiraban una paz y una tranquilidad que diferenciaban a aquel lugar con la

Ciudadela, donde el bullicio era constante y reinaba el caos.

—Es por ahí —me indicó Link, señalando un camino que se desviaba de la ruta principal.

Dejé que él me guiara hasta una casa que no era muy distinta a las demás. Me fijé en que contaba con un jardín repleto de flores bien cuidadas. Los colores de sus pétalos eran vivos y brillantes. No distinguí ni un solo hierbajo.

Había una niña sentada a la sombra de un árbol, leyendo un libro. Ella debió habr escuchado los cascos de los caballos, porque alzó la mirada de pronto.

—¡Link!

Él tiró de las riendas de su Sombra, desmontó y echó a correr hacia ella. Contemplé con una sonrisa como ambos se fundían en un abrazo.

—Pensé que te habías olvidado de nosotros —la oí murmurar.

—Nunca.

No pude evitar sentir una punzada de culpabilidad. Si no fuera por mí, Link podría ver a su familia más a menudo. Sería libre de hacer lo que quisiera.

"No. Él es libre", me dije. "Él fue libre de elegir."

Él sabía cuáles eran las consecuencias de trabajar como mi escolta. Siempre las supo. Y pudo haberse marchado en tantas ocasiones... Sin embargo, había elegido. Me había elegido a mí.

Por encima de su hogar. Por encima, incluso, de su propia familia.

Tuve la sensación de que algo revoloteaba en mi pecho.

Bajé de Nieve y me acerqué a ellos.

—¿Quién es? —le preguntó la niña a Link en un susurro muy poco discreto.

—Ella es... es... —Se le escapó un suspiro de resignación—. Es Zelda.

Me examinó atentamente. Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Zelda? ¿Como la princesa?

—Sí, Arwyn. Como la princesa.

—Diosas, cuando papá se entere de esto...

—Ya lo sé —gruñó.

—¿De verdad eres la princesa? —quiso saber ella.

—Eso intento —respondí.

Esbozó una sonrisa maliciosa.

—La última vez que estuvo aquí, Link dijo que...

—¡Arwyn! —exclamó él, interrumpiéndola.

Escruté su rostro, tratando de encontrar el motivo que se escondía tras el rubor que había aparecido en sus mejillas.

Algún día lo encontraría. Lo juré.

La casa de Link era un lugar acogedor, casi tanto como sus brazos. No tenía lujos ni era un castillo, pero contaba con todo lo necesario. Había un fuego para alejar el frío, un techo, comida, y un sitio para dormir. Y con eso bastaba.

Y su padre, el antiguo capitán, resultó ser bastante diferente a lo que yo había imaginado. Al verle en la

corte, con su cuerpo fornido, sus hombros anchos y su rostro impasible, le había juzgado por un soldado duro y temible.

Estaba equivocada.

Después de haber estado a punto de aplastar a su hijo en un largo abrazo, se fijó en mí por primera vez. Como era de esperar, me reconoció.

—¿Es la princesa? —Link clavó la vista en el suelo y asintió despacio—. Por Hylia, ¿cómo se te ocurre traer aquí a la heredera al trono así, sin avisar? —Negó con la cabeza y resopló antes de dirigirse de nuevo hacia mí—. Disculpadme, alteza.

—No os disculpéis. Yo fui quien le propuso a Link que viniéramos aquí. Sé que no puede visitaros muy a menudo, así que pensé que sería una buena idea.

El hombre pareció sorprendido.

—Gracias, princesa. Vuestra bondad no conoce límites.

Descubrí que Link había heredado de su padre sus habilidades para cocinar. Él era alguien agradable,

con quien se podía mantener una buena conversación. Al contrario que su hijo, no tenía reparos en hablar de cualquier cosa. No costaba nada traspasar sus murallas.

Con Link había sido mucho, mucho más difícil.

Al atardecer, salí al jardín en compañía de Arwyn. Link se había quedado dentro, con su padre. Supuse que tendrían bastantes cosas que contarse.

La niña se tendió boca abajo sobre la hierba, observando las florecillas que crecían a nuestro alrededor.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté para romper el silencio.

—Diez.

—Qué mayor. Link me ha hablado mucho de ti, ¿sabes? Él... él no te ha olvidado.

Ella alzó la mirada.

—Lo sé —murmuró—. Ojalá papá decida irse a vivir a la Ciudadela. Así nos veríamos más a menudo.

—¿Por qué tu padre decidió quedarse aquí?

—No lo sé. Papá dice que nuestra casa la recuerda a mamá. Pero yo no me acuerdo de mamá —añadió, encongiéndose de hombros—. Quizá podría irme yo sola a la Ciudadela. Sí, sería buena idea.

Ella era tan inocente... Vivía ajena a la amenaza que constantemente teníamos encima. A la misma amenaza a la que su hermano tendría que enfrentarse algún día.

El Cataclismo era solo un mito desde su punto de vista, una vieja leyenda que su padre le contaba antes de irse a dormir con el único fin de asustarla.

Cuánto deseaba que fuera así. Que el Cataclismo no fuera más que un cuento, que una pesadilla.

—¿Cuál es tu flor favorita? —quiso saber, cambiando de tema de forma repentina.

—La Princesa de la Calma —contesté.

—Oh —musitó, pensativa—. Es tan difícil hacer que esa flor crezca... Pero yo he conseguido que una lo hiciera.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿Que conseguiste qué?

—Que creciera. ¿Ves todas esas flores? Pues las he plantado y cuidado yo.

—¿Tú? ¿Tú sola?

—Sí. Este lugar puede ser aburrido a veces. Esto me sirve para entretenerme.

Estaba sin palabras. ¿Cómo una niña de diez años podía lograr lo que una docena de investigadores intentaban, en vano?

Ella empezó a hablarme de su pasión. La escuchaba con atención, igual que si se tratara del informe de un nuevo descubrimiento de Prunia.

—Cuando seas mayor, deberías trabajar en el laboratorio sheikah que está cerca del castillo —le sugerí—. Tus conocimientos nos serían de gran utilidad.

Su mirada brilló.

—¿De verdad?

—Sí.

Oí unos pasos sobre la hierba. Link iba hacia nosotras, sosteniendo un libro entre sus manos.

—Toma.

Arwyn dejó escapar una exclamación ahogada y corrió al interior de su casa. Se llevó el libro consigo.

—¿Así de fácil? —inquirí, desconcertada.

—Así de fácil —asintió él mientras se sentaba a mi lado.

—¿De dónde demonios has sacado ese libro?

—Estaba en las alforjas de Sombra. Lo cogí de la biblioteca del castillo. No me enviéis a las mazmorras, alteza —añadió en un susurro.

—Oh, no te encerraré en una mazmorra por eso —reí—. No eres el primero que roba libros de la biblioteca.

Él también rio. Luego, ambos nos encerramos en un silencio extraño.

—¿Por qué no me dijiste que dentro de cuatro días cumplirás diecisiete años?

Suspiré.

—¿Cómo te has enterado?

Su respuesta fue encogerse de hombros.

—Que cumpla diecisiete años no es nada importante —musité—. Mi padre piensa mandarme a la Fuente de la Sabiduría ese mismo día. No hay nada que celebrar.

Contemplé el Monte Lanayru, que se alzaba en la distancia, helado e imponente. No tenía ni idea de cómo iba a rezar en aquel lugar.

—Apenas tendré tiempo para conseguirte algo —murmuró.

Mi corazón se disparó.

—Link, no tienes por qué...

—Sí tengo por qué.

—Pero...

—Diosas, Zelda. Sabes tan bien como yo que no lo vas a conseguir.

—Está bien —gruñí, rindiéndome.

Él esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Link, yo... Nunca antes había estado en Hatelia. Y, ya sabes, me gustaría que me enseñaras este lugar.

¿Por qué me avergonzaba pedirle algo así? Le conocía; tenía bien claro que no iba a negarse. En el pasado no habría tenido reparos para proponérselo. Pero ahora... ahora las cosas eran diferentes.

—Oh, claro.

Él se puso en pie de un salto, y yo me apresuré a imitarle. Cogió su capa y se ocultó bajo ella.

—Recuerda ponerte tu capa.

—No me la he quitado desde que llegamos.

Link fue hacia mí y cubrió mi cabeza con la capucha que había llevado durante todo el viaje hasta la aldea. Su mano se deslizó poco a poco por el tejido, hasta detenerse peligrosamente cerca de mi rostro. Leí en sus ojos las dudas que se arremolinaban en su interior. De modo que le dirigí una pequeña sonrisa, con la esperanza de que eso le hiciera ver que podía continuar.

Y él captó el mensaje con rapidez. Tuve que reprimir un estremecimiento al sentir sus dedos rozando mis mejillas despacio, como si quisiera alargar aquel efímero instante.

—Así evitaremos...

—... chismorreos innecesarios —finalicé yo por él, con un hilo de voz.

Su réplica fue sonreír. Luego solo me contempló durante un momento que se me hizo eterno. Aquellos ojos nunca habían sido tan cálidos, tan intensos, tan... atrayentes.

Su mirada vagó hasta detenerse en mis labios. En esa ocasión, no fui capaz de reprimir un estremecimiento. Temblé de arriba a abajo. El corazón me latía muy deprisa. Percibía como aquel ya familiar revoloteo me sacudía por dentro.

Lo único que me restaba era esperar. Así que esperé...

Esperé por algo que nunca llegó.

Porque él se apartó con una brusquedad tal que sufrí un sobresalto.

Le observé, desconcertada. No me pasó desapercibido el ligero rubor que se había extendido por su rostro entero.

—D-deberíamos irnos antes de que anochezca.

—S-supongo...

Link tomó aire y echó a andar. Yo le seguí, sin dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir. En lo que había estado *a punto* de ocurrir.

Un tímido roce me sacó de mis pensamientos.

Sus dedos habían comenzado a juguetear con los míos, acariciando la idea de entrelazarse entre sí. Tres veces intentó que se unieran. Hasta que me harté de esperar a que él se armara del valor suficiente.

Hice que nuestras manos se juntaran. Las suyas eran callosas, ásperas debido al uso de la espada. Y, no obstante, descubrí que me gustaba que fuera así.

Le miré de reojo. Y él me devolvió la mirada.

Pero no dijo nada.

Su silenciosa respuesta fue abrazar mi mano con más fuerza.

———

UUUUUY, CASI.

No os preocupéis. El próximo capítulo es EL Capítulo. Os lo prometo.

Chapter 29

Capítulo 28

Punto de vista de Link

—Dale esto a la princesa.

Contemplé la frágil florecilla que Arwyn me tendía con incredulidad.

—¿Por qué... ?

—En unos días cumplirá diecisiete años, ¿no es así?

—¿Cómo te has enterado?

—Eso no importa —resopló ella—. Quiero que se la des.

—Pero ¿por qué *esa* ?

—Porque es su favorita, imbécil.

—Oh —musité—. ¿De verdad?

—Sí. Ella misma me lo dijo.

—Vaya.

Arwyn me dio un golpecito en el hombro.

—A veces eres muy tonto, ¿lo sabías?

—Yo también te quiero, Arwyn.

Ella me golpeó de nuevo. Y luego, para mi sorpresa, me abrazó.

—Creía que no te gustaban este tipo de cosas —murmuré.

—Cállate. Solo lo hago para despedirme de ti.

Le devolví el abrazo, atrayéndola más hacia mí. Todavía me resistía a marcharme, pese a saber que era lo que debía hacer. Era tan, tan difícil despedirme de ella...

—Prométeme que volverás pronto —me susurró al oído—. Y prométeme... prométeme que tendrás cuidado.

—Sabes que yo siempre tengo cuidado.

—Mentira. Y ahora estoy hablando en serio, Link. Ten mucho cuidado. Por favor.

—Lo tendré —susurré de vuelta—. Te prometo que lo tendré.

Zelda fue paciente y esperó hasta que me hubiera despedido de mi padre y de Arwyn. Mientras iba en su dirección, guiando a Sombra por las riendas, me dirigió una de aquellas sonrisas que podían lograr que incluso el pico más alto de Hebra se derritiera.

—¿Estás listo?

Asentí y monté sobre el caballo. Luego di un golpe seco con las piernas para que Sombra se pusiera en marcha.

***

Llegamos al castillo aquel mismo día. Como de costumbre, uno de los sirvientes del rey nos aguardaba junto a los establos. Y, antes de que tuviera tiempo de preguntarle a Zelda si los rituales

habían surtido efecto en esa ocasión, ella dio una orden muy clara.

—Solicito hablar con el rey de inmediato.

—Vuestro padre está muy ocupado, princesa.

—Solicito ver al rey de inmediato —repitió, utilizando un tono de voz mucho más gélido... y regio, incluso.

El hombre no volvió a poner objeciones y nos pidió que le siguiéramos. Solo nos detuvimos tras haber atravesado casi medio castillo.

—Espérame aquí —me susurró Zelda, con una mano en las puertas que resguardaban las habitaciones del rey—. No tardaré mucho.

Después de eso, accedió al interior de los aposentos que pertenecían a su padre. Yo obedecí y permanecí fuera.

Desde ahí arriba podían distinguirse las siluetas de los sheikah que, en los jardines, investigaban y experimentaban con guardianes. Había al menos una

docena de artefactos, que se movían con facilidad por la hierba.

Sabía que lo lógico hubiera sido que aquella visión me provocara una un sentimiento de alivio.

No obstante, la sensación que experimenté fue diferente a esa.

Porque mi memoria no dejaba de recordar aquella mañana en la que uno de los guardianes se había descontrolado.

¿Y si a todos los demás les ocurriera algo igual o parecido? Las antiguas reliquias eran una pieza fundamental en el plan que con tanto cuidado habían diseñado los sheikah y el rey Rhoam.

Sin ellas, estaríamos condenados.

"No", me dije. "Eso no pasará. Los sheikah lo tienen todo bajo control."

Ellos siempre lo tenían todo bajo control. Y aquel caso no podía ser menos.

Zelda salió de los aposentos de su padre y se unió a mí en silencio. Su rostro no estaba surcado de

lágrimas, y sus ojos no brillaban de ira. Por el contrario, su expresión permanecía serena, inmutable.

—¿Ha ido... bien? —me atreví a preguntar.

—El rey ordena que acuda a la Fuente de la Sabiduría el día en que cumpla diecisiete años. —Una diminuta sonrisa se dibujó en sus labios—. Y hasta entonces, podemos hacer lo que nos venga en gana.

***

Zelda quiso aprovechar bien su "último día de libertad" —así lo había llamado—, y eso fue lo que hizo, en mi compañía; cabalgamos a través de la llanura de Hyrule; visitamos pequeños asentamientos que se encontraban esparcidos por el centro del reino ocultos bajo las capas, e incluso exploramos algún rincón del camino que había pasado desapercibido hasta ese momento.

Todavía conservaba la florecilla que Arwyn me había dado para Zelda. La había dejado a buen recaudo en las alforjas de Sombra. Allí estaría segura y no sufriría ningún daño.

Y, por supuesto, también había estado cuidando de ella. Antes de que abandonáramos Hatelia, mi hermana me había cedido ciertas instrucciones básicas para que no se marchitara.

El problema era que no lograba reunir el valor suficiente para dejarle la flor de una vez. Ella era una princesa; probablemente había recibido miles de regalos mejores que el mío.

Y, no obstante... Si por fin me decidía a darle la florecilla, estaría sellando una promesa. Le estaría hablando sin necesidad de palabras.

Solo esperaba que ella lo entendiera.

—Link... —murmuró mientras paseábamos por una arboleda bajo la anaranjada luz del crepúsculo—, ¿encontraste algo?

—¿Encontrar? ¿Encontrar el qué?

—Lo que tú ya sabes.

—Te juro que no sé de qué estás hablando.

Me asestó un leve codazo.

—Sabes muy bien de qué estoy hablando.

Se me escapó un suspiro.

—Mi *regalo* no es digno para una princesa —mascullé.

Su ceño se frunció.

—No digas tonterías. Todo lo que proviene de ti es maravilloso y perfecto. Y no tienes por qué avergonzarte. —Me sonrió—. No le vas a dar ese regalo a la princesa de Hyrule. Me lo vas a dar a mí. A Zelda.

Tomé aire. Aquello podía salir muy bien... o podía salir muy mal. No había término medio.

—Está bien —accedí al final. Percibí que la sonrisa de Zelda se ensanchaba.

Fui hacia Sombra, que pastaba junto a Nieve. Saqué la flor de las alforjas y regresé con Zelda, manteniendo mi regalo —si aquello podía considerarse un regalo, claro estaba— oculto tras mi espalda.

—Cierra los ojos.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—Solo hazlo.

Me hizo caso y cerró los ojos. Me acerqué a ella y situé la Princesa de la Calma bajo su nariz.

—Huele a... a... —musitó después de que hubiera advertido el dulce olor de la flor—. Diosas, ¿esto es... ?

Sus ojos se abrieron de par en par. Una exclamación ahogada brotó de su interior.

—Link, ¿cómo has... ?

—Mi hermana consiguió hacer que creciera. Y me dijo que era tu flor favorita, y yo... yo... Sé que no es digno para una princesa como tú, pero solo quiero que sepas..., que entiendas...

Ella puso un dedo sobre mis labios, silenciándome.

—¿Qué quieres que entienda?

—Que..., que yo... —Suspiré—. No puedo decirlo.

Soltó una risita.

—Te ayudaré —sonrió—. Creo recordar que, según se dice, las Princesas de la Calma no solo son flores. También simbolizan...

—... amor eterno —acabé por ella en voz baja.

—Diosas —susurró—, ¿era eso lo que querías que supiera?

Mi única respuesta fue asentir con la cabeza.

—No se me dan bien estas cosas —musité.

—¿Sabes qué? Yo también tengo un regalo para ti.

Fruncí el ceño.

—Hoy no cumplo dieciocho años.

—Lo sé —replicó, encogiéndose de hombros—. Pero eso no es lo importante. —Se le escapó otra risita—. Necesito que cierres los ojos.

Miré a nuestro alrededor con desconfianza.

—Zelda...

—Nadie va a hacernos daño aquí —me interrumpió—. Vamos. Cierra los ojos.

—Está bien —gruñí mientras obedecía.

Ella no dijo nada más. De pronto, sentí que sus dedos rozaban una de mis mejillas. Percibí su inesperada cercanía; el único olor que me llegaba era el *suyo* .

Abrí los ojos para encontrarme con su mirada clavada en la mía.

—Aún no te he dicho que abras los ojos —murmuró—. Has estropeado la sopresa.

Sonreí.

—No me importa.

Zelda me devolvió la sonrisa.

—¿Sabes una cosa? A mí tampoco me importa.

Y, despacio, hizo que nuestros labios se juntaran.

Ella era delicada, cálida, perfecta. Me perdí en aquel contacto nuevo, que llevaba tanto tiempo esperando.

No obstante, se separó antes de lo que me hubiera gustado.

Sus ojos brillaban. La luz que irradiaban era más brillante que esa que siempre aparecía cuando estudiaba a las antiguas reliquias. Cogí la Princesa de

la Calma, que todavía sostenía entre sus manos, y la coloqué detrás de su oreja. Mis brazos fueron a parar alrededor de su cintura. Ella se estremeció y se le escapó un leve suspiro. Durante unos instantes, tan solo la contemplé. Repasé cada uno de sus rasgos, cada una de las líneas de su rostro... y mi mirada se demoró en sus labios.

Quería hacerlo otra vez. Quería experimentar de nuevo aquella sensación que era imposible de descibir; quería que la misma corriente de energía me recorriera el cuerpo entero una vez más.

Me incliné con lentitud. Y la besé.

El corazón me latía muy deprisa. Sus dedos se enredaron en mi pelo, se aferraron a las mangas de mi túnica como si ella pensara que iba a huir en cualquier momento. La estreché con fuerza entre mis brazos y la atraje más hacia mí para hacerle ver que eso no sucedería, que nunca me alejaría de su lado.

Quizá estuvimos así durante un breve instante. O quizá durante una hora. O dos. No estaba seguro. Debió de ser mucho tiempo, porque al cabo de un rato empezó a faltarme el aire.

—Espera —jadeé mientras me separaba de ella. Apoyé mi frente contra la suya—. Esto ha sido increíble. *Tú* eres increíble. Pero no deberíamos...

—Lo sé —susurró con la voz rota—. Sé que no deberíamos.

—Y aun así... aun así te quiero.

Esbozó una diminuta sonrisa.

—Y yo a ti.

Yo también sonreí.

—El Cataclismo está cerca. Sé que tú también lo sientes.

—Tengo miedo —volvió a susurrar—. ¿Qué pasaría si... ?

—No pienses en eso —musité—. Terminaremos con ese monstruo. Y después... después todo será mucho más fácil para nosotros.

Zelda asintió, comprendiendo.

—Tú tendrás un título. Serás el... el Héroe de Hyrule. Contarás con tantos derechos como el resto de la nobleza.

—Y tu padre no podrá negarse a que quien ha salvado su reino pida la mano de su hija.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Así que pensando ya en una boda, ¿eh?

—Diosas, no —reí—. Después del Caraclismo tendremos todo el tiempo del mundo.

—Después del Cataclismo —repitió ella, disfrutando de cada palabra—. Necesito que hagas algo por mí, Link.

—¿El qué?

—Prométeme que nunca te olvidarás me mí. Prométeme que nunca olvidarás que te quiero.

—Nunca lo olvidaré. —Acaricié el dorso de su mano—. Te lo prometo.

———

Hale, ya está.

Yo ya sabía que esto iba a pasar en el capítulo 28, y aun así me puse en plan fangirl mientras escribía.

Pero bueno, lo importante es que el ship ya ha zarpado.

P. D: Link, amigo, espero que hayas disfrutado de la primera escena del capítulo, porque esa ha sido la última vez que verás a tu hermana.

Chapter 30

Capítulo 29

Punto de vista de Zelda

Había una luz. Entre el resplandor dorado, fui capaz de distinguir la silueta de algo... o más bien de alguien.

Resultó ser una mujer. Sus cabellos eran como los rayos del sol, y sus ojos, como las aguas de un mar en calma. No tenía aspecto de ser hyliana, y aun así su cálida mirada me recordó, por alguna razón, a la mía propia.

Advertí que ella movía sus labios. No obstante, no alcancé a escuchar ningún sonido proveniente de ellos.

Quise acercarme, quise entender lo que decía. Pero pronto comprendí que no podía moverme.

Un rugido ensordecedor hizo que me estremeciera. Una sombra había aparecido de la nada; era densa, espesa, violácea. Pese a que no tenía forma, sabía *qué era* aquel ser.

Absorbió a la luz sin mostrar piedad, y justo cuando estaba a punto de engullirme a mí también, abrí los ojos.

Me incorporé de golpe y miré a mi alrededor, esperando ver de nuevo a aquella bestia. Y tan solo me encontré con árboles, con la oscuridad de la noche y con el canto de los grillos.

-¿Estás bien?

Link me observaba desde el otro lado de la hoguera, sobresaltado.

-Solo ha sido una pesadilla -jadeé, intentando convencerme a mí misma de que era cierto-. Solo eso. Una pesadilla.

Él frunció el ceño y se mantuvo en silencio durante unos instantes, con la mirada fija en las llamas.

-Ven aquí -dijo al final.

Me puse en pie y fui rápidamente hacia donde estaba. Me acurruqué junto a él, deseando sentir la calidez que desprendía su cuerpo. Deseando tenerle cerca.

Me cubrió con una manta y luego me resguardó entre sus brazos, como si así pudiera protegerme de cualquier peligro.

-Cuéntame qué ocurría en tu pesadilla -me susurró al oído.

-Yo... Estaba en un lugar vacío y... de pronto vi a una mujer. Ella quería hablarme, quería decirme algo. Pero no podía entenderla. Luego una sombra apareció y... -Reprimí un escalofrío-, y estuvo a punto de..., de tragarme.

-¿Qué crees que significa?

-No lo sé -respondí-. Quizá era un sueño profético; he leído que a algunas de mis antepasadas les ocurría algo parecido...

-Quizá era una advertencia.

-¿Una advertencia?

-Puede que lo fuera -replicó él, encogiéndose de hombros-. Quizá esa... esa mujer quería advertirte de algo. De algo relacionado con...

-... con el Cataclismo -acabé con un hilo de voz-. Diosas, eso significa que está muy cerca. Y yo... yo no estoy preparada...

-No digas eso -murmuró. Sus dedos acariciaban mi pelo con cuidado, de forma delicada-. Todo irá bien, ya lo verás. Si hace diez mil años ganamos con esta misma estrategia, ¿por qué ahora no iba a ocurrir lo mismo?

***

El camino que llevaba hasta la cima del Monte Lanayru era escarpado. Pero allí se encontraba la Fuente de la Sabiduría, de modo que no me quedaba

otra opción que recorrerlo, por muy peligroso que fuera.

La nieve me llegaba por encima de los tobillos. Lo peor de todo era la brisa gélida, que no cesaba de atormentarnos. El frío conseguía traspasar las plumas orni de las que estaban hechas nuestras ropas.

Miré a Link de reojo. Sus mejillas se habían arrebolado a causa del gélido ambiente que nos rodeaba, y la punta de su nariz también poseía un ligero tono rojizo.

Diosas, era incapaz de mantener la vista fija en él durante mucho rato. Aún recordaba lo suaves que eran sus labios, la ternura con la que sus manos ásperas habían rozado mi rostro.

Ojalá pudiera revivir aquel momento... Al menos había quedado grabado en mi memoria para siempre. Y esperaba que en la suya también.

Él se dio cuenta de que le observaba y me sonrió. Sus dedos se entrelazaron con los míos antes de que tuviera tiempo de sonreírle de vuelta.

-¿Qué crees que dirán los elegidos si tampoco consigo despertar mi poder esta vez? -le pregunté.

Había estado pensando en eso durante días. Las últimas veces que había acudido a una fuente sagrada lo había hecho en compañía de Link, y él nunca me había dirigido un comentario hiriente ni una mirada de decepción.

Sin embargo, en esa ocasión los elegidos habían decidido acompañarnos en nuestro regreso al castillo, por lo que nos aguardarían al pie del Monte Lanayru. Si fracasaba de nuevo, tendría que admitirlo ante ellos también.

-Los elegidos no te juzgarán -respondió-. Ellos... ellos no son como tu padre. Bueno, quizá Revali...

-¡Link! -exclamé, reprendiéndolo-. Deja a Revali en paz.

-No he dicho nada. -Alzó la mano que tenía libre en señal de rendición-. Pero sabes que Revali es idiota -añadió en un susurro.

Dejé escapar un resoplido de molestia, pero no discutí su pequeño comentario.

El viaje se me hizo largo, muy largo. Durante la mayor parte del recorrido, tuve la sensación de que aquel maldito sendero era interminable. Y, cuando al fin alcanzamos la cima del Monte Lanayru, me dolía el cuerpo entero. No obstante, no podía detenerme. No aún.

-Estás loca -fue lo único que Link logró decir al verme aparecer vestida con la fina túnica que usaba en mis rituales-. ¿De verdad vas a... ?

-Es la única forma de hacerlo, Link -murmuré.

Por un breve instante, estuve convencida de que él iba a replicar. Sin embargo, acabó desistiendo y continuó montando guardia frente a la entrada de la fuente, de espaldas a mí.

-Si enfermas, no digas que no te lo advertí -le oí gruñir.

-No estaré dentro mucho tiempo. Te lo prometo.

Él gruñó de nuevo, aunque esa vez no conseguí comprender lo que decía.

Sonreí y me dirigí hacia la fuente, haciendo todo lo posible por ignorar el aire gélido, por olvidar que estaba rodeada de nieve y hielo. Me adentré en las aguas despacio.

El frío arañaba mi piel como el filo de una espada. Se clavaba en mis huesos. Y dolía.

A duras penas logré reprimir un estremecimiento antes de comenzar con las plegarias.

-Diosa Hylia, protectora de todos los seres de esta tierra -empecé a recitar. Mi voz era un susurro casi inaudible-, una vez más, vengo aquí en busca de vuestra ayuda. Ya he cumplido la edad necesaria para acudir a la Fuente de la Sabiduría, por lo que esta es... es mi última esperanza. La amenaza del Cataclismo está muy cerca, y por ello ahora más que nunca os ruego que me guieis.

Esperé. Esperé durante casi una hora, pero nada ocurrió. Y, pronto, comprendí que también allí había fracasado.

No obstante, congelarme en una fuente sagrada no entraba en mis planes.

-Link...

Él me ayudó a salir de allí. Me envolvió en al menos tres mantas gruesas y me llevó a un rincón apartado, en el que estábamos más resguardados del frío.

Hizo que me sentara sobre su regazo. Yo escondí mi rostro en su pecho, agradeciendo la calidez que desprendía su cuerpo y, por supuesto, también la que me transmitía la hoguera que Link había conseguido encender.

-Estás helada -susurró mientras buscaba mis manos por debajo de las mantas-. Te dije que...

-Lo sé. -Me castañeteaban los dientes-. P-pero tenía..., tenía que intentarlo. Los l-libros dicen...

-Me da igual lo que digan los libros -interrumpió, quizá con demasiada brusquedad-. Solo me importas tú, Zelda.

Deposité un suave beso en su mejilla.

-Ya lo sé. -Jugueteé con sus dedos durante un rato. La pregunta que ninguno de los dos nos atrevíamos a

formular no tardó en hacerse presente-. Yo... He vuelo a fallar.

-No has vuelto a fallar -replicó él-. Has hecho todo lo que has podido.

"Pero eso no es suficiente."

Opté por no responder.

Nunca supe cuánto tiempo permanecimos así, abrazándonos el uno al otro. Intenté desfrutar de cada breve instante. Y cuando Link por fin sugirió que recogiéramos las cosas e iniciáramos el descenso, una especie de angustia comenzó a oprimirme el corazón.

Aún era muy pronto. Quería resguardarme en aquel último momento de paz antes de que nos viéramos obligados a enfrentarnos a los que nos aguardaba al pie de la montaña.

Pese a todo, emprendimos el camino de regreso.

Y, como yo me temía, los elegidos nos esperaban abajo.

No tardé en percibir el escrutinio de Urbosa. Alcé la mirada hacia ella, avergonzada. No hicieron falta palabras para que lo comprendiera.

Puso su mano sobre mi hombro, intentando reconfortarme.

-Yo... Lo siento -murmuré-. Lo siento mucho.

-No, alteza. no tenéis por qué disculparos. -Urbosa me sonrió-. No es culpa vuestra.

Los demás se mantuvieron en silencio. No me parecía que ninguno estuviera juzgándome. Incluso Revali se había ablandado un poco.

-Estoy segura de que debe haber otra manera de lograr que vuestro poder despierte -dijo Urbosa.

"Sí", repliqué para mis adentros. "Pero ¿cuál?"

-Alteza. -Me sorprendió escuchar la voz de Mipha-. Si me lo permitís, podría daros un... consejo.

Asentí, invitándola a continuar.

-Últimamente he estado pensando en... en lo que siento cuando estoy utilizando mi poder curativo. Y yo... me he dado cuenta de que...

Pero no pudo acabar su frase.

Porque la tierra comenzó a sacudirse bajo nuestros pies. Y, acto seguido, un rugido ensordecedor llegó hasta mis oídos.

-¿Estás bien? -me preguntó Link en un susurro una vez el temblor hubo disminuido su intensidad.

-Sí...

Revali alzó el vuelo. Alcancé a oír su exclamación ahogada.

-Viene del... del castillo -dijo mientras regresaba junto a nosotros.

No obstante, ya no hacía falta que nos informara de eso. La nube violácea había comenzado a extenderse por todo el cielo. Y tanto los elegidos como yo sabíamos qué significaba.

El Cataclismo.

La profecía se había cumplido y Ganon había regresado para tratar de arrasar Hyrule de nuevo.

"No." El miedo comenzó a apoderarse de mí. "Por favor. no estoy preparada."

Nunca lo había estado.

La mano de Link se cerró con fuerza en torno a la mía.

Ay, Ganon, amigo, cuánto tiempo. Ya te estábamos echando de menos, ¿a que sí?

Bueeeeno, nuestro esperadísimo Hyrule Warriors: Age of Calamity también ha llegado. Y debo decir que, aunque no es exactamente lo que me esperaba, lo poquito que he jugado hasta ahora me está encantando.

Y por cieeeerrrto, el próximo capítulo estará escrito desde el punto de vista de nuestro querido, amado y adorado monarca y padre del año, Rhoam.

:o

Chapter 31

Capítulo 30

Punto de vista de Rhoam

"Zelda se dirige a la Fuente de la Sabiduría. Es la última oportunidad que nos queda para despertar su poder. Si fracasa, no voy a regañarla. Ha hecho todo lo que ha podido durante estos diez años, no es su culpa. Exigirle tanto no ha sido el mejor modo de ayudarla. Quizá su poder despierte de otra manera.

Le permitiré que siga investigando las reliquias. Puede que eso la ayude a encontrar alguna pista.

Ahora tan solo me resta esperar su regreso."

Dejé la pluma sobre la mesa. La luz del atardecer se colaba por las enormes ventanas, bañando la habitación entera de un color anaranjado.

Había vuelto a perder la noción del tiempo.

Me puse en pie y contemplé el mundo que se reflejaba a través de los cristales. Abajo, en los jardines, los sheikah trabajaban con un elevado número de guardianes. Y, a lo lejos, muy a lo lejos, era visible el Monte Lanayru.

Allí se encontraba Zelda, en compañía del caballero elegido. Apreté los puños con fuerza al observar la nieve que cubría la cima de la montaña, donde estaba la Fuente de la Sabiduría.

¿Qué clase de padre ordenaría a su hija a rezar en un lugar como aquel? ¿Qué clase de padre privaría a su hija de hacer lo que de verdad le apasionaba?

Yo. Yo era esa clase de padre.

Si su madre estuviera a mi lado, todo sería mucho más fácil.

Ella siempre sabía qué hacer. Era tan parecida a Zelda...

No obstante, nos había abandonado demasiado pronto.

Y, pese a todo, lo que más deseaba en el mundo era que Zelda fuese feliz. Si de mí dependiera, la liberaría de sus cargas, del peso que constantemente debía llevar sobre sus hombros.

Pero no podía. Porque no era solo su padre. También era el rey. *Su* rey. Y, por desgracia, la felicidad de mi hija iba en contra de la felicidad del reino.

Así eran las cosas.

Unos golpecitos en la puerta de mis habitaciones hicieron que regresara a la realidad. Después de que hubiera dado el permiso para entrar, un siriviente asomó la cabeza por el umbral.

-Majestad. -Se inclinó en señal de respeto-. Me envían los sheikah. Desean que os informe de que han logrado reactivar a todos los guardianes.

-¿A... todos? -repetí sin ocultar mi asombro.

No pude evitar imaginarme la forma en que Zelda reaccionaría si se enterara. Seguro que su rostro se iluminaría. Seguro que volvería a mostrar aquella sonrisa tan parecida a la de su madre.

-Así es -respondió él-. El líder de la investigación agradecería que fueseis a analizar los resultados, majestad.

No tenía nada mejor que hacer.

De modo que asentí y, acompañado de mi guardia personal, accedí a los jardines del castillo. Observé como los guardianes iban de un lado a otro, moviendo sus largas patas metálicas. Los sheikah les contemplaban con atención, maravillados, y tomaban notas en hojas de pergamino.

Rotver no tardó en divisarme y dirigirse hacia mí. Su sonrisa era amplia, más que de costumbre.

-¡Es increíble, majestad! -exclamó-. Las investigaciones han dado sus frutos, ¿lo veis? Os dije que nunca hay que rendirse.

-¿Eso dijiste?

-Pues claro, majestad -respondió rápidamente-. Acompañadme.

Permití que me guiara a través de aquellos jardines en los que los sheikah se habían asentado.

-Fijaos en cómo se mueve ese de ahí -dijo Rotver, señalando al guardián que teníamos en frente-. Creo que al fin hemos logrado comprender cómo funcionan sus mecanismos. Si investigamos un poco más, es probable que averigüemos cómo controlarlos a nuestro antojo.

-Pero los guardianes tienen voluntad propia, ¿no es así? -inquirí.

-Oh, por supuesto. -Le restó importancia con un gesto-. Pero estos artefactos fueron creados para ayudarnos. No anularemos su voluntad propia; tan solo haremos unos ajustes para que, en caso de que algo salga mal, seamos capaces de...

Un temblor hizo que Rotver enmudeciera de golpe. La tierra comenzó a sacudirse con violencia bajo nuestros pies.

Y, de pronto, el cielo se oscureció, quedando cubierto por una sombra.

Una sombra...

"El Cataclismo", comprendí con horror.

Los shiekah empezaron a removerse, nerviosos. Fueron a dar la orden a los guardianes para que se pusieran en movimiento. Pero aquellos artefactos, aquellos artefactos que tanto les había costado reactivar, estaban quietos como estatuas.

Todo sucedió muy deprisa.

La sombra se arremolinó alrededor del castillo, sumiéndolo en tinieblas. Se enroscó igual que una serpiente y rodeó la fortaleza. El mismo baluarte que había pertenecido a mi familia desde tiempos inmemoriales.

El Cataclismo... Aquel monstruo había surgido de los cimientos del castillo.

¿Eso significaba que siempre había estado ahí, bajo nuestros pies, esperando el momento adecuado para resurgir?

No logré hallar una respuesta porque, de forma repentina, sentí que alguien tiraba de mí. Escuché un ruido ensordecedor.

Una explosión.

-Los guardianes...

Brillaban con una luz violácea. La misma que desprendía el Cataclismo.

Disparaban. Disparaban a los sheikah, a sus propios creadores. Disparaban a mis caballeros, a mis soldados, a los guardias que hacían ronda en los jardines. Me disparaban *a mí* .

-Debemos sacaros de aquí, majestad -oí decir a uno de los miembros de mi guardia personal.

Sus espadas se encontraban desenvainadas. El acero reflejaba tímidamente el color del aura de Ganon.

Había sido un padre horrible. Pero me negaba a ser un rey igual de pésimo.

-No -respondí-. Debo permanecer aquí.

-Pero, majestad -protestó otro de los caballeros-, este lugar ya no es seguro. Tenemos que poneros a salvo...

-Haréis lo que yo os diga -sentencié con firmeza-. Tú -añadí, dirigiéndome a un soldado-, ve a buscar al capitán. Dile que envíe parte de nuestras fuerzas a la Ciudadela. Primero evacuaréis a los que viven allí. Luego seguiréis con el resto de aldeas que corran peligro. También dile que mande a las tropas al Bastión de Akkala. Si el castillo cae, debemos tener otro lugar desde el que proteger el reino. ¿Queda claro?

-Sí, majestad.

-Bien. Ahora ve. Deprisa.

El soldado se perdió entre los guardianes. Recé una oración silenciosa a las Diosas Doradas para que consiguiera cumplir con la tarea que le había encomendado.

-¿Qué pasa con los elegidos, majestad? -me preguntó uno de mis caballeros.

-Ellos ya saben cuál es su deber -fue mi simple réplica.

Los cuatro elegidos se dirigirían a sus Bestias Divinas. Las pondrían en marcha para ayudar al

caballero portador de la Espada Destructora del Mal a descargar el golpe final. Y luego mi hija...

"Ella lo conseguirá", me dije.

Después, todo volvería a la normalidad. Habría paz. Zelda podría ser feliz, vivir su vida sin el peso de un reino entero sobre sus hombros. Sin un padre que constantemente la presionaba.

Porque ya era demasiado tarde para mí.

El mundo a mi alrededor de había convertido en un caos de sangre y explosiones. Algunos sheikah aún seguían en pie. Otros, por desgracia, no.

Sabía que no había escapatoria posible.

Los refuerzos no tardaron en llegar. Se afanaron en protegerme. Y eso hicieron. Me defendieron hasta su último aliento. Pero sus espadas no eran mágicas, no tenían la capacidad de traspasar el duro material del que estaban hechos los guardianes.

Y, pronto, me quedé solo. Solo frente a toda aquella horda de guardianes. Aferré una de las espadas

desgastadas que estaban esparcidas por el suelo. Al menos valía la pena intentarlo.

Gracias a las Diosas Doradas, fue rápido. Doloroso, pero rápido. Porque el guardián no se hizo de rogar y disparó.

La sangre no tardó en mezclarse con el barro y las gotas de lluvia que habían comenzado a caer en algún momento, no sabía cuándo.

Escuchaba las pisadas de los guardianes. Estaban cerca, cada vez más cerca, listos para terminar con lo que habían empezado.

Pensé en Zelda. Recordar su rostro, tan parecido al de su madre, hizo que el dolor disminuyera.

"Perdóname", le supliqué mientras agonizaba en el suelo y la vida se me escapaba entre los dedos.

Creo que este capítulo es bastante parecido al que escribí en el manuscrito/primer borrador/ horrible desastre/primer truño (en serio, los borradores de esta historia son TERRIBLES.

Cuando acabe de publicar y no tenga que seguir reescribiéndola lo más probable es que los queme o los tire a la basura o haga cualquier cosa para que estén bien lejos) de *Hace 100 años* .

Aaaaah, cuánto cringe dan esos borradores…

Volviendo a lo importante: ¿por qué decidí escribir este capítulo desde el PdV de Rhoam?

Perfectamente podría haberme ahorrado horas de sufrimiento y lágrimas (porque se vienen más en el siguiente capítulo, no os preocupéis).

Pero la verdad es que Rhoam siempre me ha parecido un personaje muy interesante. Y, después de leer su diario, me di cuenta de que, en realidad, es uno de los personajes más complejos de BOTW.

Con esto no quiero decir que me caiga bien. Toma muy malas decisiones.

Tan solo os pido que os pongáis un momento en su piel. Y quizá así podréis entenderle.

Y ahora sí, después de este speech salido de ninguna parte, me despido.

(la nota de la autora casi tiene más palabras que el propio capítulo pero QUÉ MÁS DA).

Chapter 32

Capítulo 31

Punto de vista de Link.

La nube de oscuridad se extendía cada vez más rápido.

Cabalgábamos deprisa, forzando a los caballos, intentando llegar a tiempo para detener aquella catástrofe.

Zelda se había empecinado en acompañarme. Y yo me había negado en rotundo. Pero ella era tan, tan testaruda...

De modo que allí estaba. A mi lado. Aferrándose con fuerza a las riendas de Nieve.

Recorrimos los senderos que llevaban hasta el castillo, atentos ante cualquier señal de peligro. Y, a medida que nos íbamos acercando a la Ciudadela, los sonidos lejanos que resonaban por toda la Llanura de Hyrule se tornaban claros y vívidos.

Eran gritos. Precedidos por disparos.

Las llamas tampoco tardaron en hacerse visibles. De pronto, había humo por todas partes.

Tiré de las riendas de Sombra con brusquedad.

-¿Qué ocurre? -me preguntó Zelda.

-Tenemos que seguir a pie.

-Pero, ¿y qué pasa con los caballos?

-No puedo arriesgarme a que entren ahí -respondí mientras desmontaba-. No sé qué demonios está pasando dentro de esas murallas. -Acaricié el hocico de Sombra con lentitud-. Estarán bien -añadí, tratando de convencerme a mí mismo de que esas palabras eran ciertas.

Ella fue a replicar. No obstante, en el último momento pareció comprenderme y desistió.

Bajó de su montura y le susurró algo que no alcancé a oír.

-Vuelve a casa -le dije a Sombra. Mi voz era apenas un murmullo-. Y llévate contigo a Nieve.

Me giré y extendí mi mano, ofreciéndosela a Zelda. Ella inspiró hondo y entrelazó sus dedos con los míos.

-Cuando lleguemos a la Ciudadela -empecé, observándola fijamente-, no cometas ninguna locura. No te alejes de mí. -Apoyé mi frente contra la suya y cerré los ojos-. No quiero que te suceda nada.

Sentí como ella rozaba mi mejilla con la mano que tenía libre.

-No me sucederá nada -me prometió-. Pero yo tampoco quiero que nada malo te pase a ti, Link. Así que no seas temerario. Y, sobre todo, no te excedas, ¿me has entendido?

Sonreí.

Y, sin embargo, no fui capaz de prometerle que le haría caso.

Emprendimos la marcha en dirección a la Ciudadela. Mientras andábamos, alcé la vista hacia el castillo. Aquella sombra espesa se había enroscado a su alrededor. Parecía dominarlo todo desde allí, amenazante.

Mi mirada se encontró con algo que no había visto nunca.

Cuatro enormes pilares habían brotado de la tierra, y rodeaban la fortaleza como unos centinelas. Desprendían una luz violácea, el mismo color que el que poseía la sombra.

La sombra a la que yo debía enfrentarme. Con la ayuda de los cuatro elegidos, claro estaba.

Nos habíamos separado al pie del Monte Lanayru, poco después de que el Cataclsimo despertara. Ellos se habían marchado junto a sus Bestias Divinas, que también eran visibles desde la posición en la que Zelda y yo estábamos.

No obstante, los artefactos habían dejado de brillar.

"Aún hay tiempo", me dije.

Un alarido de dolor resonó de pronto. Aquella era la señal que nos avisaba de que ya estábamos cerca de la Ciudadela.

Y, en efecto, el lugar más concurrido de todo Hyrule no tardó en aparecer frente a nuestros ojos.

Se había convertido en un mar de caos y destrucción. Las casa ardían, a punto de ser consumidas por las llamas. La gente corría, huía..., ¿de qué?

Zelda lo vio antes que yo.

-Los guardianes... -gimió con un hilo de voz. Su mano se aferró con más fuerza a la mía.

Uno de aquellos artefactos salió de la nada. Contemplamos como perseguía a una joven hyliana. Ella trataba de escapar, de encontrar un lugar en el que esconderse.

Pero no fue lo suficientemente rápida.

Y no aparté la mirada a tiempo.

Mis ojos se abrieron de par en par tras presenciar aquel espectáculo macabro. A mi lado, Zelda dejó escapar un grito.

-No lo mires -le susurré. Me percaté de que su rostro se había vuelto pálido-. Zelda, necesito que...

Me interrumpí a mitad de la frase.

Había percibido algo a mi espalda.

Aquella extraña sensación no se repitió durante unos tensos instantes, haciéndome creer que había sido producto de mi imaginación.

No obstante, de pronto sucedió otra vez.

Se removía. Aunque no tuviera voz, me llamaba.

La espada... La Espada Maestra me avisaba. Me alertaba del peligro.

Porque, sin previo aviso, las Bestias Divinas comenzaron a brillar en la lejanía. Pero su brillo no era el de siempre.

Era el mismo que poseían los guardianes, que destruían la Ciudadela, inmisericordes. Era el mismo que desprendía aquella sombra que rodeaba el castillo.

Un mal presentimiento empezó a oprimirme el corazón.

¿Y si a los elegidos les había ocurrido algo? ¿Y si habían... ?

"No. No, no no, no... "

-¡Tú! -exclamó Zelda de pronto, sacándome de mis pensamientos. Se había acercado a un soldado. Sus ropas estaban cubiertas de sangre, y su mirada, llena de pánico, no dio señal alguna de haber reconocido a su princesa-. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde está el resto de los soldados? ¿Y... el rey? -Su voz tembló.

-Ese monstruo surgió de los mismísimos cimientos del castillo. Se hizo con el control de esas... de esas cosas. -Miró a su alrededor, como si temiera que un guardián apareciera de repente entre todo aquel caos-. La Ciudadela ha caído. Los soldados estamos intentando sacar de aquí a los que hayan logrado sobrevivir a esta masacre. Parte del ejército se ha marchado hacia el Bastión de Akkala para intentar defender el reino desde allí. El rey... Me temo que el rey no logró salir del castillo. Y..., y... -Suspiró con pesar-. Será mejor que me vaya. Buena suerte.

Mientras aquel soldado se alejaba, sentí las uñas de Zelda clavándose en la palma de mi mano.

Y, sin previo aviso, sus dedos se soltaron de los míos y ella echó a correr.

-¡Zelda!

Fui tras ella a toda prisa. Me interné en el corazón de aquella catástrofe, donde el humo era negro, denso y espeso.

Corrí. Corrí como nunca lo había hecho, pero no había ni rastro de ella. Se había perdido en medio de aquel caos.

Igual que yo.

-¡Zelda! -la llamé de nuevo. Me detuve, jadeante, esperando una respuesta. No recibí ninguna.

Había fallado. Le había fallado a todo el mundo. Al rey, a quienes vivían en la Ciudadela y en los alrededores de la Llanura de Hyrule, e incluso a los cuatro elegidos. No sabía qué había ocurrido con ellos, y aun así, estaba convencido de que el brillo que habían adquirido sus Bestias Divinas no auguraba nada bueno.

Y Zelda...

Debería haber sido más rápido. No debería haberla dejado marchar, no debería haber permitido que me acompañara a la Ciudadela.

Era culpa mía. Toda aquella catástrofe era culpa mía.

Las lágrimas no tardaron en agolparse en mis ojos. Eran lágrimas de impotencia, de rabia, de puro terror. Por una vez, estaba dispuesto a ceder. Por una vez, no opuse resistencia.

Aguardé a que la primera comenzara a resbalar por mi mejilla.

Y fue entonces cuando lo sentí.

La Espada Maestra me llamaba de nuevo. Y, en esa ocasión, comprendí lo que quería decirme.

Así que desenvainé.

Se me escapó una involuntaria exclamación ahogada al ver el brillo que desprendía la hoja. Era azulado, casi plateado.

Sopesé el acero en mis manos como si lo sostuviera por primera vez.

Aquella luz... aquella luz podía iluminar mi camino.

Eché a correr, guiándome por el resplandor que irradiaba la Espada Destructora del Mal.

No descansé hasta encontrar a Zelda.

Y, al distinguir su figura rodeada por el denso humo, una oleada de alivio me recorrió de arriba a abajo.

Me acerqué a ella entre toses.

-Diosas -susurré, casi sollocé-, me has asustado. Me has asustado mucho, Zelda.

Mi voz se rompió y no fui capaz de continuar.

-Lo siento, Link. -Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. La envolví con mis brazos, permitiendo que se resguardara allí-. Lo siento, lo siento...

-No importa. -Permanecimos unos instantes en silencio. De repente, escuché como tosía-. Tenemos que irnos de aquí.

-Pero el Cataclismo...

-Lo sé.

Lo sabía muy bien. Sin embargo, no estaba dispuesto a poner la vida de Zelda en peligro una vez más.

La cogí de la mano y echamos a correr. Estuvimos vagando en aquel infierno durante un rato que se me hizo eterno, hasta que al fin la cortina de humo se tornó menos densa.

Me detuve para inspirar una bocanada de aire puro. Zelda, a mi lado, hizo lo mismo.

Solo entonces me fijé en lo que nos rodeaba.

Nos encontrábamos en las afueras de la Ciudadela. Allí, los horribles sonidos de la masacre que estaba teniendo lugar más adelante eran ahogados, lejanos.

No había nada que indicara que estábamos en peligro.

Aun así, me mantuve alerta, con la Espada Maestra, que todavía conservaba su brillo, desenvainada.

Por ello, cuando las pisadas llegaron hasta mis oídos, ya estaba preparado.

Resguardé a Zelda detrás de mí y luego alcé la vista para enfrentarme al guardián.

Su único ojo estaba clavado en mí, listo para disparar.

Busqué un punto débil, una zona vulnerable que mi espada pudiera perforar.

Su cuerpo entero estaba recubierto de una gruesa y dura capa metálica. Su cuerpo entero... menos sus patas.

Me abalancé sobre el artefacto sin pensármelo dos veces. Blandí la Espada Maestra, que cortó limpiamente dos de las patas del guardián.

"Debería haberme traído un arco... "

Con un arco, aquel proceso habría sido muy fácil.

Pese a todo, la Espada Destructora del Mal fue suficiente. Acabé con el guardián con una rapidez inusitada.

No obstante, aquellos artefactos no tenían piedad. De la nada aparecieron más y más.

Y ahí las cosas empezaron a complicarse.

No podía esquivar cada uno de sus disparos al mismo tiempo. Mis rodillas acabaron ensangrentadas y había abierto un corte en mi mejilla, pero al menos

había conseguido deshacerme de la mayoría de los guardianes.

O eso fue lo que creí en un primer momento.

-Link -murmuró Zelda al tiempo que la segunda oleada de artefactos se aproximaba a nosotros-, no tiene sentido estar aquí. Esta lugar ya... ya ha caído. Lo mejor sería que fuésemos a ayudar donde los soldados hylianos siguen oponiendo resistencia, ¿no crees?

Aunque me doliera aceptarlo, ella tenía razón. No tenía sentido continuar gastando energías en una causa que ya estaba perdida.

Dirigí la mirada una última vez hacia el Cataclismo antes de aferrarme de nuevo a la mano de Zelda y huir de la Ciudadela.

***

Al cabo de un rato, logramos hacer que los guardianes nos perdieran de vista. Pese a ello, seguimos corriendo.

Nos internamos en una arboleda. Y nos encontramos con el Altar Ceremonial, aquel antiguo lugar en el que se solían oficiar las ceremonias importantes.

Allí había sido nombrado escolta de Zelda. Allí había jurado defender y proteger Hyrule de cualquier amenaza.

¿Estaba cumpliendo con mi juramento?

-¡Alteza!

Aquel grito me trajo de vuelta a la realidad.

Un sheikah se apresuraba a llegar junto a nosotros. Al tenerle más cerca, me di cuenta de que se trataba de Rotver.

-Doy gracias a las Diosas Doradas por que estéis bien, alteza -murmuró una vez hubo llegado a nuestro lado-. Por que ambos estéis bien -añadió, corrigiéndose tras percatarse de mi presencia.

-Lo mismo digo, Rotver. -Zelda forzó una sonrisa.

-Nunca habría imaginado que esto sucedería -gimió él-. Nunca.

-¿Qué es lo que ha salido mal?

-No lo sabemos -respondió Rotver-. Diosas, yo estaba en el castillo cuando ese monstruo surgió de lo más profundo de la tierra. Estaba junto a vuestro padre cuando...

-Dime, Rotver -le interrumpió ella-, ¿qué le ha pasado a mi padre?

El sheikah reaccionó con sorpresa al escuchar su pregunta. Supe que no estaba preparado para contestarla.

-Princesa, yo... Lo siento mucho. Es lo único que soy capaz de deciros.

Ella trató de mantenerse firme, de soportar el golpe. Y, sin embargo, no consiguió ocultar el temblor de su voz.

-¿Y... y los cuatro elegidos? ¿Qué ha pasado con las Bestias Divinas?

-Ganon se hizo con el control de las Bestias Divinas, tal y como sucedió con los guardianes -contestó Rotver-. Los elegidos opusieron resistencia, alteza. Lucharon hasta su último aliento. Pero no... no lo lograron.

Sus palabras fueron como una bofetada.

Porque aquello era imposible. Me negaba a creer que ellos hubieran... hubieran muerto. No *podían* haber muerto. Ellos no.

No obstante, en lo más profundo de mi corazón existía la dolorosa certeza de que lo que había dicho Rotver era verdad.

Si los elegidos ya no estaban, eso significaba que... que estaba solo. Que yo era la última esperanza que le restaba a Hyrule.

Tuve que reprimir un escalofrío.

Me atreví a mirar a Zelda. Por su mejilla se deslizaba una lágrima silenciosa.

-Vámonos -le susurré-. Te llevaré a un lugar seguro; te lo prometo.

Ella no contestó. De modo que me despedí de Rotver y me la llevé lejos de allí.

Lejos de la Ciudadela, su hogar, que había quedado reducido a cenizas.

***

Decidí llevar a Zelda a Kakariko. Las hordas de guardianes todavía no habían llegado hasta aquel lugar. Y, gracias a los Picos Gemelos, lo tendrían difícil.

Nos habíamos internado en el bosque, siguiendo el curso del río Hylia. Los árboles nos protegían de los guardianes, pero no nos ofrecían cobijo de la fría lluvia que había comenzado a caer poco después de que nos hubiéramos alejado del Altar Ceremonial.

Una vez Zelda estuviera a salvo en Kakariko, yo tendría que ir al castillo para enfrentarme al Cataclismo en solitario. Y, Diosas, no podía decir que estuviese preparado.

Siempre había pensado que plantaría cara a aquel monstruo con la ayuda de los cuatro elegidos y sus Bestias Divinas.

Pero las cosas no habían salido como esperábamos.

Sin embargo, si aquel era el destino que las Diosas Doradas habían reservado para mí, no iba a huir de él.

De repente, sus dedos escaparon de entre los míos.

Me detuve de forma brusca. Zelda había caído al suelo de rodillas, y no hacía ningún ademán de ponerse en pie. Yo no me veía capaz de obligarla a continuar con nuestra carrera desesperada, por lo que envainé la espada y me arrodillé frente a ella, sobre la hierba húmeda y embarrada.

-¿P-por qué? -la oí murmurar-. ¿Qué hemos hecho mal? Las reliquias... los guardianes... ¿Ha sido una estrategia de Ganon? -Alzó la mirada despacio. Sus ojos estaban desbordados por las lágrimas-. Los elegidos... ellos han..., han... han muerto. Y todo... todo esto... todo esto es culpa mía.

Sus palabras se clavaron en mi corazón. Intenté ocultar el dolor y la culpabilidad lo mejor que pude. Porque, en realidad, me sentía igual que ella.

-He sido incapaz de despertar mi maldito poder sagrado a tiempo -prosiguió entre sollozos-. Y todos mis esfuerzos..., todo mi trabajo durante tantos años... no ha servido de nada. He... he fallado a todo el mundo. A ti, Link..., a Hyrule, a los cuatro elegidos..., incluso a mi padre. Soy un... un fracaso.

Se derrumbó sobre mí y hundió su rostro en mi regazo. Descargó allí todo lo que quedaba dentro de ella. La estreché entre mis brazos, intentando transmitirle calor. Esperanza.

Una esperanza que incluso yo mismo estaba muy lejos de sentir.

Me di cuenta de que algo húmedo había comenzado a resbalar por mi mejilla con lentitud. Nunca supe si se trataba de una gota de lluvia o de una lágrima.

Pese a ello, me deshice de cualquier rastro que la delatara antes de que Zelda pudiera verla.

Tenía que ser fuerte para ella.

-Escúchame -le susurré al oído. Ella levantó el rostro de mi regazo. Tan solo la contemplé durante unos largos instantes. Porque quizá aquella era la última oportunidad que tenía para hacerlo. Y quería recordar a la perfección cada uno de sus rasgos; quería que sus preciosos ojos verdes no desaparecieran nunca de mi memoria-. No eres ningún fracaso -dije por fin. Acaricié sus mejillas con suavidad, secando sus lágrimas-. No es culpa tuya,

¿entiendes? Nada de esto es culpa tuya. Tú no podías saber lo que ocurriría.

-Pero ya debería ser capaz de controlar mi poder. Ni... ni siquiera he logrado hacerlo despertar. N-no lo entiendo. Todas mis antepasadas los consiguieron. ¿Por qué yo no? ¿Por qué, Link?

-No lo sé -suspiré. Y, de repente, lo escuché.

Desenvainé la Espada Maestra y me puse en pie de un salto. Tiré de Zelda para que permaneciera detrás de mí. Ella miraba a nuestro alrededor, con una expresión de terror dibujada en su rostro. Me hubiera gustado decirle que no corríamos ningún peligro, que todo saldría bien.

Pero no quería mentirle.

***

Las hordas de guardianes habían logrado avanzar más de lo esperado. Habían cruzado los Picos Gemelos y habían continuado hasta la Muralla de Hatelia.

Y allí se repitió la misma masacre que había tenido lugar en la Ciudadela.

Me había desviado del camino que llevaba a Kakariko; lo sabía.

Las heridas, que en un principio había juzgado como superficiales, se habían tornado graves; también lo sabía.

No obstante, ya no había vuelta atrás.

Y Zelda era lo más importante. Más, incluso, que mi propia vida.

Porque ella era lo único por lo que valía la pena luchar. Era lo único por lo que valía la pena morir.

Nunca me arrepentiría de haber aceptado ser su escolta. Nunca me arrepentiría de haberle dado una segunda oportunidad, de haberle contado mi historia. Nunca me arrepentiría de haberme enamorado de ella, como tampoco de invertir mi último aliento en su causa. En protegerla.

El disparo de uno de los guardianes con los que llevaba una eternidad enfrentándome me acertó de nuevo.

De pronto, me encontraba en el suelo.

Estaba por todas partes. La saboreaba, la veía, sentía como manaba de mi interior y se escurría entre mis dedos.

Sangre.

Había demasiada sangre.

Cerré mi mano en torno a la empuñadura de la Espada Maestra, que había dejado escapar tras recibir el disparo.

El contacto con aquella arma sagrada no me transmitió nada. No me infundió valor. No percibí su poder fluyendo por mi brazo.

Porque la Espada Destructora del Mal estaba tan herida como yo.

Clavé el maltrecho acero en el suelo cubierto de sangre y barro. Me puse en pie, apoyándome en la

espada. Las rodillas me temblaban, incapaces de soportar mi peso.

Alcé la vista para mirar al guardián. Quizá ya no me quedaba mucho tiempo, pero el odio hacia aquellos artefactos, hacia el Cataclismo, continuaba abrasándome el cuerpo entero.

-Link -escuché sollozar a Zelda a mi espalda-, por favor. Huye de aquí. Estaré bien, te lo prometo. Pero al menos salva tu vida. Te lo ruego...

Ignoré sus súplicas desesperadas; ignoré el dolor que me recorría de arriba a abajo. Reuniendo las últimas fuerzas que conservaba, di un tirón para sacar la Espada Maestra del suelo.

Pese a que mi visión ya comenzaba a nublarse, sabía que el guardián me apuntaba. Sabía que, muy pronto, dispararía.

Y yo estaba preparado para recibir el golpe.

Acepté que todo estaba perdido. Que cumpliría mi juramento y moriría protegiéndola.

Recordé a mi padre y a Arwyn. Ojalá estuvieran bien. Ojalá hubiera podido haberme despedido de ellos como era debido...

De pronto, escuché un grito. ¿Había sido Zelda?

No estaba seguro.

Porque había sonado lejano, muy lejano.

Al instante, algo cálido me envolvió. Una luz. *Su* luz.

Me hubiera gustado sonreírle. Me hubiera gustado decirle que lo había logrado, que había despertado su poder.

Pero cuando la luz se apagó, todo se convirtió en oscuridad.

Os presento el capítulo más largo de toooodo *Hace 100 años*. Sin contar con esta breve nota, en total son 3235 palabras.

Auch. Duele.

P.D: El próximo capítulo será el último.

P.P.D: Pero no os preocupéis. Ya he terminado de escribir la secuela de este fic.

Chapter 33

Capítulo 32

Punto de vista de Zelda

Los guardianes se desplomaron con un estrépito que resonó por toda la llanura de Mogur.

Aquella luz todavía cosquilleaba en las yemas de mis dedos. La sentía fluir, sentía como se removía, aguardando a que la utilizara de nuevo.

Contemplé mi mano con una mezcla de admiración y aprensión. Ahora ya sabía de lo que era capaz.

El poder sagrado. Aquel estallido de luz había sido el poder sagrado que desde el principio de los tiempos

se venía legando entre las mujeres de la Familia Real hyliana.

"Lo he logrado."

Lo había hecho despertar. No sabía cómo ni por qué, pero había brotado de mi interior como si siempre hubiera estado ahí.

No obstante, había llegado demasiado tarde.

Escuché un golpe sordo a mi espalda.

-Link... -susurré tras haberme dado la vuelta. "No"-. ¡Link! -repetí, esa vez más alto.

Me arrodillé en el suelo. Con el corazón retumbándome con fuerza, sostuve su cuerpo entre mis brazos. Un sudor frío se extendió por mi piel al comprobar por mí misma la magnitud de sus heridas.

Aquella sensación gélida solo empeoró cuando en mi túnica comenzaron a aparecer manchas de sangre. De *su* sangre.

"No", pensé. "A él no, a él no, por favor... "

De pronto, su respiración trabajosa llegó hasta mis oídos.

-Zelda... -susurró al tiempo que abría los ojos con esfuerzo-. Tu poder... Lo has... lo has...

-No digas nada. -Mis ojos se llenaron de lágrimas tras percibir el dolor que empañaba su mirada. Mi mano se desplazó hasta su mejilla-. Te... te llevaré a un lugar seguro. A un lugar donde puedas curar tus heridas. Y estarás bien, te lo prometo. Pero tienes que aguantar un poco más, Link. Por favor...

-Zelda -repitió. Su voz sonó más débil en esa ocasión. Un sollozo se escapó de mis labios al ver como sus párpados comenzaban a cerrarse, pese a todos los esfuerzos que él hacía por mantenerlos abiertos. Extendió el brazo y, con dedos temblorosos, secó mis lágrimas-. No llores. -Me aferré a su mano, que aún se encontraba sobre mi rostro, y la sostuve entre la mía. Esbozó algo parecido a una sonrisa-. Te quiero -añadió de forma apenas audible, como si quisiera que los únicos oídos que oyesen esas palabras fuesen los míos.

Y, tras aquello, cerró los ojos.

Su mano perdió fuerza sobre la mía.

Y dejó de respirar.

Dejó de respirar.

-¡No! ¡No, Link! -Él no reaccionó ante mis sollozos, ante mis ruegos desesperados. Estreché su cuerpo entre mis brazos, ignorando las manchas de sangre que continuaron apareciendo en mi túnica. Lloré; hice que mis lágrimas escaparan sobre su pecho, donde su corazón debería haber estado latiendo-. Por favor. N-no te vayas. No... Aún no... -Aún me quedaban cosas por decirle. Cosas que nunca me había atrevido a pronunciar siquiera-. Si lo hubiera sabido... Si hubiera sabido que esto iba a ocurrir, no habría dejado de decirte que te quiero. Nunca -añadí, con mi voz convirtiéndose en un susurro ahogado por las gotas de lluvia que caían a nuestro alrededor. Que se detenían en mi rostro y se mezclaban con mis lágrimas.

Porque, si lo hubiera sabido, no habría permitido que se apartara para dejar de besarme. No habría admitido que lo que estábamos haciendo no era lo correcto.

Si lo hubiera sabido, habría invertido cada instante de cada día en él. En estar a su lado. En tenerle cerca, en escucharle, en sentir como sus dedos, siempre ásperos y callosos, se unían con los míos.

Y al ver sus ojos, aquellos ojos en los que tanto me gustaba perderme, cerrándose, tuve la certeza de que algo se había roto dentro de mí.

Supe que el daño era irreparable. Que nadie podría llenar el vacío que había surgido en mi corazón.

Ya no me quedaba nada. Lloré con más fuerza cuando los recuerdos de los elegidos, de mi padre, de lo que había ocurrido en la Ciudadela, regresaron a mi memoria.

Me lo habían arrebatado todo.

Estaba sola.

" *Aún hay esperanza* ... ", susurró de pronto una voz.

Levanté la mirada, sobresaltada. Aquella voz había sonado aguda, casi femenina... y, no obstante, había algo que no era natural en ella.

Quizá me lo había imaginado.

" *Aún hay esperanza ...* "

Se me escapó una exclamación ahogada al observar como la Espada Destructora del Mal, sin importar que estuviera maltrecha y desgastada, brillaba, se iluminaba.

Caí en la cuenta de que aquel mismo brillo había aparecido mientras estábamos en la Ciudadela. Mientras los guardianes nos rodeaban; mientras el aura del Cataclismo se encontraba cerca nuestra.

Link todavía tenía sus dedos cerrados en torno a la empuñadura de la espada que le pertenecía. Los aparté con suavidad y, despacio, rocé con la palma de mi mano las tiras de cuero que adornaban esa zona del arma. Una sensación extraña me recorrió el cuerpo entero. Al principio fue cálida y agradable, incluso reconfortante. Pero, poco a poco, se tornó fría, gélida como las aguas de las fuentes sagradas.

Porque solo el elegido era quien podía empuñarla y despertar el verdadero poder que dormía en el interior del acero.

La espada no aceptaba a nadie más.

-¿Aún... aún hay esperanza? -repetí, incapaz de comprender.

"El Santuario de la Vida, sacerdotisa. Recordad... "

Y, en ese preciso instante, supe lo que tenía que hacer.

***

-Princesa...

Impa me observaba con una mezcla de horror y sorpresa.

-Soy yo, Impa.

Ella sollozó.

-Diosas, no sabíamos nada de vos -murmuró.

-Estoy bien -le aseguré, forzando una sonrisa.

-No os quedéis ahí bajo la lluvia. Entrad

Me hizo pasar al cálido interior de su casa. Me tendió una manta y preparó algo caliente para beber.

-Princesa -empezó Impa, insegura, mientras tomaba asiento frente a mí-, ¿dónde está vuestro escolta?

-Él... él corrió la misma suerte que los otros cuatro elegidos -respondí, tratando de contener las lágrimas-. Pero he logrado encontrar una forma de salvarle.

-¿De... salvarle?

Mi mirada se deslizó sin que yo me diera cuenta hacia la mellada hoja de la Espada Maestra, que descansaba sobre mi regazo.

-Sé que suena como una locura, pero... -Tomé aire, dispuesta a contárselo todo-. Cuando Link... Cuando sus fuerzas se agotaron al pie de la Muralla de Hatelia, la espada... la espada me habló. -Impa me contemplaba con estupefacción-. Recuerda las leyendas, Impa. Dicen que una voz resuena en su hoja. Que un espíritu habita en el interior de la espada. Ese mismo espíritu ayudó a nuestros antepasados. Y ahora... ahora desea ayudarnos a nosotros. A su maestro.

Ella asintió, comprendiendo por fin.

-¿Cómo pensáis salvarle, alteza?

Esbocé una diminuta sonrisa cargada de tristeza.

-¿Has oído hablar del Santuario de la Vida?

La mirada de Impa se tiñó de confusión. Una confusión que poco a poco dio paso al horror.

-Pero, princesa, los investigadores aún no han tenido tiempo para hacer pruebas con...

-Lo sé -la interrumpí-. Pero es la única salida posible.

-Espero que Prunia os haya informado de los efectos secundarios.

-Sé cuáles serán las consecuencias de utilizar la Cámara Regeneradora. -Todavía dolía. Intentaba asimilarlo, pensar que lo haría por el bien del reino. Y, no obstante, era difícil. Muy difícil-. Por eso mismo he venido. Necesito tu ayuda, Impa.

-Estoy aquí para lo que necesitéis, princesa.

Forcé otra sonrisa.

-Te lo agradezco de corazón. Y ahora necesito que me escuches con atención, Impa.

Ella solo asintió.

-El proceso de curación es bastante lento. Y, sabiendo la gravedad de las heridas de Link... tardará un tiempo en completarse.

-¿Cuánto tiempo?

Inspiré hondo y me armé de valor para contestarle.

-Cien... cien años.

-Por Hylia -susurró ella.

-Sé que los sheikah sois más longevos que los hylianos. Y yo... yo no estaré aquí cuando él despierte. Por eso te necesito.

-¿A dónde iréis, alteza? -inquirió Impa con preocupación.

-Eso no importa ahora. El elegido vendrá a Kakariko; los guardias que le llevaron al Santuario de la Vida también han dejado allí la piedra sheikah. Y la piedra le mostrará el camino a seguir. Cuando él llegue a esta aldea, necesito que le informes de lo que he escrito aquí.

Saqué cuatro hojas de pergamino arrugadas que había metido en una vieja bolsa de viaje.

-Esta es la tuya. Y estas son las de Prunia y Rotver. -Se las tendí-. Ahí tenéis instrucciones de lo que debéis hacer llegado el momento.

Me mantuve en silencio mientras Impa leía. Contuve un suspiro de alivio cuando ella alzó la vista y asintió.

-Se hará como decís, alteza. Le transmitiré vuestro mensaje.

-Ayúdale, Impa -le supliqué-. Ayúdale a que recuerde, a que logre encontrar el camino correcto. No dejes que se rinda.

Su respuesta fue asentir de nuevo.

-Entrégales las suyas a Prunia y a Rotver. -Señalé los dos pergaminos que Impa aún sostenía-. Y este... -añadí, observando con tristeza el cuarto pergamino-. Envíalo a la aldea Hatelia. El padre de Link tiene derecho a saber qué le ha ocurrido a su hijo.

-A vuestras órdenes, princesa.

Contemplé el mundo que se extendía tras las ventanas que había en la casa de Impa. Las gotas de

lluvia habían dejado de repiquetear contra los cristales.

-Ya ha escampado -murmuré al tiempo que me ponía en pie-. Debo partir.

-Pero, alteza... -Impa también se levantó de un salto-, ¿a dónde iréis? No es seguro...

-Lo sé, Impa -la interrumpí, colocando mi mano sobre su hombro-. Lo sé muy bien. Pero debes entender que no puedo quedarme de brazos cruzados. Mi poder es lo único que podrá contener al Cataclismo hasta que el elegido regrese.

-¿Vuestro poder? -repitió la sheikah, incrédula-. ¿Lo habéis despertado?

-Lo he despertado -asentí en voz baja, haciendo todo lo posible por que los recuerdos no afloraran de nuevo.

-Después de tantos años... ¿por qué ahora?

Lo mismo le había preguntado yo al espíritu que residía en el interior de la Espada Destructora del Mal.

En mi rostro apareció una sonrisa triste, cansada, exenta de alegría.

-A veces el amor es más poderoso que cualquier otra cosa, Impa -fue mi réplica-. Quizá esa siempre fue la respuesta que durante tanto tiempo he estado buscando. -Guardé silencio por unos instante, sumida en mis propios pensamientos-. Nunca pierdas la esperanza -le susurré antes de cruzar el umbral de la casa y alejarme de allí.

***

-Aguarda hasta el día en que tu maestro venga a reclamarte. Porque estoy segura de que lo hará. -La Espada Maestra vibró en mis manos. Me transmitió una débil y tenue oleada de poder para hacerme saber que el espíritu que habitaba en su interior me escuchaba-. Debes ser paciente. Quizá el largo letargo le arrebate todos sus recuerdos..., pero él te necesita. Vuestra unión no es algo que pueda olvidarse.

-Vuestro valor es admirable, Sacerdotisa de Hyrule -intervino de pronto una voz tan profunda como el tiempo; una voz que hizo que el suelo se sacudiera bajo mis pies.

Abrí los ojos y escruté el bosque que se extendía a mi alrededor. Mi mirada no tardó en detenerse sobre el grueso tronco del árbol que destacaba entre la maleza.

-Gran Árbol Deku... -susurré, maravillada-. Las leyendas son ciertas.

-Siempre hay algo cierto en cada leyenda, sacerdotisa.

Sonreí y bajé la vista hasta la maltrecha Espada Maestra.

-Debéis hacerlo, sacerdotisa -dijo el árbol-. La espada necesita descansar y recuperarse, igual que su maestro.

-Lo sé. -Aferré con firmeza la empuñadura del arma. Era pesada, muy pesada; no tenía ni idea de cómo Link lograba blandirla con una sola mano. Volví a cerrar los ojos-. Cuando el elegido vuelva, no permitas que te saque de este pedestal hasta que no esté preparado. Hasta que no haya recuperado sus fuerzas. Solo entonces deja que te empuñe de nuevo. Que vuelva a usar tu poder.

-Se hará como decís, sacerdotisa -contestó el Gran Árbol Deku, pese a que las palabras que acababa de pronunciar no estaban dirigidas hacia él.

Inspiré hondo y alcé la espada. Haciendo acopio de la mayor parte de mis fuerzas, conseguí clavarla en su pedestal. En el lugar en el que su poder estaría reponiéndose durante esos cien largos años que estaban por llegar.

Y justo en ese instante sentí como, en otra parte de Hyrule, su maestro se sumía en el mismo letargo que el arma que le pertenecía.

***

Recorrí las ruinas muertas y humeantes de lo que antes había sido la Ciudadela de Hyrule despacio, disfrutando de cada ráfaga de aire que azotaba mi rostro y jugueteaba con mis cabellos.

Avanzaba sin prestar atención a las construcciones que habían ardido y quedado destruidas hasta los cimientos; avanzaba sin mirar la sangre, las espadas rotas que permanecían en el suelo, olvidadas.

Mis ojos estaban clavados en la enorme criatura que se enroscaba alrededor del castillo, de mi hogar.

Pero el monstruo también percibía mi presencia.

Empezó a moverse de una manera distinta, alejándose de la fortaleza para enfrentarse a mí.

No me permití tener miedo.

Link no habría tenido miedo.

Dejé que el poder sagrado fluyera por mis brazos con lentitud hasta detenerse en mis dedos, arremolinándose allí.

Ignoré el cosquilleo que la luz expandió por mi piel, deseosa de ser liberada al completo.

Y esperé.

Cuando el Cataclismo estuvo lo suficientemente cerca, extendí el brazo despacio.

Cerré los ojos.

Y pensé en él. En aquella mirada en la que tanto me gustaba perderme. Aquella mirada que, de alguna

manera que no alcanzaba a entender, conseguía hacer que me sintiera segura.

Pensé en su sonrisa, en lo difícil que era hacerla aflorar. Pero el esfuerzo merecía la pena.

Volvería a tenerle junto a mí. Estaba segura de ello.

Permití que mi poder brotara al completo, que la luz estallara a mi alrededor con un sonoro estruendo.

Y, poco después, la oscuridad me engulló.

No obstante, un manto cálido me envolvió, protegiéndome del aura de aquel monstruo.

Aguantaría allí el tiempo que hiciera falta. Por mi padre, por los elegidos y por cada uno de los inocentes que habían perdido la vida en aquella masacre.

Y también aguantaría por Link. Por todos los recuerdos que habíamos creado en el pasado. Y por todos los que construiríamos juntos en el futuro.

~FIN~

LA SECUELA DE *HACE 100 AÑOS* , *EL HÉROE DE HYRULE* , YA ESTÁ DISPONIBLE EN MI PERFIL.

PARA MÁS, LEER LA NOTA FINAL.

Chapter 34

Nota final

Si habéis llegado hasta aquí, permitidme que os dé las gracias. Gracias por todos vuestros comentarios y votos. Gracias por añadir esta historia a vuestras listas de lectura. Y gracias simplemente por leer.

Nunca creí que este fic llegaría tan lejos como ha llegado. Y he conseguido ponerle punto y final de una vez por todas.

Y ahora, ¿qué?

Bueno, muy simple; he estado compaginando la reescritura de *Hace 100 años* con la ESCRITURA (sí, escribir de forma normal) de la secuela de dicho fanfic, *El Héroe de Hyrule* .

El Héroe de Hyrule es muchísimo mejor que *Hace 100 años* . Así que os ruego que, si os ha gustado este fic, le deis una oportunidad a su secuela.

Os estaría eternamente agradecida, hablo en serio.

Ahora sí, con eso fuera del camino, podemos empezar la típica nota final triste y superemotiva y cursi.

GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS a todos los que habéis estado ahí, capítulo tras capítulo, votando y comentando. Algunos de vuestros comentarios de dieron el día, de verdad.

Y, por supuesto, también os doy las gracias a quienes leéis pero no os manifestáis. Vuestro apoyo también ha sido muy importante :)

Espero de corazón que esta historia os haya gustado. Sé muy bien que los primeros capítulos APESTAN (el otro día entré en el capítulo uno y BUUUF) así que cuando tenga tiempo intentaré editarlos (no cambiaré nada importante, solo quitaré los guiones cortos y los sustituiré por guiones largos y cosas así).

Os recuerdo una vez más (madre mía, qué pesada soy, ¿verdad?) que tenéis la secuela de *Hace 100 años* , *El Héroe de Hyrule* , disponible YA en mi perfil.

No tengo nada más que añadir, salvo otro enorme GRACIAS :)

-ev.

About the Author

evsanchez1